

217

6510

DL 217

VIII
/ 29



1065650

DL 217

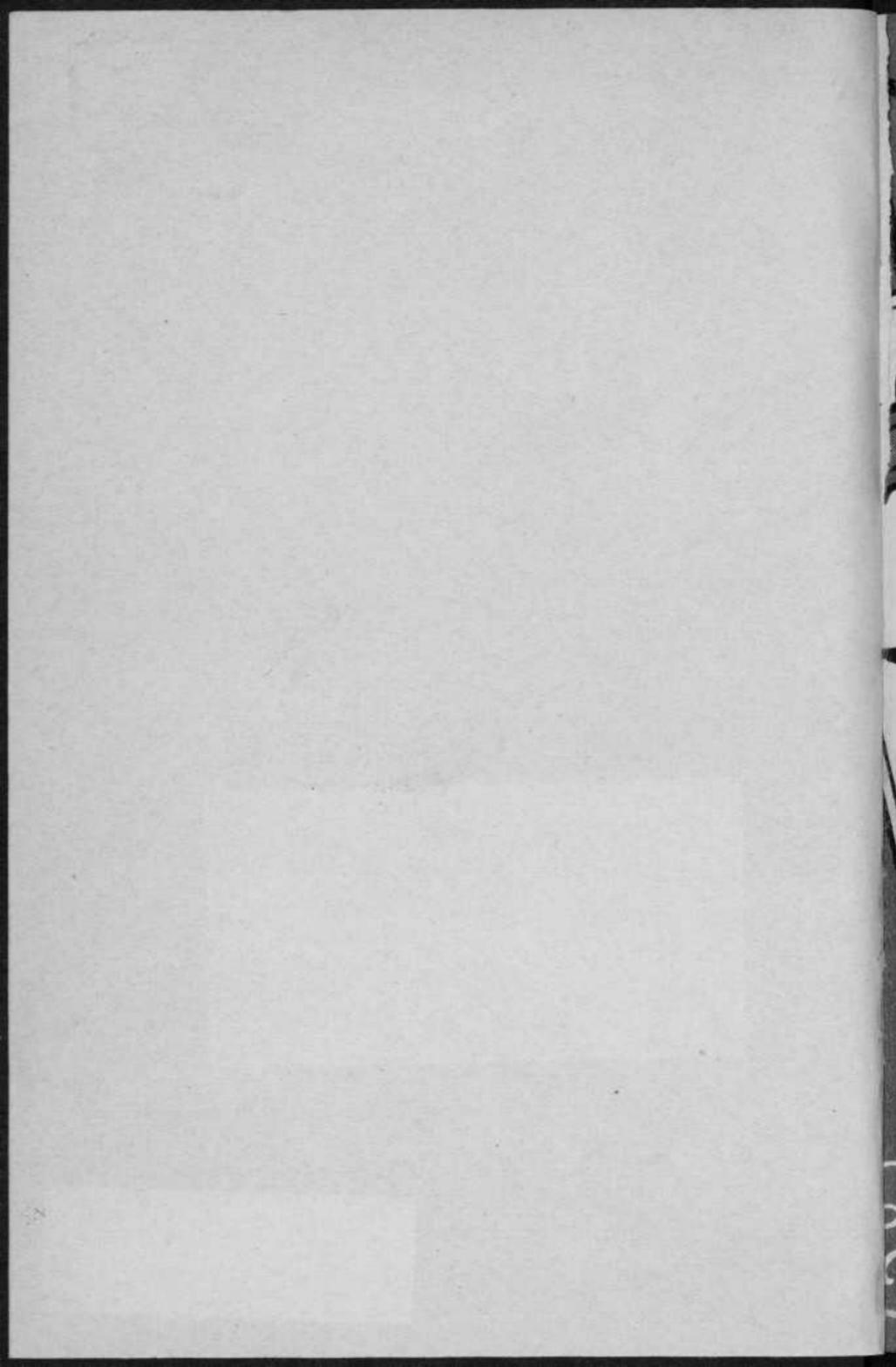
T. 48325

C. 65650

BPE Burgos



3365650 DL 217

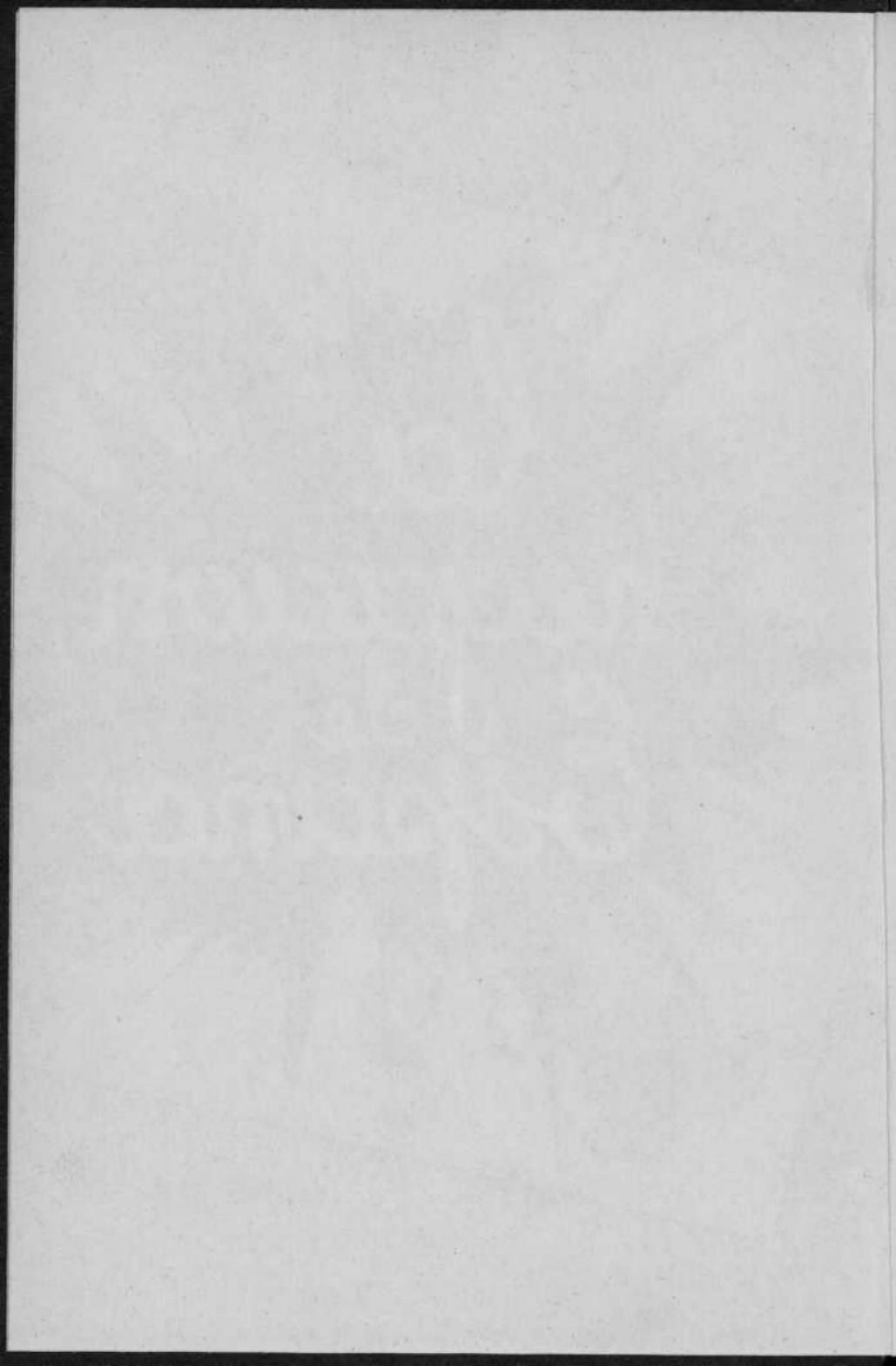


PUBLICACIONES DE LA U. A. P.

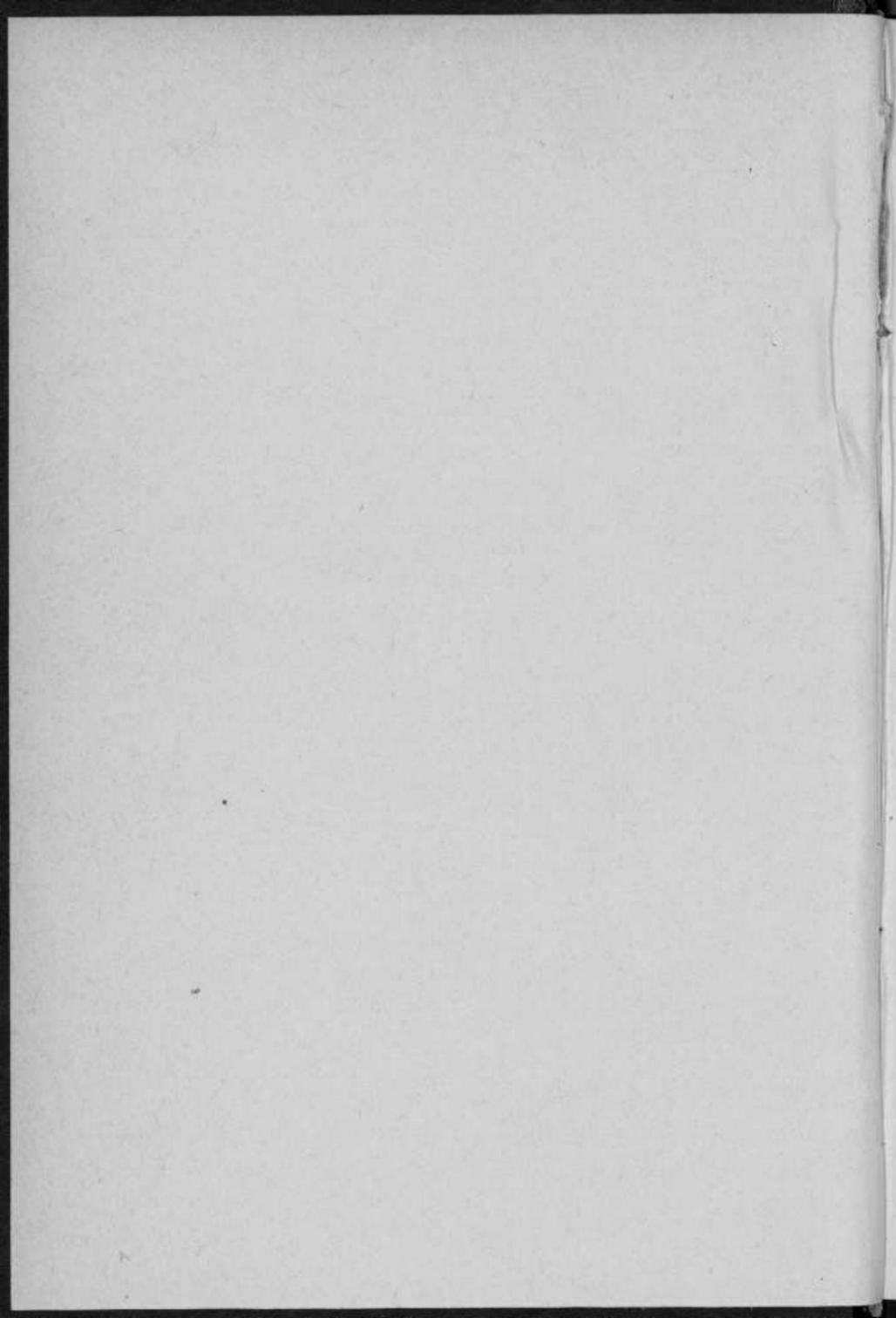
la necrosis e de España

Esbozo de la crisis de nuestra nacionalidad

POR
TOMÁS DE LA CERDA
Y DE LAS BARGENAS



LA NEGACION DE ESPAÑA



R. 99618

PUBLICACIONES DE LA J. A. P.

La negación de España

Esbozo de la crisis de nuestra nacionalidad

por

Tomás de la Cerda y de las Bárcenas



Exclusiva de venta: Ediciones FAX
Plaza de Santo Domingo, 13.-Apartado 8001
MADRID

CON LICENCIA ECLESIASTICA

ES PROPIEDAD

PRINTED IN SPAIN

1934

CAPITULO I

La psicología de vencidos

I

Muchos escritores nacionales y extranjeros han desgranado nuestra historia para estudiar la psicología del pueblo español. Casi tan numerosos como ellos son los puntos desde donde han emprendido sus indagaciones. La variedad de escuelas, los brotes de ciencia más diversos y hasta los temperamentos más diferentes han dado origen a toda clase de lucubraciones sobre nuestro territorio, estirpe, carácter, historia y porvenir. Pero, a través de palabras, principios y bríos tan distintos, se observan notas permanentes, trazos comunes que se repiten, cosas que no se pueden escamotear o falsear, aunque las facultades humanas estén oscurecidas por el error o la pasión.

La cadena de hechos que constituye nuestra historia es una serie de acontecimientos íntimamente unidos, estrechamente trabados, que hacen que el pueblo, que fué su autor, presente rasgos psicológicos profundamente acusados. No rompe la continuidad en medio de los accidentes de la vida. Idénticos son los hechos del diario vivir, que los sucesos

que escapan del orden común. Siempre mantiene su actitud con igual entereza: lo mismo son las vilezas e infortunios, que los triunfos que pueden halagar su orgullo. El pueblo español sabe andar por la vida, querer y mandar.

Nuestra historia es la historia de nuestras energías morales. Acontece en la vida de los pueblos lo que ocurre con los individuos que la componen. Nada imprime temple de fortaleza como el sacrificio; ni endurece como la austeridad. La Edad Media fué una lucha tenaz contra el espíritu del error, un esfuerzo perseverante para lograr que los principios de la filosofía cristiana diesen unidad a las almas e instituciones, un querer hacer vivir plenamente el cristianismo. Fué también una lucha implacable y porfiada contra los musulmanes, invasores de nuestro territorio y enemigos de nuestra unidad espiritual. Ocho siglos purificados en las páginas de las Escrituras y en el hierro de la Reconquista.

Al finalizar la Edad Media, tenía lugar en el interior de la Península un hecho que iba a cambiar el rumbo de nuestra historia y a influir en los destinos de la humanidad. En los últimos años del siglo xv, Castilla y León ocupaban el sesenta y dos por ciento del territorio peninsular. La Corona de Aragón, que incluía desde hacía varios siglos Cataluña, el quince. Portugal, el veinte. El resto se repartía entre Navarra y Granada. Los Reyes Católicos realizaron la unión de los diversos territorios, salvo la de Portugal, que tendría lugar años más tarde. España, entonces, quedó constituida en un cuerpo orgánico, con sus diferentes partes, con sus elementos activamente diferenciados, pero tra-

bados y conexos mientras un solo espíritu y una misma esperanza les alimentase. Poseía un mismo altar, igual fondo jurídico, semejante constitución social, y una literatura que expresaba en diferentes lenguas y dialectos las mismas ideas y sentimientos. Era, pues, ley natural que las preocupaciones de unos y otros y el término de las empresas se hiciesen comunes. Hubo una conciencia nacional que, con un solo espíritu, prosigue lo que quizás en tiempos atrás hubiese sido imposible, o fragmentariamente privativo de cada reino: la expansión mediterránea, la conquista africana, la obra de descubrimiento y asimilación de nuevos continentes, las contiendas europeas contra la herejía protestante...

Así aparecemos ante el mundo al despuntar el siglo XVI. Nuestro monarca-emperador se encontró en escena rodeado de personalidades jóvenes y vigorosas. Francisco I en Francia, Enrique VIII en Inglaterra, y, en Oriente, Solimán el Magnífico. Fué un momento extraordinario de la historia de Europa por lo esclarecido de los soberanos y los ímpetus y ambiciones que les dominaban. Iban buscando a tientas, en la oscuridad del camino, la manera de compaginar los vientos de las opiniones humanas y las creencias de sus pueblos. También aspiraban a encontrar un sistema de gobierno que les hiciese fuertes ante las circunstancias. Y, en medio de claudicaciones y mezquindades, de fluctuaciones y debilidades, se veía a España proseguir el mismo camino ya emprendido. Se la contemplaba con asombro porque sabía querer y sabía mandar. El príncipe era un concepto de la vida y de la civilización.

Durante los siglos XVI y XVII se hicieron patentes los profundos rasgos psicológicos de nuestro pueblo. De esta época es la frase, hoy corriente, de robar horas al sueño. Fueron centurias de un esfuerzo sin medida ni freno en todos los órdenes, de una actividad que no conocía las noches, los climas, ni las castas. Pero, en medio de tanto triunfo, de alcanzar tierras desconocidas, de encontrar por doquier vestigios del pensamiento español, quedaba fijo e inalterable el mismo sentido de la vida. En las guerras estaba ausente la idea de dominación, de imperio universal; eran contra el error, guerras de religión. En los descubrimientos y colonización de las tierras nuevas, la espada y la cruz fueron siempre juntas. La fusión de razas, haciendo comunes la carne y el espíritu, fué el medio de hacernos los mismos. ¿Qué diferencia de las Compañías de Indias, a las que Inglaterra, Francia y Holanda cedían sus prerrogativas soberanas de colonización! Hasta entonces no había visto la luz un código que pusiese más alto la dignidad humana, no la del español, sino la del indio. Se le ha censurado que su imperio no tuvo lugar todos los días ni en todos los lugares. ¡Lástima que el hombre no pueda destruirse a sí mismo, borrar las huellas del primer pecado, de esa lucha implacable entre el bien y el mal, que siempre hará imperfecta la más acabada obra humana! En el entretanto, ningún hombre de pensamiento quedaba ocioso, mano sobre mano. La teología y la filosofía ofrecían al mundo un espectáculo no igualado en unidad y grandeza. Fueron españoles los que salvaron la civilización europea al defender

de nuevo en Trento la libertad humana frente al fatalismo protestante.

1648 es la fecha en que comienza un nuevo período de nuestra historia. De vencedores pasamos a vencidos. Continuamos en el campo de batalla para defender los territorios y plazas que poseíamos en Europa. Era un imperativo conservar los baluartes que teníamos diseminados por el viejo continente. Teníamos que defenderle contra el predominio del elemento germánico, que, heredero del protestantismo, era nuestro rival en ese terrible duelo entre dos civilizaciones que dividió a Europa y del que hoy todavía somos actores.

Los tratados de Westfalia, en 1648, fueron las firmas de las primeras sangrías. La paz de los Pirineos, en 1659, otra humillación. Es triste observar cómo, en gran parte, estas guerras fueron provocadas por aquel hombre cínico que se llamó Richelieu. A él y sus seguidores no les enturbiaba más preocupación que abatir el poder español. Poco les importaban los procedimientos ni que fuese a costa de derrocar la avanzada más firme de una civilización. En 1668 se nos desgajaba Portugal. Era el resultado de un plan astuto: de debilitar nuestro poder atacándonos por los puntos vulnerables. Las potencias hostiles a España lo esperaban todo del soborno y cultivo que pudiesen romper la trabazón de los distintos elementos diferenciados que habían empezado a fundir los Reyes Católicos. Fracasaron en Cataluña y triunfaron en Portugal.

Aquisgrán, Nimega, Ryswyck fueron tratados que sellaron nuevas derrotas. En 1713, en Utrecht, nuestro dominio en Europa quedaba reducido al

solar peninsular, sin Portugal, sin Gibraltar, sin Menorca. También sufríamos recortes en nuestro imperio colonial.

Este último período fueron sesenta años de luchas infelices. La vida de dos generaciones, que juzgaron los desastres como un azar pasajero y accidental. Derrota tras derrota, los españoles las hicieron frente con el mismo sentido. Volvían de pelear con el demonio y con el mundo, con la herejía y con la ambición. Lo ocurrido eran infortunios en el cumplimiento de un deber. Igual habían acudido al puesto de peligro y aceptaron el sacrificio cuando el triunfo estaba en los secretos designios de Dios, que cuando los destinos de la Potestad Suprema parecían la desgracia y la adversidad. Fueron dos grados de heroísmo aceptar humildemente el éxito en los descubrimientos, en las conquistas, en el pensamiento, en la organización, y acatar, no con resignación fatalista, aquel dolor que, por silencioso, no dejó de ser profundo, de las desdichadísimas guerras de la última mitad del siglo xvii.

II

Durante la primera mitad del siglo xviii las mismas ideas y sentimientos nutren todavía el espíritu de la sociedad española. Nuestro pueblo conserva su entereza, sin que en su espíritu surja el abatimiento de la derrota ni la carcoma de la duda. No pierde la confianza en sus ideas y en sus fuerzas. Consume a solas sus infortunios sin entregarse al disparate y la tontería.

Sin embargo, en esta época surge una minoría

que acepta la derrota como un signo de inferioridad respecto a las demás naciones. Su obra es recrearse en nuestras desgracias. Siente en el fondo una íntima satisfacción en describir nuestros males. Las obras literarias se duelen de la pobreza de nuestro pensamiento y del raquitismo de nuestras artes. Los arbitristas recorren con la pluma las miserias de nuestro suelo y describen la pereza de nuestro carácter. Y los que tienen pretensiones de filósofos nos inundan de ensayos ligeros llenos de afirmaciones rotundas. Hablan de nuestro pensamiento, retrógrado de espíritu, y llegan a dudar de la obra de España a través de los siglos.

Esta minoría, constituída por hombres inteligentes, ejerció un gran influjo. Aceptaron la derrota, generalizando en nuestra sociedad lo que hasta entonces había sido patrimonio de arbitristas y de algunos escritores: la preocupación por nuestros problemas con un marcado acento pesimista. Las clases cultas hablaban en este siglo de religión, filosofía, política, economía, literatura... con el sonsonete de la duda y desconfianza. Después, gota a gota, nos fueron infiltrando el amor por las artes y ciencias de Francia, para entregarnos con espíritu de lacayo a las nuevas ideas. Todo era visto a través del prisma francés. Este era el criterio en los juicios y éste el modelo que aspirar.

Iriarte escribía: "El buen patriota será el que no declame, sino el que obre; el que escriba alguno de los infinitos libros que nos faltan. Hablando sólo de las buenas letras, no tenemos una buena gramática castellana, ni un poema épico, ni un tratado de sinónimos, ni un buen tratado de arte métrica... En cuanto a la industria y comercio, cuan-

do la camisa que nos pongamos sea nuestra, cuando no salgan del reino las primeras materias tan preciosas como la lana... entonces blasonaremos. Mientras esto no suceda, son infundadas y sofisticas todas las apologías." Luzán, los Moratín, Marchena, Meléndez Valdés, Alvarez Cienfuegos, entre otros, nos han ido dejando en libros, revistas literarias y academias lo que tiene de venenoso su posición ante los males de nuestra patria.

Conforme avanza el siglo, más se exagera este movimiento. El lenguaje y criterio con que se escribe están lejos de ser los nuestros. Las obras abundan en galicismos y tópicos antiespañoles. Se nos repite que hemos ahogado en flor todo movimiento científico que esté en conexión más o menos directa con la felicidad del mundo. Que, salvo el *Quijote*, no hay obra literaria que resista la comparación con las extranjeras. Que hemos llevado la opresión a otros territorios y continentes...

Esta minoría ha contraído la grave deuda de infiltrarnos el vicio de querer sentirnos flagelados. No sorprenden, por eso, las escasas voces que se alzaron contra el enciclopedismo francés. Montesquieu y Voltaire se leyeron sin indignación. El primero nos brindó una de sus famosas *Cartas Persas*, la que hace el número LXXIII, en la que se lee sobre los españoles, entre otras cosas, las siguientes: "El único de sus libros que es bueno es aquel que pone de manifiesto la ridiculez de todos los demás." "Han hecho inmensos descubrimientos en el Nuevo Mundo y no conocen todavía su propio continente; en sus ríos hay puentes que no se conocen aún, y en sus montañas, regiones que les son desconocidas." Voltaire, en los *Ensayos so-*

bre las costumbres y espíritu de las naciones, habla de una España en que la Inquisición y el fanatismo fueron los instrumentos para perpetuar los errores de la Escolástica. Y, junto a estos juicios de pandereta filosófica, hay otros de pandere-ta auténtica. Nos habla, además, de guitarras, de celos, de mujeres y del lenguaje por señas como ocupación favorita de los españoles. Voltaire se adelantó unos años a Víctor Hugo, Gautier, Irving y tantos otros que en el siglo siguiente vendrían a España a buscar inspiración en nuestro carácter y nuestras costumbres, ¡tan diferentes a las de las naciones que siguen el ritmo de la Europa culta!

Estas eran las ideas que recibían gran parte de los españoles. No era el inocente dejarse arrastrar de la moda. Junto al estilo brillante de estos escritores, penetraba el espíritu de una nueva filosofía de la Historia. Como complemento obligado al pensamiento sistemático, se aspiraba a una sociedad más ordenada, sin ciertos aparentes contrasentidos inherentes a la psicología humana, y en la que el aumento constante de invenciones y sus secuelas materiales tuviese su asiento. Se esperaba mayor mutualidad en las relaciones de los hombres, en un incremento de la cooperación social, en una vida en que las condiciones fuesen más amables y confortables. Se creía que las flores y frutos de la ciencia nos colocarían en el goce de una nueva civilización. Si fuésemos a resumir el pensamiento común a estos escritores, nos imaginaríamos a la humanidad durmiendo en una cárcel desde hacía varios siglos, mientras que en torno suyo y esperando su salida se agitaba todo

un mundo de novedades y descubrimientos que le brinda la felicidad.

En tanto que crecía la cifra de lectores, aumentaba el número de descontentos, que sentían y lamentaban nuestra decadencia. Miraban en torno suyo y no veían más que caras hambrientas, tristes y rencorosas. Volvían los ojos al pasado, y nuestra historia era un cortejo de decepciones. En tal estado de ánimo, se sentía la zozobra de un porvenir incierto, la desazonante impresión de una creciente asfixia. Al hacerse una composición de lugar, se creía que pasábamos por un momento interrogativo de la vida nacional. Y cuando se inquirían las causas, no había más razón que haber vivido nuestro espíritu en una cárcel y haber pretendido obstinadamente no seguir el pensamiento europeo, el ritmo de las demás naciones. Había, pues, que cortar con un cuchillo el pasado, que olía demasiado a santo.

“¡Siglo de ensayos, siglo de diccionarios, siglo de impiedades, siglo charlatán, siglo horrible!”, decía Forner, que lo vivió.

Los mismos acentos tuvo el Padre Ceballos. En 1774, un año después de la apoteósica coronación de Luis XVI en Francia, anunció con visión certera su ruidosa caída, resultado de las ideas disolventes de los enciclopedistas. También hizo ver, respecto a nuestra patria, que el artículo “Espagne” de la Enciclopedia tendía a la emancipación de América; que, según este escritor, no se realizaría si se conservasen cada vez más firmes los vínculos religiosos.

III

En el drama nacional iba a representar un papel destacado una figura que siempre se mueve en un fondo de espejos, salones y galerías. Tanto da que en el reparto figure con los nombres de Campomanes, Aranda, Roda, como con otro. Siempre es el ministro del rey que se preocupa por los intereses materiales y culturales del pueblo, que escribe discursos sobre economía y tiene la esperanza de una elevación social de las clases abriendo las fuentes de riqueza. Tienen de común la aspiración a un ideal democrático a base de la filosofía de Rousseau, y, en punto a la nueva estructura, el modelo de un centralismo a la francesa. Difieren en que unos tienen un talento claro y despejado, y en ocasiones una visión certera de algunos de nuestros problemas nacionales; mientras que otros son hombres de pocas ideas, tercos, poco hábiles, pero con la eficacia en la acción de quien ve las cosas por un solo lado.

Unos y otros sabían ver lo que se movía a su alrededor, y se daban perfecta cuenta del lugar que ocupaban en el drama. Estaban persuadidos que sólo podrían llegar al fin del primer acto, que representaban el punto de partida, pero que de ellos dependía el éxito de la pieza. Trazaron, pues, un camino y una táctica. Y así como el movimiento intelectual preparaba el advenimiento de una nueva filosofía de la Historia, en que todo se esperaba de los frutos de la ciencia; los hombres de acción debían encauzar su actividad suprimiendo los obstáculos que saliesen a su paso.

Era su táctica hacerse con el gobierno, realizar la obra desde las alturas. Adulan, doblan el espino ante el rey, y le rodean de esplendor, no por temer resultar ser sospechosos, sino para aumentar sus facultades y luego ser más eficaces. Son los que han concentrado más poder en sus manos, porque con esa misma fuerza piensan abatir más tarde a la Iglesia. Con todo, su poder no reside únicamente en ellos. Reciben el aliento de las sociedades secretas, que les mantiene unidos y les presta el apoyo de los demás hombres que trabajan con el mismo objeto e igual doblez en otras cortes europeas.

Hay un hecho vergonzoso en nuestra historia del siglo XVIII: la expulsión de los jesuitas.

Repugnantes fueron los móviles de aquellos ministros, cuya mala fe no se puede hoy dudar, y cuya ausencia del sentido de responsabilidad al frente del gobierno fué tan manifiesta. Obedecían a la conjura de toda Europa, iniciada en las logias, contra la Compañía de Jesús, para ir minando el poder de la Iglesia. Sabían que en España sería el primer paso para la secularización de la enseñanza; que había disciplinas del saber que no volverían a levantarse. También, que en América se seguiría, como en efecto aconteció, un espantoso desorden en lo civil y en lo eclesiástico, que contribuyó poderosamente a debilitar los vínculos que nos unían con nuestras colonias y precipitar su independencia.

No vacilaron en los procedimientos. Espías y delatores asalariados declararon cuanto quisieron, sin miedo a contradicciones. Y como nos dice Menéndez y Pelayo en el tomo VI de los *Heterodoxos españoles*: "Sobre tan débiles documentos redactó

Campomanes la consulta al Consejo Extraordinario de 29 de enero de 1767. Allí salieron a relucir los diezmos de Indias y las persecuciones de Palafox, el regio confesionario y el Padre Rabago, las misiones de Paraguay, los ritos chinos y, sobre todo, el motín del Domingo de Ramos. Repitióse que aspiraban a la monarquía universal, que conspiraban contra la vida del monarca, que difundían libelos denigrativos de su persona y buenas costumbres, que hacían pronósticos sobre su muerte, que alborotaban al pueblo so pretexto de religión, que enviaban a los gaceteros de Holanda siniestras relaciones sobre sucesos de la Corte, que en las reducciones de Paraguay ejercían ilimitada soberanía, así temporal como espiritual, que en Manila se habían entendido con el general Draper durante la ocupación inglesa."

En el orden político y administrativo, esta minoría deja una herencia de funestas innovaciones. Todo se aglomera, se concentra en manos del poder central. El municipio ve perder su autonomía, los antiguos reinos ven cómo se esfuma su régimen privativo. Aquella vitalidad orgánica de nuestra nación se va cercenando, debilitando. El rey y sus ministros disponen y organizan todo, llegan a ser como el corazón que envía la sangre a las distintas partes del país.

Burla burlando, esta minoría fué imponiendo sus ideas, su modo de ser, hasta dar una estructura a la vida nacional, en pugna con nuestra idiosincrasia. Esta es la historia del siglo XVIII. Por ello, esta minoría tiene que responder de graves deudas ante nuestra historia.

La primera, la de infiltrarnos el vicio de que-

rer ser motejados, de buscar en el vilipendio de propios y extraños el aire para respirar. La segunda, íntimamente unida con la anterior, es mucho más grave. Somos vencidos, fracados, y a nuestro alrededor sólo encontramos decepciones. El remedio se halla en lo extranjero, singularmente en Francia, patria de los regeneradores del pensamiento, y también en los modelos procedentes de Inglaterra, Holanda y Alemania. Fué el beso de Judas. La escuela francesa tenía a la sazón dos notas comunes: combatir a la Iglesia católica y denigrar a España. Era hacer la guerra al enemigo común, la Iglesia, desde dos flancos: uno directamente, otro indirecto, deshaciendo España, que había sido el baluarte más firme de una civilización. Y en cuanto al movimiento filosófico inglés, holandés o alemán, coincidían en el mismo objetivo de los enciclopedistas para hacer la apología del protestantismo.

Con razón se ha repetido que de esta época arranca la actual historia de España. Son dos siglos en que se vive exclusivamente para apoderarse del timón de nuestros destinos y hacernos dar un viraje en redondo. De un pasado que fué durante ocho siglos la aspiración para vivir plenamente el cristianismo y dos centurias defendiendo la civilización europea contra los elementos disgregadores del protestantismo, pasar a ocupar la situación inversa. Nuestra nueva posición en el drama europeo era romper con nuestra actitud tradicional y, lo que es peor, buscar la salvación en los herederos espirituales de los principios que habíamos combatido: llevar, pues, la guerra a nuestro propio solar.

CAPITULO II

Bajo el nuevo espíritu: las Cortes de Cádiz

I

En la aurora del siglo XIX, un acontecimiento extraordinario había de influir de manera poderosa en el curso de nuestros destinos. El sueño político de Napoleón de restaurar el imperio de Occidente, conmovió a todas las naciones de Europa. De confín a confín del continente no hubo lugar ni persona que no temblase ante aquellos ejércitos. Los soberanos fluctuaban entre un destierro con hermosos parques o quedar reducidos a marionetas movidas por los cordeles del emperador. Los estados mayores recelaban de la agilidad y rapidez de los regimientos napoleónicos. Las comarcas y pueblos temían a los soldados franceses, que, avanzando casi sin carros ni vituallas, iban a declarar de su propiedad el terreno que por un momento pisaban. Muy diferente era el caso de nuestra patria. En España, por la confusión hacía años reinante en los gobiernos, y la doblez con que Napoleón procedió, iba a sentirse el efecto de la convulsión como en parte alguna. No puede hablarse de invasión; es más justa la palabra traición.

Los servidores de Napoleón, chapoteando en bajezas y mentiras, consiguieron sacar a la familia real de España. Con el pretexto de una entrevista con el emperador francés que resolviese los pleitos de familia y las relaciones entre ambos países, nuestro monarca salió de España y llegó a Bayona. Era la fecha señalada. Las tropas que habían penetrado en nuestro territorio alegando amistad e intereses recíprocos, se revolvieron contra los que llamaban sus amigos. La ira, que desde hacía tiempo ardía en los pechos españoles, encendió su voluntad en ardores de desquite. No hubo ciudad, villa, ni rincón que no opusiese su fuerza a los hasta entonces invencibles ejércitos imperiales.

Estalló la guerra. Pero quedaban en los corazones decepciones y amarguras. La llamarada de entusiasmo y los fuegos en que ardió el pueblo español no podían borrar las incoherencias, componendas y torpezas de los que con su conducta habían contribuido a traer aquel estado de cosas. En el entretanto, los más se echaron al campo, ocupándole en todas las extensiones y haciendo de cada lugar invadido un campo de batalla. Y unos cuantos hombres, la llamada Junta Central, trabajaban sin reposo en las tareas preparatorias para devolver a España un gobierno y leyes que dieran por el momento unidad en la vida nacional y más tarde les condujese por el camino del bienestar.

España, entonces, realizó uno de los episodios más admirables de su historia, con ser éstos muchos. Dió un ejemplo, no igualado por ningún país, en la guerra contra Napoleón. Acéfala, sin pertrechos militares ni otros recursos, improvisó ejércitos. Unos combatían conforme al plan y órdenes

de un general, moviéndose con la lentitud propia del número y del que siente la responsabilidad. Otros, que más tarde recogerían el laurel de la inmortalidad, formando pequeños grupos, saltaban y trepaban por riscos, aprovechaban ágilmente el terreno y salían siempre al encuentro del invasor cuando menos lo esperaba.

La guerra de la Independencia no fué el natural impulso de reacción que ante el adversario convierete al hombre en fiera, pero apaga y llega a extinguir la animosidad cuando se lucha día tras día contra la agresión; cuando las condiciones exteriores parecen conjurarse para colocarnos en marcada situación de inferioridad. Aquella contienda, en tan vasto territorio, no se podía ventilar en pocas acciones ni en pocos días; eran precisos muchos encuentros y varios años. No podía faltar la reflexión, el plan que prevé, coordina y dispone los elementos combatientes; tampoco el frenesí del entusiasmo que hace olvidar la ausencia de armas, municiones y prendas de vestir. A la sazón, estaba ocupado nuestro suelo en diversos lugares. Sin gobierno visible, era difícil lograr el concierto de fuerzas; cogidas por la felonía nuestras plazas principales, carecíamos de arsenales. Sin embargo en medio de tanta desgracia y faltos de tanta cosa indispensable, quedaba inextinguible la eterna llama que no sabía de desfallecimientos ni derrotas. Fué el despertar, en medio del asombro de Europa, de las energías morales del pueblo español.

En España se hablaba de patria. Sobre todo, se sentía y se vivía. Aquella guerra no fué contra el espíritu agresivo de un rey traidor a su palabra, sino contra un soberano extraño que por todos

los medios quería imponernos su poder y sus modos de vida. Fué una guerra en la que el pueblo español afirmó querer prolongar su vida en el futuro. Tenía aquel pueblo, curtido en la intemperie y el ayuno, diezmado por el hierro enemigo, lo que no habían tenido sus gobernantes en todo un siglo: el sentimiento profundo del patrimonio espiritual de una nación. Napoleón no era el general afortunado, ni el protagonista de una felonía, era la revolución personificada; quien traía las nuevas ideas y se proponía ejecutarlas.

Un aspecto curioso en los escritores extranjeros que tratan de cosas españolas, es el juicio que mereció la guerra de la Independencia.

La impresión que causó en Europa fué muy diversa. Los juicios fueron tantos como escuelas. Muchos hablaron del carácter feroz de nuestros guerrilleros. Parecía que la crueldad en este mundo sólo había sido patrimonio de una época y de una nación: de los españoles de 1808. Otros ven en la defensa sólo síntomas de inferioridad, tanto en la organización como en el espíritu que animaba a aquellos españoles tan retrógrados como sus abuelos de los siglos XVI y XVII. Por su ligereza, fácilmente se adivinan los escritores que siguieron los pasos de Voltaire, Raynal...

Hay, sin embargo, quien emplea otro tono, porque otra es su formación intelectual, pues bebe en lo que hay de eterno en la sociedad. Chateaubriand escribe en el tomo II de *El Genio del Cristianismo*: "España, separada de las demás naciones, presenta aún al historiador un carácter más original: la especie de estancamiento de costumbres en que re-

posa le será tal vez útil algún día; y cuando los demás pueblos europeos estarán ya como envejecidos por su corrupción, ella sola podrá presentarse con brillo en la escena del mundo, porque aún subsistirá en ella el fondo de las costumbres antiguas.”

Hay notas en esta mirada al porvenir que el mismo lector no puede dejar de subrayar. Chateaubriand no puede sustraerse a su siglo. En este, como en otros pasajes, domina un espíritu de desdén para con España. No es un vaticinio movido por la simpatía o afecto lo que le inspiramos. Mas él nos depara el porvenir. En cuanto al tono, ofrece el juicio cierta debilidad. Emplea la palabra “tal vez”, como a quien no le es dado escrutar el porvenir. Pero la afirmación queda en pie. Chateaubriand parece decirnos que, a no detenerse bruscamente el hilo de nuestra historia, que a seguir ésta su curso normal, España “ella sola podrá presentarse con brillo en la escena del mundo, porque aún subsistirá en ella el fondo de las costumbres antiguas”. Y es porque el autor de *El Genio del Cristianismo* sabía que en España se vivía la religión católica, dominaba en los corazones, inspirando nuestros actos y engendrando nuestras costumbres. Que no puede haber costumbres donde no hay un pensamiento común, donde no hay un mismo sentido de la vida que dé nacimiento a esos actos análogos y repetidos que llamamos costumbres, y que no son sino actitudes que tomamos ante los hechos cotidianos, soluciones prácticas que damos con un criterio a los sucesos del diario vivir. Sabía, además, que en España se conservaba la familia intacta, con el espíritu sano

y recto de otros tiempos. Existía, por tanto, la célula social por excelencia, donde se trasmite la vida y se templan las almas; donde, a través del cariño de los padres, nos llega lo que hay de eterno en la sociedad: las creencias y la moral. Conociendo la filosofía que inspiró a Chateaubriand, sin miedo a equivocarse, se puede completar su pensamiento sobre España diciendo, que unió los destinos de nuestra patria a la suerte de la familia, que es donde las generaciones se forman en las mismas ideas y costumbres, donde se alcanza a ver que la vida y la civilización tienen un sentido.

El levantamiento contra los franceses fué general, unánime, de confín a confín del país. Quedaron, es cierto, literatos, economistas, filósofos y algunos políticos que no partiparon de él; aquellos a quienes nuestros mayores, para señalar su traición, pusieron el mote de *afrancesados*. Eran, la mayor parte, herederos de los escritores y políticos del siglo XVIII, cuya obra no fué otra cosa que inclinarse con espíritu de lacayo ante los llamados regeneradores del pensamiento. "Después de todo—escribe Menéndez y Pelayo en el último tomo de los *Heterodoxos*—, no ha de negarse que procedieron con lógica: si ellos no eran cristianos ni españoles, ni tenían nada de común con aquella antigua España, sino el haber nacido en su suelo; si, además, los invasores tenían escrito en su bandera todos los principios de gobierno que ellos enaltecían; si para ellos el *ideal* (como ahora dicen) era un *déspota ilustrado*, un César impío que regenerase a los pueblos por fuerza y atase corto al Papa y a los frailes; si, además, este César traía consigo el poder y el prestigio militar más gran-

des que han visto las edades, en términos que parecía loca temeridad toda resistencia, ¿cómo no habían de recibirle con palmas y sembrar de flores y agasajos su camino?"

II

¡Cuánta estupidez y vileza vieron las generaciones que traspasaron el umbral del siglo XIX! De un régimen absolutista, que cedía a la adulación, se había pasado a las torpezas de un favoritismo y a hechos tan humillantes como la expatriación de la familia real a Bayona y la renuncia del trono. Más aún. En el colmo de la ceguera y la tontería, algunos desdichados miembros de aquella familia llegaron a felicitar a Napoleón por sus éxitos en nuestro territorio. ¿Qué impresión no causarían en los ánimos españoles las noticias que llegaban de aquel extremo de Francia?

Era deseo unánime dar fin a las componendas, sobornos y rivalidades que habían conducido a tan lamentable estado. Terminar de una vez con los odios, hostilidades y sospechas personales que marcaban los destinos de la política. No se acertaba a definir claramente el contenido de estas aspiraciones; ni, en la porfía, el medio de lograrlas. Se hablaba de buen gobierno y de justicia, y las mismas ideas vagas y confusas dominaban entre directores y dirigidos. En esta situación de espíritu, no le fué difícil a la Junta Central Suprema encontrar el calor necesario para realizar su propósito de reunir Cortes encargadas de dar contenido y forma a tales ansias. Tuvo que luchar sin tregua con los personalismos inevitables y con las difi-

cultades propias de un país invadido por ejército enemigo. Mas el entusiasmo y actividad que desplegaron, todo lo alcanzó. El 24 de setiembre de 1810 tenía lugar en la Isla de León la apertura de las nuevas Cortes, que tan mal habían de responder al espíritu español.

Muchos libros se han escrito sobre las Cortes de Cádiz. Es un episodio más de nuestra guerra de la Independencia digno de recordarse, y en el que se mezclan las armas y la política. Los franceses comprendieron los resultados que podían lograrse en la vida española colocando un príncipe en su sitio y ordenando la vida nacional. Dos años y medio tuvieron sitiada Cádiz, sede de las Cortes. Las sesiones transcurrían, pues, en el fragor de la contienda. Ni las balas, ni los horrores de la peste que sucedió, hicieron desistir a los diputados de su inquebrantable propósito de no abandonar aquel lugar. A su juicio, hubiese sido una debilidad imperdonable a los ojos de los españoles que les habían depositado su confianza.

Sin embargo, los historiadores apenas se detienen más que un punto para hablar del cerco de Cádiz. A lo más, adornan el relato con la amenidad de las coplas con que el humor andaluz disipaba sus malos ratos. Había otros motivos más hondos para mantener el recuerdo de aquellas sesiones. Entonces se había concedido a los diputados un poder sin límites ni restricción. Tuvieron en sus manos el restablecimiento y mejora de la constitución fundamental de la monarquía y acordar y resolver de manera plena y definitiva todos los puntos que pudieran ser tratados en Cortes. De estos años arranca el constitucionalismo español, la introduc-

ción en la vida pública de los principios liberales.

Nadie ha puesto en duda que los diputados del año 12 fueron gentes animosas, de corazón. Pero sus impulsos y bríos no eran más que el reflejo del espíritu que les dirigía y animaba. Españoles y extranjeros, en la centuria anterior, habían escrito mucho contra nuestra patria. Los nuevos diputados se hacían eco de este movimiento negador de España. Ofrecían una mayoría, que, sin saber apenas de nosotros, amaba el reformismo. Parte de ellos se habían formado, algunos de segunda mano, en la filosofía política de Rousseau y, a lo sumo, de Montesquieu. Estaban al día de todos los lugares comunes del enciclopedismo y tenían fresco el recuerdo de las figuras, gestos y ademanes de la Revolución francesa. Su filosofía era muy sencilla: ponían su fe en el birlibirloque de la libertad. Otro grupo bastante numeroso, y en el que figuraban personas distinguidas, pretendía remontar la historia de nuestra patria para devolvernos la libertad. Creían que nuestro pasado había sido una lucha constante para hacerla vivir y que, por el contrario, el despotismo nos era extraño. De este modo, una nota común dominaba a estos dos grupos tan heterogéneos: participaban de una misma filosofía de la Historia, en que la raíz de nuestra decadencia estaba en la falta de libertad.

La tesis del grupo que pretendía reanudar en las Cortes reunidas en Cádiz la truncada tradición constitucional de nuestra patria, no fué un juego de ideas, fruto de la ligereza e incultura de algunos diputados. Martínez Marina intentó sinceramente fundamentarlas en su obra *La Teoría de*

las Cortes y demostrar que aquel aserto era verdad y no un tópico afortunado.

Según este autor, España llevaba tres siglos de esclavitud y del más horroroso despotismo. Sin embargo, la libertad tenía en tierra española hondas raíces y la tiranía era extraña. Desde que se estableció la Monarquía, las Cortes se consideraban como parte esencial de la constitución del reino y como cimiento de la independencia y libertad nacionales. En España nunca fué la Monarquía absoluta; ni en tiempo de los visigodos, ni en los principios del reino castellano. En este autor se lee el pasaje, recordado hace poco tiempo con gran indignación de los españoles, cuando un gobernante cuya memoria va unida a la maldición, recordaba que Recaredo dijo, que la ley se hacía "para nosotros, igualmente que para nuestros súbditos".

El conde de Toreno, que ha pasado a la posteridad como hábil malabarista de la Historia, sólo superado más tarde por Moraita, también rompió lanzas por estas ideas. Suyas son las siguientes palabras que nos hablan de otro aspecto de nuestra decadencia: "Nació la Inquisición y murieron los fueros de Aragón y Castilla... De modo que se presenta la Inquisición en España, y adiós su libertad."

Tan profundamente había penetrado semejante filosofía de la Historia en el ánimo de aquellas minorías, que en el *Diario de Sesiones* se puede leer este dictamen debido a un hombre ilustre por sus condiciones personales, que vestía, a su vez, traje talar. Muñoz Torrero se expresaba así (1): "La

(1) *Diario de Sesiones* de las Cortes generales y extraordinarias, 1810 y 1837; t. VI, pág. 4.204.

Inquisición es el instrumento más a propósito para encadenar la nación y remachar los grillos de la esclavitud, con tanta mayor seguridad, cuanto se procede en nombre de Dios y en favor de la religión... ¡Los sacerdotes, los ministros de un Dios de caridad y de paz, decretar y presenciarse el tormento! ¿Es posible que se illustre una nación en la que se esclavizan tan groseramente los entendimientos? Cesó, Señor, de escribirse desde que se estableció la Inquisición: varios de los sabios que fueron la gloria de España en los siglos xv y xvi, o gimieron en las cárceles inquisitoriales, o se les obligó a huir de una patria que encadenaba su entendimiento. La libertad de pensar y escribir perecieron con la Inquisición" (2).

¿Hubo quien se opusiese a estas interpretaciones torcidas de nuestra historia? Dos hombres

(2) "Y sin embargo, ¡cesó de escribirse desde que se estableció la Inquisición! ¿Dejó de escribirse cuando llegaba a su apogeo nuestra literatura clásica, que posee un teatro superior en fecundidad y en riqueza de invención a todos los del mundo; un lírico, a quien nadie iguala en sencillez, sobriedad y grandeza de inspiración entre los líricos modernos, único poeta del Renacimiento que alcanzó la unión de la forma antigua y el espíritu nuevo; un novelista que será ejemplar y dechado eterno de naturalismo sano y potente; una escuela mística, en quien la lengua castellana parece lengua de ángeles? ¿Qué más, si hasta los desperdicios de los gigantes de la decadencia, de Góngora, de Quevedo o de Baltasar Gracián, valen más que todo ese siglo xviii que tan neciamente los menospreciaba!"

"Nunca se escribió más y mejor en España que en esos siglos de oro de la Inquisición. Que esto no lo supieron los constituyentes de Cádiz, ni lo sepan sus hijos o sus nietos, tampoco es de admirar, porque unos y otros han hecho vanagloria de no pensar, ni sentir, ni hablar en castellano. ¿Para qué han de leer nuestros libros? Más cómodo es negar su existencia." MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de los Heterodoxos españoles*, t. V.

nada vulgares y de espíritu abierto habían trazado su filosofía política basada en la Historia. Uno había muerto hacía doce años; y el otro vivía y había ocupado puestos muy importantes en la vida política española. Para Forner, la constitución política debe basarse en la constitución real y apoyarse en los principios fundamentales del derecho natural. El otro es Jovellanos, a quien con razón se le ha comparado, por su gran cultura y talento práctico con los grandes estadistas ingleses. "La Constitución—afirma Jovellanos poco antes de las Cortes de Cádiz—existe ya en España y lo único necesario es restablecerla, sin necesidad de redactar otra distinta."

En muchas ocasiones se ha formulado la pregunta si Jovellanos es o no demócrata. "No hay un ciudadano que no pueda ser llamado a las Cortes—nos dice—, sea la que fuere su clase o condiciones." Pero observa más adelante, que "dada toda la representación indistintamente al pueblo, la Constitución podría ir declinando insensiblemente hacia la democracia; cosa que no sólo todo español sino que todo hombre de bien debe mirar con horror en una nación grande, rica e industrial, que consta de veinticinco millones de hombres, derramados en tan grandes y separados hemisferios... Conviene, pues, que en las Cortes figuren como parte muy esencial el clero y la nobleza—cuerpo jerárquico entre el rey y los súbditos—para que de una parte contengan las irrupciones del poder supremo contra la libertad del pueblo, y de otra las de la licencia popular contra los legítimos derechos del ciudadano". Jovellanos es, pues, demócrata... ¡y a mucha honra!, no en la

forma abstracta traducida de la Revolución francesa por los diputados de Cádiz, sino a la española, al modo tradicional nuestro.

Numéricamente, los reformistas eran más. A su vez, otras circunstancias influyeron en que prevaleciera su pensamiento. Parte de los diputados no eran propietarios de sus puestos. Por las dificultades de la guerra, en que para comunicarse se hacían precisas jornadas largas e inseguras, se habían nombrado suplentes a los naturales de las provincias invadidas que residían en Cádiz. No había, por tanto, lazo estrecho entre electores y elegidos. Nobleza, clero y estado llano formaron, además, una sola cámara. De modo que al desaparecer los estamentos y sus votaciones separadas, no quedaba más que el imperio del número.

Dominó, por tanto, el reformismo. Pero es curioso seguir sus pasos hasta verle en el texto de la Constitución. Esta obra transformadora de España distingue dos partes. Una explicativa, que reviste cierto empaque y solemnidad para hablarnos de historia y tradición. Otra, la parte sustantiva, que fué una traducción de los principios de los filósofos y constituciones de la Revolución francesa. No hay trabazón, sino antagonismo entre una y otra. Era ley que esto sucediese. Unos creían en la aplicación abstracta de los apotegmas de Rousseau y Montesquieu. Otros habían formado su filosofía de la Historia precisamente en estas mismas doctrinas. La obra de estos últimos era una interpretación de los hechos de nuestros abuelos a través de los principios de la Revolución francesa. ¿Era extraño que éstos prevaleciesen?

Quedaría, sin embargo, incompleto el relato de

este período trascendental de nuestra historia sin el remate de los sucesos posteriores a la promulgación de la Constitución del 12 y sus intentos por presidir y dirigir nuestros destinos.

Fernando VII regresó a España en 1814 en medio de júbilo y apoteosis populares. Los españoles, dejándose llevar de las olas de su corazón, le perdonaron sus flaquezas y esperaron en él para poder continuar su misma vida, truncada por la invasión napoleónica y perturbada por unas leyes que no entendían. Olvidaron agravios y calamidades, sin más razón que el querer de espíritus sencillos. Aquel fárrago legislativo, adornado de encarcelamientos de obispos, reforma de frailes y ruptura con Roma, no podía ser popular. Fernando VII llegó a ser un símbolo, la bandera que hicieron tremolar los que detestaban aquellos barbarismos y amaban una vida conforme a nuestras creencias y costumbres.

La vuelta de Fernando VII trajo como resultado la derogación, en medio del aplauso general, de aquella Constitución formularia. Parte de la obra del nuevo monarca fué de reivindicación. Volvieron los jesuitas, expulsados desde 1767 del reino y sus dominios. Se suprimieron las leyes regalistas, principio de la supeditación de la Iglesia al Estado, tan tenazmente sostenido por los liberales. Se restableció también el Tribunal del Santo Oficio. Mas el resto de la obra de gobierno no fué para aprovechar tan favorable coyuntura en un plan de reconstrucción política y de pacificación de los espíritus. El virus liberal no se había extinguido. Fernando VII unas veces y sus ministros otras, no hicieron frente al peligro; se limitaron a pisar

la cola a los liberales y enrabiárlas. Vejados y perseguidos pudieron mantener el fuego de sus espíritus escondidos en las sociedades secretas. Desde 1814 se unieron más íntimamente y redoblaron su actividad. Hasta trece conspiraciones hicieron estallar en el corto espacio de seis años. Si fueron torpes intentos que inmediatamente nada consiguieron, vieron, no obstante, crecer sus filas por el desconcierto y confusión dominantes y por las antipatías que iban creciendo de obra de gobierno tan desdichada.

No hubo un movimiento liberal unánime para restaurar la Constitución de 1812. Sus adversarios carecían de ideas claras y firmes, eran presa del confusionismo general en toda Europa, no teniendo otra idea común que el pánico a los excesos liberales. Sin embargo, hubiese sido difícil, a no transcurrir muchos años, restablecer el código gaditano, que tenía en contra recelo y animosidad generales. En estas condiciones, la logia de Cádiz, ayudada por el oro de los insurrectos americanos, aprovechó las fuerzas militares que habían de pasar a América a combatir el movimiento de independencia, para alzarse contra el gobierno. En 1820, Riego, en Cabezas de San Juan, dió el grito para restaurar la Constitución del año 12, y pagaba el interés del oro prestado, haciendo que no llegasen las tropas a su lugar de destino. ¡Una Constitución que cuesta un imperio!

No nos sorprende la conducta de los liberales cuando, acuciados por la necesidad, se refugiaban en las logias. Antes de las Cortes de Cádiz, doblaban el torso perpendicularmente delante del absolutismo, y todo poder en manos del rey les pa-

recía poco porque esperaban emplearlo en abatir a la Iglesia. Durante la invasión francesa se colocaron al lado de Napoleón, que representaba las nuevas ideas. En 1820, el precio de su triunfo es la pérdida de nuestros dominios americanos. Más tarde les veremos salpicados de sangre inocente con la matanza de frailes. Fué el medio que encontraron más a mano para hacer que prevaleciese la revolución. Y este es el siglo XIX, en que poco se consigue por las vías legales y en que domina el hecho, casi siempre manchado con dinero y sangre de las logias. Y así llegamos a nuestro siglo, en que siguen celebrándose los pactos con el diablo para vender nuestra alma. Sus herederos no sienten ningún escrúpulo en vender Cataluña para conseguir el triunfo de la revolución.

III

Lafuente, el más popular de nuestros historiadores, pierde en algunos pasajes de su obra la objetividad científica indispensable, y se nos ofrece como el escritor de ideas, en este caso liberales, que eran las que profesaba. Lafuente, al llegar a este período de nuestra historia, nos habla del "sello marcadamente liberal que distingue y caracteriza la Constitución de 1812". Y, a renglón seguido, llega a decir, no sin cierta ingenuidad, que le parecía raro "en una época que se conservaban vivas en España las tradiciones y los inveterados hábitos del antiguo régimen, y en que parecía har-to reducido todavía el círculo de los hombres de la moderna escuela destinada a cambiar la faz

política y social de las naciones" (3). No necesitamos otra confesión más paladina de ese fenómeno tan característico en la historia del régimen parlamentario, de ir en una dirección la voluntad nacional y por otra marchar la de sus diputados. En la época que se vivía a la sazón, el suceso tenía una importancia excepcional. Fácilmente se comprende que no podían habitar en el mismo palomar zuritos y gavilanes.

Mucho énfasis se ha puesto en el siglo pasado al hablar del Código de 1812. Se ha dicho que es el punto de partida de nuestra vida política, y que en esta fecha entró España a vivir al modo europeo, a incorporarse plenamente en las corrientes del pensamiento que dominaban en los demás países. Es verdad. Si la Constitución se vivió sólo breves espacios de tiempo, quedó no obstante una herencia de ideas políticas, económicas y sociales en amenaza constante a nuestras creencias y en pugna, en este y otros extremos, con la idiosincrasia española.

Parte de la obra de los constituyentes fué sana, bien dirigida e intencionada. Fueron algunos aspectos administrativos, no todos, en que dominó el juicio y la ponderación. Otra tuvo el carácter de experiencia, de hacer entrar a España en un sistema abstracto de democracia liberal. Esta última pareció perderse en algunos momentos, y hubiese quedado viviendo en el fuero interno de una minoría, si no hubiese tenido la masonería mucho interés en llevarla adelante.

Hora es que hagamos una breve recapitulación

(3) Lafuente, *Historia de España*; t. XVII, pág. 270.

de las ideas y principios que van a influir en nuestra historia.

Uno de los principios que se tradujeron en artículos fué el apotegma del enciclopedismo, que el celo religioso iría apagándose en proporción al aumento de libertad y cultura. No es ocasión de pararnos a demostrar que la historia nunca ha probado este aserto; bástenos ver por qué extraños vericuetos llegó al código fundamental del país. Declaraba la Constitución en su texto: "La nación protege al catolicismo por leyes sabias y justas." Era un precepto declarativo, tan corriente en esta clase de leyes. Su desarrollo, lo que había de darle cuerpo y también espíritu en la realidad, había que buscarlo en diferentes títulos o artículos. En otro pasaje, la Constitución hablaba ampliamente de la libertad de imprenta. Era abrir el pensamiento a todos los vientos de las opiniones y, sobre todo, legalizar el desenfreno contra la religión. Un regalismo sin precedentes en los peores tiempos del absolutismo, encerraba a los curas en la sacristía y a los frailes y monjas en sus conventos respectivos. Siguiendo paso a paso las peripecias por que atravesaron las Cortes, se ve claramente que estos preceptos no fueron más que las componentes necesarias para dejar satisfechos los espíritus más radicales. ¿Qué hubiese sucedido en un país tan católico como España si se hubiese estampado al frente de la Constitución que "ningún ciudadano sería incomodado en su religión, sea la que quiera", como pretendía el economista Flórez Estrada?

Otro de los principios que tiene el carácter de experiencia es, que, según las nuevas leyes, el ciu-

dadano no tendría agravios que vengar, ni entretener su tiempo en reivindicar derechos. La libertad sería el aire que llenase su pecho. Hombre con hombre, clase con clase, súbditos con autoridad, todo estaría bajo el mismo signo de libertad. Estas medidas, que todas no alcanzaron su desarrollo, desventraban el llamado antiguo régimen y preparaban poco a poco el triunfo del individualismo, en que cada hombre podría enderezar su vida siendo soberano de su propiedad y contratando libremente su trabajo. En cuanto a la libertad política, entendían la Constitución y sus adalides, lo que en expresión de Tocqueville se ha entendido vulgarmente en Europa por libertad: debilitar el ejercicio de la autoridad. La experiencia ofrece interés, porque autoridad y propiedad son como dos polos del cuerpo social, diferentes el uno del otro, pero que se complementan, se ayudan y se apoyan. No podrá subsistir autoridad que no descanse en una equitativa distribución de la riqueza; ni propiedad que no deje guiarse por la autoridad para conservar lo que tiene de permanente y variar lo que tiene del siglo.

En orden a la nueva estructura nacional, se siguió en todo el patrón francés. Apenas se tuvo en cuenta la realidad geográfica y la realidad social de nuestro país. La nación no contaba para nada. Municipios, regiones y reinos; familia, oficios, escuela y universidad, desaparecían como células del cuerpo social, o eran víctimas de un centralismo a la francesa, ya conocido en otros tiempos y ahora sancionado de nuevo y exagerado su módulo.

La Constitución de 1812 tuvo gran trascendencia en nuestra historia. A través de ella penetra-

ron los ensayos de libertad como ley del equilibrio social. De esta manera, entra España a vivir al modo europeo; nuestro país no constituye ninguna excepción en la marcha de los pueblos. Aquellas ideas que empezaron en un rincón de Alemania encerradas en el círculo de la religión, que tuvieron durante el siglo XVIII su desarrollo en la filosofía por los llamados regeneradores del pensamiento, llegaban, manufacturadas por la política, hasta la última aldea de nuestro territorio. Hoy, que vemos morir el protestantismo atomizado, porque una religión sin las mismas creencias, sin la misma moral que practicar, no ofrece al Pastor un rebaño, sino ovejas descarriadas, nos parecen estas ideas llenas de veneno y peligro. También en política vemos en nuestros días otros aspectos de esta experiencia de libertad, que, en definitiva, no son sino las partes de un todo que mueren de la misma enfermedad, de un mal congénito. La crisis del liberalismo surge porque no puede subsistir una sociedad y menos prosperar sin unidad de ideas. Sin los mismos pensamientos no hay acción común; podrá haber individuos, grupos, pero no un cuerpo social que aspire a prolongar su misma vida.

No es extraño que, a raíz de aquel código, España quedara dividida, separada en dos bandos. Los personalismos quedaban a un lado, porque se ventilaban cuestiones de principio. La lucha de estos dos bandos, que se conocen con distintos nombres según tiempos y matices, ha sido la historia del siglo XIX y lo que llevamos del XX.

CAPITULO III

El mito de la libertad

I

En otro capítulo hemos asistido al amanecer intelectual de un sector muy importante de nuestro pensamiento. La dirección y el impulso venían de fuera, del Norte principalmente. En la primera mitad del siglo XIX las direcciones del pensamiento apenas han variado. También de ese lado de la rosa de los vientos llega la orientación.

En esta época hay una razón para aludir al movimiento literario extranjero. El romanticismo, que llevó una fuerte corriente de espiritualidad a muchas naciones, en nuestro país había de influir de manera original. España, entonces, fué blanco de inspiraciones de artistas y escritores. Los gastados cachivaches del pseudoclasicismo empujaron a los románticos a la busca de costumbres originales que inspiraran sus indómitos y arrogantes personajes, y también de lo tétrico y misterioso como escenario en que se moviesen. En nosotros, en frase de Wáshington Irving, se encontraban todavía "costumbres francas, hospitalarias, aunque medio

salvajes, que dan singular encanto a la romántica España”.

Muchos viajeros de todas las procedencias visitaron España. Y de todos ha quedado la suficiencia de tono de quien ocupa un elevado rango en la república de las letras. Víctor Hugo, Scribe, Gautier, Dumas, Musset, Byron, Irving, Cushing... pintaron a costa nuestra los caracteres más inhumanos y opuestos, o recorrieron con su pluma una geografía que no existía. En algunas ocasiones, se llegó a ensalzar el calamitoso siglo xv de nuestra historia, para hacer luego más lúgubre la pintura de los Reyes Católicos. Felipe II no se cansaba de estar en escena, ni de dedicarse a la misma ocupación: se entretenía en alimentar con su intolerancia las hidras de nuestra decadencia. Así como en otros países este movimiento sirvió para hacer gustar lo propio y típico, para afirmar una densa personalidad histórica, los escritores románticos que nos visitaron no hicieron sino repetir con monotonía los tópicos de los negadores de nuestro pasado. Para muchos, la historia era un pretexto de inspiración y, en el fondo, les quedaba la filosofía que había dictado a Montesquieu y Voltaire sus críticas contra España y a nuestros reformistas la Constitución de 1812. En algunos autores, singularmente en viajeros, su pensamiento podía resumirse fácilmente: si España tuviese unos buenos ministros y unas leyes liberales, volvería, si no a igual poder, a igual prosperidad que cuando era rival de Inglaterra, terror de Francia y dueña del mundo.

Mientras tanto, en España, Fígaro, con acento afrancesado a lo Iriarte, dejaba oír suspiros y la-

mentaciones. Deploraba nuestra manera de ser para añorar un remozo extranjero. Esta corriente tuvo el apoyo de una serie de escritores como Hermosilla y Reinoso, entre otros, que justificaban su actitud porque el objeto de una sociedad no es vivir independiente, sino segura. Más importancia tuvo, por el empuje y cualidades de sus representantes, una falange de escritores que iba desmenuzando nuestra historia en busca de inspiración. Algunos, entre ellos Quintana, pretendían cimentar su ideal de progreso en la historia patria. Sus odas respiran esta inspiración: son una visión de la historia de España a través de ese prisma negador de nuestros valores, que supone el primer paso para justificar la necesidad del reformismo. El duque de Rivas también nos dejó en sus obras retratos truculentos de los héroes de nuestra historia. Otros autores buscaban en nuestro pasado figuras y paisajes que fuesen bien con los aires románticos de la época. Pero este movimiento literario, que en España se presenta con tintas débiles, no purificó nuestra historia, y con facilidad sus representantes estaban próximos a los lugares comunes que la deformaban. De este modo se explica no se saliese al paso de las intemperancias y cuchufletas extranjeras, que, pintándonos con unos colores que el original no poseía, dejaban flotando en el ambiente, que siempre habíamos vivido y todavía vivíamos bajo un techo de nubes densas y negras, que nuestro espíritu siempre había sufrido asfixia.

Las ciencias históricas tenían a la sazón gran importancia. No era por la talla de sus representantes, en general mediocres y adocenados, sino por ser el arsenal que proveía de razones a dis-

cursos, preámbulos de ley, y, sobre todo, encontrarse en íntima conexión con el pensamiento literario. A Llorente, sacerdote renegado, y, como tal y buen enciclopedista, gran demoleedor de nuestros valores, se debe una desgraciada Historia de la Inquisición de España. Martínez Marina y el conde de Toreno quisieron ser, sin lograrlo, los representantes en las Cortes de Cádiz de la unión de aquel momento histórico con la truncada tradición española. En su *Bosquejo Histórico*, Martínez de la Rosa, a pesar de su temperamento ecuánime, se hace eco de este movimiento deformador de nuestra historia. Así, las deformaciones de nuestro pasado pasan a ser los tópicos repetidos de libros, periódicos y discursos.

En los escritores políticos de la época, se observa la ausencia de una dirección firme y segura, inspirada en un gran pensamiento. Ya se presagiaba el influjo que habría de tener más tarde la filosofía alemana, mas todavía no se llegaba a conocerla a fondo. Las obras políticas son débiles, y en ellas se marca la tendencia de los emigrados políticos en Francia, que se inspiran en autores contemporáneos de aquel país, y las de los emigrados en Inglaterra, en que domina el espíritu de esta nación. En resumen, es continuar bajo tímidas correcciones la obra de la época anterior.

Corren tiempos nuevos, y un elemento hasta entonces casi desconocido entraba a influir de modo decisivo en la formación intelectual de los pueblos. La prensa, de hojas sueltas que salían de vez en vez, pasa a ser diaria y, con ello, a tomar vuelos, haciéndose la gran formadora de la opinión. Coge la realidad cotidiana y la desmenuza en los hechos

punzantes que todos los días ofrecen los problemas nacionales; los interpreta y en ocasiones presenta la solución, constituyéndose de este modo en guía de los pueblos. En los días en extremo febriles que se vivían, los periódicos no entendieron la libertad de prensa como el medio de poder hablar con su autoridad en todo momento y dar su fallo en los problemas más graves y difíciles. Creyeron, por el contrario, que era la patente de corso para tratar con desmedida audacia de todos los problemas de un país. Si los políticos con sus manos pecadoras habían tocado hasta los últimos registros de una nación: política, pensamiento, Iglesia, economía, costumbres..., los periódicos fueron sus coros. En sus columnas apenas se examinaban las cosas con el criterio de las doctrinas respectivas, sino a la única luz de destruir al adversario. En este tono hablaban *El Eco del Comercio*, *El Republicano*, *El Guirigay* y tantos otros que se sucedían con velocidad increíble, pues nacían para unos días, para unas horas de campaña política. La libertad de prensa sólo sirvió para poner en solfa a la Iglesia, al trono y a las instituciones fundamentales.

No faltaron voces que abriesen los ojos ante los graves peligros que amenazaban, de seguir con semejante equipaje de ideas. España, enganchada al carro de Europa, vivía aquellos años de confusiónismo en que ninguna nación sabía adónde marchaban sus pasos. Al estribillo de que era necesaria una nueva ciencia política para una sociedad totalmente nueva, se entregaban los pueblos al disparate. En esta situación, unos cuantos hombres, como con un gran foco, iluminaron la realidad, y a

sus resplandores se pudo ver que no había más camino que aquel trazado por el Evangelio y que el hombre estaba en este mundo para vivir dentro de sus bordes y continuar la labor emprendida.

Salieron al encuentro de las nuevas doctrinas sin extrañarse ni hacer aspavientos de contrariedad por su éxito. Pues sabían que en apariencia los nuevos postulados se dirigían a la razón y entendimiento; mas, en el fondo, obraban sobre el orgullo y la soberbia, dos de las pasiones del hombre. Mucha gente se sorprende de encontrar en ellos observaciones llenas de agudeza y penetración sobre la psicología y movimientos humanos; y es que no hay nada más aleccionador que conocer el corazón humano a la luz del Evangelio, el antídoto más formidable contra nuestras pasiones y concupiscencias.

Balmes fué uno de los escritores que iluminaron el camino con la fuerza de su genio. Dejó una obra llena de gran sentido de la realidad. Su herencia ha sido un espíritu inmortal destinado a ver el fin de los siglos: el toque mágico del "criterio", resumido en su idea de filosofía que "consiste en ver en cada objeto todo lo que hay, y no más de lo que hay". Con este mismo espíritu se enfrentó con el pasado, dejándonos la única filosofía de la historia: la acción perenne y bienhechora de la Iglesia en la sociedad. En cuanto a la política, para él, un régimen cristiano es siempre enemigo del absolutismo y tiranía de unos y de otros; liberal, en el buen sentido de esta palabra. Y en lo referente al orden práctico, sienta esta conclusión rica en deducciones: la palabra del legislador no basta para crear un poder, la historia ha confirmado que no

es lo mismo un poder legal que uno efectivo.

La otra gran figura es Donoso Cortés. Es el gran martillo del doctrinarismo y del eclecticismo. Siempre habla a ultranza. Donoso nos enseña maravillosamente lo que hay de eterno y permanente en la Historia y lo que es mudable y perecedero. Vaticinó la revolución soviética. Vió el predominio prusiano en el mundo. Vió la suerte futura de las monarquías constitucionales. Vió, en resumen, lo que hay de constante y fundamental en la sociedad. "La definitiva separación del alma, de Dios, y del cuerpo del alma, se designan con el mismo nombre: *muerte*."

En 1848 estalló en toda Europa la revolución. Por lo colosal de sus proporciones y por su animosidad contra todo espiritualismo, bien parecía presagio de tiempos apocalípticos. ¡Cuántas veces repite la Historia la figura de la torre de Babel por haber pecado los pueblos contra el espíritu!

II

¡Qué monótono y deplorable es el cuadro político que sucede a la muerte de Fernando VII! Es un continuo hacer y deshacer. Tejer y destejer, que es la frase sacramental que ha quedado de los historiadores de aquel período. Constituciones que nacen y mueren: 1834, 1837, 1845... Leyes orgánicas que mudan apenas instauradas. Pronunciamientos y contrapronunciamientos. Partidos sin fe en sus principios. Unos se arrastran por los fondos turbios de las logias. Otros apelan a la insurrección del ejército. Facciones sosteniendo largas e impetuosas guerras civiles. Todo imposible y abu-

rrido de conocer, porque el lector se pierde en laberintos de zancadillas, asonadas, sospechas y deserciones. Peor eran los lances en que chocaban las distintas huestes cuerpo a cuerpo, hombre con hombre. Lo episódico en estos años es repugnante, espanta conocerlo. Huele a sangre y, en ocasiones, a vísceras humeantes.

Queda, no obstante, algo fundamental, permanente, en la política de los frentes de izquierda. Los progresistas, creen sin decirlo, son escépticos en política; carecen de fe en la conquista sincera, leal, de la opinión. Como las serpientes se esconden en cantos y piedras, permanecen ocultos en las sociedades secretas. Su táctica se explica en pocas palabras: el asalto al poder por cualquier medio, convertirle en instrumento de dominación. Después vendrá, cual hoja de parra que cubra su impudor, el discurso, el pasquín y el periódico entonando himnos a la libertad y hablando del cerrilismo del adversario. Cuando la virtud ha huído del corazón, se refugia en los labios. Los progresistas en esta época, decía Menéndez y Pelayo, se habían convertido en anarquistas y agitadores perpetuos.

Malos tiempos corrían para los progresistas el verano de 1834. Los triunfos de don Carlos eran una amenaza constante, un jaque continuo para la instauración en España de los principios de libertad y progreso. Crecía el enojo y la ira contra el Gobierno moderado, débil en su actuación gubernativa, aunque en la legislación había otorgado parcas concesiones. Era preciso, además, avivar cierta pereza y flojedad de los jefes progresistas para entrar en el camino de la revolución. Había, pues, que acabar con aquel estado de cosas.

He aquí un suceso calamitoso que va a servir de pretexto. El cólera, que venía causando estragos desde hacía algún tiempo, empezó a aumentar con celeridad inusitada. A mediados del mes de julio presentaba, por sus desmedidas proporciones, caracteres alarmantes. Y en la noche del 15 se hizo correr el rumor de que las aguas habían sido envenenadas de propósito por los frailes. La mañana siguiente estalló la protesta en las calles, y al poco tiempo el motín. Bandas asalariadas, fingiéndose presas de furor y delirio, se dirigieron al Colegio Imperial. En el vestíbulo y galerías cayeron en manos de los verdugos hasta diez y seis jesuítas. Algunos de sus cuerpos, casi descuartizados en la mutilación, fueron arrastrados por las calles en medio de gritos de algazara y triunfo. Poco después, en tabernas de la calle de la Concepción Jerónima empezaban a hervir los sesos de algunas de las víctimas.

Encendidos los ánimos en la hecatombe, las turbas pasaron a otros conventos; dominicos y mercedarios rindieron sus vidas en escenas semejantes. Y al caer la tarde, a pesar de estar custodiado el convento por la tropa, cayeron hasta cincuenta franciscanos.

El capitán general, encargado de reprimir los excesos de las furias asalariadas, no salió a la calle hasta las cinco de la tarde. Más aún. En el colmo de la desvergüenza, llegó a increpar a los jesuítas supervivientes de haber vertido veneno en las aguas. Martínez de la Rosa, que a la sazón formaba parte del Gobierno, antes de morir declaró solemnemente lo que estaba en la conciencia de to-

dos: que la matanza de frailes fué preparada y organizada en las logias.

Es equivocado creer, que la conclusión que se obtiene al conocer la historia de estos años lamentables es la ineficacia de la ley y de los partidos ante el estado perpetuo de agitación y frenesí revolucionario. No es la síntesis de este período el tejer y destejer, la vanidad de las tentativas que se hicieron por una y otra parte para cambiar el orden del Estado. Se hizo y se deshizo mucho, pero lo que se pudo consumir, por desgracia quedó. De este período son algunas leyes que han influido poderosamente en nuestra constitución social. Empezan en la economía con Mendizábal, taumaturgo de las quiebras de nuestra hacienda. La *Gaceta* se expresaba de este modo: "El ministro de Hacienda tiene, por decirlo así, en su faltriquera las compañías y capitales necesarios para abrir las comunicaciones interiores de que tanta falta hay en nuestro suelo, para promover todos los ramos de la riqueza pública, para hacer útil y productiva la administración de bienes nacionales; en fin, para elevar la nación española al grado de prosperidad y riqueza que le es debido." Parecía su ambición suprimir las cifras astronómicas de nuestro déficit, mas también tenía segundas intenciones. La receta que encontró en su faltriquera no podía ser más sencilla: vender los bienes raíces de la Iglesia. Esta fué la llamada desamortización. Prescindiendo del pleito eclesiástico, fondo de la cuestión, se pueden hacer estas interrogaciones: ¿Obtuvo beneficio alguno la economía nacional? ¿Lograron las clases mejora en su situación? No son preguntas que se pueden contestar con monosílabos. Convie-

ne examinar con detenimiento los efectos de este decreto. En fin de cuentas, como veremos más adelante, no es más que una pieza muy importante de la obra revolucionaria de estos tiempos.

Junto a estos decretos, seguía avanzando la obra demoledora de la Iglesia. El plan obedecía a una estrategia trazada de antemano, en que el disimulo, la astucia y el engaño eran los instrumentos para ejecutarle. El objetivo, ir apartando, por un motivo o por otro, los prelados de las diócesis y, con idénticos modos, dejar huérfanas a las parroquias de sus jefes. En otras palabras: dejar sin ministros a la Iglesia de España. A unos les apartaban directamente. A otros les dejaban en la difícil situación de no saber de qué autoridad eclesiástica dependían y, de este modo, evitar la provisión de cargos. Y, común a todos, desarmarlas en la acción, arrebatándoles los bienes.

Además de estas medidas de afrenta y persecución a la Iglesia, dictaron otras puramente administrativas, que venían a continuar el espíritu reformista de las Constituyentes de 1812. Las directrices fueron casi las mismas y, como aquéllas, tuvieron el carácter de experiencia. Se suprimieron los gremios, se fué extendiendo la plena libertad de contratar y arrendar y, poco a poco, fué entrando el espíritu del individualismo liberal en nuestra sociedad. No son estos decretos y los de persecución de la Iglesia, leyes que marchaban por diferentes caminos en lo que respecta a sus resultados en nuestra constitución social. Aquellos preceptos administrativos tenían por base la apología de la libertad; los otros van borrando, poco a poco, la ética, fundamento inquebrantable de toda acción

libre. Era dar un gran paso en la experiencia de libertad, prescindiendo de principios superiores, por la que a la sazón deliraba Europa.

Lástima que aquellos tiempos fueron febriles en extremo y no hubo una oposición eficaz. Los moderados nutrían sus filas del miedo a los desmanes progresistas, de gente que tenía que perder con el triunfo de éstos. En el confusionismo reinante en todas partes y en todos los climas, no se daban cuenta cabal de la situación. Únicamente aspiraban a ver los ánimos pacificados en un régimen que, conservando el mismo tinglado político, no incomodase al adversario y, en la tolerancia, llegase a deponer sus desplantes e intemperancias. Se alimentaba, pues, de ideas negativas, lo que les llevó a admitir ciertas complacencias de marido consentido. Han sido los cómplices de la formación de una conciencia social y una legislación en que el hombre podía gozar salpicándose en sus concupiscencias. Su pecado fué no hacerse una composición de lugar. Ignorar que aquellas contiendas no ventilaban un pleito político, sino que eran episodios del duelo entre dos civilizaciones, del que era víctima Europa. De los moderados y de sus herederos los conservadores decía Menéndez y Pelayo que habían cometido "el irreparable pecado de no españolizarse jamás..., de gobernar con absoluto desconocimiento de nuestra historia patria."

Otro lugar de la oposición a la obra revolucionaria lo ocupaban los tradicionalistas. En la primera mitad del siglo XIX, se dejaron influir de un concepto teocrático de la monarquía, de origen francés, y que no iba muy bien con el sentir del pueblo español. En cuanto a táctica, cometieron la

torpeza de dar demasiada importancia a las armas. Creyeron que las ideas pueden desaparecer por un impulso extraño. Habitan en la conciencia de los hombres, en nuestro fuero interno, y una fuerza exterior podrá sojuzgarlas, someterlas en un momento determinado, nunca hacerlas desaparecer. Cuando la magnitud de la lucha ha alcanzado proporciones inusitadas, son precisos remedios adecuados: una obra larga, perseverante, que llegue a los corazones.

III

En España, hacía bastantes años, se habían introducido las ideas económicas inspiradas en las doctrinas de Adam Smith. Sus principios encontraron eco en la vida española, logrando calor y apoyo de las Sociedades Económicas de Amigos del País. Para algunos, la economía liberal constituía un dogma y, junto a ella, veían los triunfos de la máquina como resplandores de nueva aurora. Su defensa no necesitaba lenguas ni plumas: bastaba examinar la realidad, observar los progresos sorprendentes obtenidos en las naciones industrialmente adelantadas. Si no creían en el poder directo de las leyes, en las nuevas perspectivas económicas que se abrían y en el flujo constante de descubrimientos e invenciones, al menos veían en los imponderables que dejaban a su paso el ambiente necesario para una renovación en la técnica, en la economía y hasta en el seno de las clases.

Con esta disposición de espíritu se salía al encuentro de los problemas económicos. Muchas leyes, que constituían un estorbo a la marcha triunfal



de los nuevos principios, eran sustituidas por otras de espíritu más moderno. Se creyó que con ello se hacía frente a esa fila interminable de caras mustias y famélicas que se movían en un fondo de barbechos y tierras áridas. Este fué uno de los pretextos, aunque otros fueron los móviles, de poner a la venta los bienes raíces de la Iglesia. Se suprimieron los gremios y se fué extendiendo la libertad de contratar y arrendar. Entramos, pues, con el triunfo de la revolución, a vivir lo que sus principios tenían de experiencia. El individualismo liberal será el único criterio que ilustre y salga al encuentro de las dificultades y a la mudanza en las condiciones de vida.

No es preciso insistir en lo dicho anteriormente. Las nuevas leyes económicas y las de persecución de la Iglesia no son preceptos que vayan por caminos apartados en los efectos que han de seguirse en nuestra constitución social. Los primeros hacen la apología de la libertad en el terreno económico. Los segundos van borrando, poco a poco, la moral, fundamento de toda acción libre. España, como Europa, empezaba a vivir de una manera sistemática, y en todos los órdenes de la vida, la experiencia de libertad como ley del equilibrio social. Hoy, todavía nuestra constitución interna se resiente de este ensayo. Detengámonos, pues, un punto en su examen.

Suprimidos los gremios como rémora de los tiempos y dejados a la libertad de las partes los contratos, quedó herido de muerte el espíritu de solidaridad en el mundo del trabajo. Poco a poco, creció la separación entre amos y obreros, porque una nueva forma de asociación ejercía su imperio.

El dueño de una manufactura sólo pedía al obrero su trabajo, y éste no esperaba de aquél más que el salario. Eran dos hombres que se veían en la fábrica y no se conocían fuera. Por un lado estaban unidos, pero su espíritu permanecía separado: no había ninguna obligación ni vínculo moral para protegerse y defenderse mutuamente en las asperezas de la vida económica. Entre tanto, a medida que la división del trabajo recibía una aplicación más completa, el obrero se hacía paulatinamente más débil, más limitado, más dependiente del nuevo orden de cosas.

El cultivo del campo lo irrumpía una nueva casta de propietarios sin ética. Mendizábal, amparado en el pretexto de abrir las fuentes de riqueza de la nación, liquidó los bienes eclesiásticos con el doble fin de sacar la hacienda del colapso que padecía y de crear una legión de propietarios que tuviesen intereses creados en la revolución, que fuera la defensora de las nuevas leyes. Por cuatro cuartos se adquirieron buenos lotes de terreno, y hasta por dos, porque no en balde ejerció su influjo la ley del exceso de oferta en el mercado de bienes. Entró, por tanto, en el agro español para obtener el dominio de aquellas fincas, un nuevo elemento vacío de escrúpulos. También había de sentirse en la vida rural el espíritu irreligioso que se iba infiltrando en aquella desdichada época.

Escasa importancia ha tenido el imperio de la ley en el campo. Y es que su cultivo se ha desarrollado bajo una asociación humana "sui generis", diferente en cada región y aun en cada localidad. Las especiales condiciones de los terrenos, la naturaleza de los cultivos y de las cosechas y los

azares de esta rama de la economía, en muchas ocasiones, han conducido a los hombres a unirse para la producción, más por lazos morales que por los rígidos y fríos preceptos de la ley. Dominada ahora la cooperación humana por la llamada, no sin cierta amarga ironía, libertad de contrato, podían los más fuertes saciar sin molestias su sed de codicia. Coincidió a la sazón con que el campo era invadido por una estirpe de propietarios cuyo título era el lucro. Y todo esto ocurría en una época en que el espíritu irreligioso se iba infiltrando, oscureciendo de esta guisa la verdadera idea de solidaridad y fraternidad humanas. No es de extrañar que en la vida rural entrase un nuevo elemento perturbador y cayese derrumbada aquella mutualidad que tenía su origen en el sentido íntimo de las cosas, y que daba por su flexibilidad singular dulzura a la vida, aliviando las cargas cuando eran tiempos de vacas flacas y llegando hasta perdonarlas cuando la desgracia se hacía dueña de los campos.

Hay un hecho oscuro en la historia de los pueblos y singularmente en la historia de España. Se nos repite, no sin cierta melancolía, que carecemos de hábitos comunes, de costumbres, en el hermoso sentido de esta palabra. Es cierto. Y precisamente en el período que tratamos empiezan a desaparecer unos y debilitarse otros. Pero hoy, por la nula o tibia influencia que ejercen, cuando se habla de costumbres parece que se quiere hacer el oficio de desenterrador de momias. No se sabe qué son, ni se conoce su finalidad.

Las costumbres son el reflejo más claro, más transparente de la conciencia social de un pueblo,

cuando el manantial de que proceden es limpio. Nacen de un concepto común de la vida, de la aplicación constante de una manera de pensar y de sentir. Su esencia no son hechos; es un mismo espíritu que engendra hábitos al dirigirse con igual criterio ante la realidad de la vida en sus múltiples manifestaciones. Atribuir a la ley la virtualidad, el poder exclusivo de regir la sociedad, es ir demasiado lejos. La justicia es fundamento imprescindible de una sociedad. Es la que exige y hace respetar la persona humana; impide destruir y dañar. Mas su acción se detiene ahí. No alcanza, se para en el umbral de nuestro fuero interno. Y, cuando llegan los imprevistos, la carcoma de las enfermedades, la ruina de un cielo de nubes negras, la fortuna en la venta de la cosecha, la ley es fría, carece de entrañas, no despierta el sentido de solidaridad, que somos unos, y que repetimos la misma imagen. Siempre en la ley quedan vacíos y vanos que llenan de amarguras y asperezas la vida. Hace falta un espíritu que ayude y apoye al hombre en su carrera. Las leyes son defectuosas; las costumbres dulcifican la vida; ;son la expresión más hermosa de la sociabilidad humana!

Se pasa con rapidez sobre estas mudanzas de los tiempos en que, poco a poco, se van borrando los elementos de una civilización. Es lástima, porque se equivoca quien crea que son memorias funerales. Hay una cosa que sorprende en la historia del pueblo español, quizás como en ninguna otra. La resistencia, la cohesión de sus elementos, ese aspecto de roca que resiste y desafía los más temibles embates. Y es que entonces había unidad en la conciencia social. Había ideas y sentimientos

comunes, un concepto de la vida. Entonces el espíritu engendraba costumbres. Eran tiempos en que los gobernantes no tenían la ciencia pedantesca del reformismo. Guiados de su buen sentido llevaban en sí la fuerza del gran estadista: no destruir los elementos psicológicos de un pueblo, sus fuerzas sociales, todo lo que supone un conducto moral; por el contrario, su misión era conservarlos y mantenerlos, hacerles convergentes en un objeto.

Al hacer el balance de este período, poco puede apuntarse el reformismo en su haber. Con su espíritu de libertad, con su nueva raza de propietarios, con la irreligión que sembraba y la muerte de nuestras costumbres encendió la llama de la cuestión social. Otro hecho venía a avivar el fuego de aquella llama. Suprimidos los bienes de las Ordenes religiosas y dificultada con astutas trabas su vida, quedaron desarmados aquellos hombres que enseñaban al ignorante, aliviaban las heridas de los enfermos y recogían los abandonados de todas las edades. La ignorancia, la enfermedad y los vicios de los hombres siempre han sido y son manantiales inagotables de pauperismo y fuente de todo género de miserias. Aquellos hombres que por un trocito de cielo recogían los restos de los naufragios humanos, tuvieron que quedarse mano sobre mano, porque con sus bienes se pensaba pagar los presupuestos de la revolución y crearse una legión de propietarios que defendiese el nuevo orden. Mientras, los menesterosos, los desheredados de la fortuna, porque del botín nada bueno les llegó, se veían privados de todo consuelo.

Una frase vulgar ha hecho fortuna al hablar de

la cuestión social y explicar su existencia. Se ha dicho que la sociedad vive en pecado mortal. Por estas razones Balmes pudo escribir al final de su vida, cuando el socialismo daba muestras de vitalidad: "Se equivoca grandemente quien considere a estos novadores como depreciables fanáticos, que víctimas de una ilusión exagerada por el orgullo, pasan y desaparecen sin dejar tras de sí ninguna huella. Es cierto que ni se han planteado ni pueden plantearse los sistemas que ellos propalan; que sus doctrinas se mantienen por ahora y probablemente se mantendrán por mucho tiempo en la esfera de simples teorías; mas la semilla que ellos arrojan al acaso se deposita en tierra, que la recoge con avidez, quizás para fecundarla el día que la Providencia quiera desencadenar sobre el mundo desconocidos y espantosos trastornos."

En aquellos años apareció en España el germen del socialismo. No lo busquemos en publicistas, partidos o agitadores. Apareció en su elemento permanente, constante: el malestar de una clase, por lo dura que es la vida. Esta es la médula de la cuestión social: la lucha por la existencia. Luego, con espíritu de represalia, aparecerá el socialismo como protesta contra la clase que, ciega en su riqueza, no oye los gemidos de dolor de sus hermanos. También como una protesta contra una conciencia y un orden social que lo permiten.

La gravedad que entraña la cuestión social, se concibe porque hay en el hombre profundísimos motivos psicológicos para que viva y se albergue. Se lee en el *Génesis*: "Maldita será la tierra en tu obra; con afanes comerás de ella todos los días de tu vida." La lucha por la vida es el castigo que

Dios impuso al hombre por su prevaricación. En este continuo batallar por el pan cotidiano es donde el hombre había de sufrir las mayores penalidades, ver cara a cara el aspecto rencoroso de la vida, con sus ingratitudes, fatigas, miserias que no le abandonarán un solo momento y las llevará hasta el último minuto de su existencia. Precisamente la conciencia de la sociedad y las nuevas leyes abandonaban al hombre a sus fuerzas en lo que más necesita de ayuda, de apoyo y de amor: en la lucha por la vida.

Este fué uno de los resultados de la experiencia revolucionaria al elegir la libertad como ley del sostenimiento humano. Ya era bastante para desacreditarla. Pero quedaba para los años que la siguieran sufrir sus peores consecuencias. Sin una justa distribución de la riqueza no puede haber estabilidad y mutualidad en las relaciones de los grupos humanos. Tampoco puede haber acción eficaz de la autoridad.

CAPITULO IV

Revolución y restauración

I

Las investigaciones científicas que a mediados del siglo XIX llenaban la Europa culta, mantenían despierto el espíritu del común de las gentes. Muchos se dejaron arrastrar de ese colorido de humanidad que rodea a las lucubraciones filosóficas, económicas, sociales y el cultivo de las ciencias experimentales. Con razón, los escritores que las divulgan y defienden pueden ser llamados el cerebro de la revolución. En sus escritos emprendieron la transformación social y económica con aquella amplitud y seguridad que son propias de la fe ciega y la inexperiencia absoluta.

La marcha del pensamiento en este período es un eslabón más de esa cadena que forma en el tiempo la filosofía heterodoxa y antiespañola. Y como antaño, los revolucionarios acudían a sus fuentes sedientos y jadeantes. Con nuevas palabras y tonos más modernos repetían en los oídos lo que ya habían dicho la centuria anterior: no os dejéis gobernar por dogmas y autoridades; contemplad el mundo lleno de fuerzas y poderío in-

sospechados. De estas ideas brotaba de nuevo el espíritu antirreligioso y una gran animosidad contra las instituciones, singularmente contra todo lo que había sido columna de nuestra historia. Quedaba, por tanto, un sabor iconoclasta traducido en radicalismo de la acción. En el orden constructivo, todo era de simplicidad maravillosa. Para colmar ese apetito inmenso, insaciable, de gozar el hombre plenamente de sus facultades, unos creían en el poder taumatúrgico de la libertad; otros lo esperaban todo de la evolución.

A partir de 1854, y a causa de la ilimitada libertad de imprenta que se estableció, el caudal de ideas salido de editoriales y redacciones fué una glosa de la realidad a la luz de estos principios. Era un continuo repiqueteo para proseguir la obra de reconstrucción nacional iniciada con la Constitución de 1812. Y, en esta obra, antes de construir era preciso buscar los peones, hacer abominar lo establecido a través de larga y sistemática campaña contra dogmas e instituciones; halagar las pasiones diciendo que la autoridad era un ridículo payaso y el hombre una fracción de rey. De este modo se fué haciendo gustar la revolución, se fué infiltrando, poco a poco, que aquello suponía un último esfuerzo para dar nuevas instituciones sobre la ruina de las viejas, para seguir el ritmo de los países europeos, únicamente estorbado por una serie de monarcas llenos de espíritu retrógrado y, por tanto, ineptos para sus funciones de gobernar. Años más tarde, y a raíz de haberse constituido la Sociedad Internacional de Trabajadores, esta propaganda disolvente se llenaba de fuertes tintas rojas que proclamaban la revolución social.

Por su resonancia en el aspecto político y por los bríos de su prosa, Pi y Margall ocupa un puesto destacado en la literatura revolucionaria. Es el testamentario de Proudhon en España. Tradujo sus obras y aprovechó la urdimbre de su sistema para escribir su libro *Reacción y Libertad*. En sus páginas llegó a anunciar la próxima desaparición del cristianismo y nos dejó esa crítica acerba y dura contra la sociedad y su hipocresía, y, como antídoto, un vago misticismo de libertad y sinceridad. Al lado de sus direcciones filosófico-sociales, no puede olvidarse su carácter de hombre de acción y su influjo sobre un sector muy importante de nuestra política. Pi y Margall concebía la vida política como una jerarquía de pactos entre individuos formando la sociedad, entre ciudadanos formando la región, entre regiones formando la nación, surgiendo de todo esto espontáneamente la disminución gradual de la acción del gobierno y de la propiedad privada.

En estos años, aparece en España un movimiento filosófico que nutre de ideas medio siglo de nuestra historia y, pulverizado, llega hasta nuestros días. El nombre del krausismo y el de su introductor Sanz del Río se han hecho populares en España. Mas esta virtualidad no hay que buscarla en sus principios, vulnerables y quebradizos, que apenas resisten un examen serio. Se encuentra en otros motivos más humanos, en el espíritu cuco de sus seguidores, en esa especie de secta que formó su estrategia para defender ideas y también prebendas y oficios. Colocados hábilmente en puestos ministeriales, dejaron sentir su influencia en la educación, que era uno de los principios que subraya-

ba por su importancia el filósofo alemán. Y mientras se iban desmenuzando sus ideas en libros y folletos divulgadores, se iba extendiendo que el bien debe hacerse por sí mismo, independiente de cualquier sanción, y que la Historia ofrece un panorama evolucionista.

Uno de los principales representantes de la nueva escuela fué Salmerón, catedrático de la Universidad Central y, más tarde, Presidente de la República. Escribió poco, y en una lengua ininteligible. Mas su influencia fué grande. La trascendencia de su obra está en esos imponderables que dominan a toda dialéctica cuando el autor posee una personalidad diáfana y trasparente. Salmerón fué un Catón de la revolución, y sus entelequias un oráculo. Con él, el nuevo doctrinarismo, que cree en el poder mágico de los principios y de las formas, pero que ignora, al decir de Sancho, que "los hombres son como Dios los hizo y a veces peores", recibe su sanción y pasa por moneda de ley.

Su filosofía era sacar cuantos materiales pudo de las venas del krausismo. Una de sus obras fué desarrollar el apotegma que "la historia universal tiende, desde la Edad Antigua a la Edad Media y a la Edad Moderna, a restablecer al hombre en la entera posesión de su naturaleza y en el libre y justo ejercicio de sus fuerzas y relaciones para el cumplimiento del destino providencial de la humanidad". Por estas razones ataca a los católicos, que se oponen a la marcha de la Historia. En otros pasajes, los desprecia porque están sumidos en "abyección moral" y "fanatismo". Representan un triste papel en el drama científico-religioso, pues "la religión y la ciencia son incompatibles". En

España han vivido muchas filosofías heréticas, y sin embargo, ¿ha habido algo más contrario, en su esencia, al espíritu español que la filosofía krausista?

Al lado del movimiento filosófico, no puede olvidarse la obra de los historiadores extranjeros y nacionales. Michelet, gran adversario del catolicismo por considerarle enemigo de la libertad, ocupa una de las avanzadas en el movimiento negador de España. Dozy y Prescott escribieron animados de un espíritu antiespañol y, sobre todo, deformador de nuestra historia. Y, junto a estas figuras de rango destacado, aparece una legión de historiadores menos brillantes, que tocaron puntos particulares de nuestro pasado con la misma parcialidad. No daban el tono a un discurso o a un ensayo, mas su labor, con ser menos conocida, resultó de mayor trascendencia. Sin universidad ni centros oficiales que emprendiesen la investigación, las historias de España, de Europa y de América, en lo que tienen de monográfico, se escribieron casi en su totalidad con pluma y tinta extranjeras. La Historia, en la segunda mitad del siglo XIX, apenas se escribe en España, se va, tijera en mano, a buscarla en autores extranjeros, la mayor parte protestantes, que, sin eufemismos, escriben en contra nuestra lo que les place. Y tan hondo ha llegado el influjo de estos libros, que hoy, a pesar de los muchos años transcurridos, todavía estamos saliendo lenta y fatigosamente de este movimiento deformador de nuestro pasado, que tanto ha influido en nuestra psicología de vencidos.

En España falta la investigación sistemática, pero hay historiadores de talla. Lafuente es el au-

tor de la Historia de España más popular y de lectura más fácil y agradable. A pesar de los años, es una obra que se lee. Pero la obra de Lafuente no es todo lo imparcial que debiera. Queda en algunas de sus páginas una filosofía cuyo sistema gira en torno de los Comuneros, de Felipe II, de Carlos III y de las Cortes de Cádiz. Más notable es Castelar. Su estilo grandilocuente, de altar barroco, rinde, por su fuerza, en admiración. Castelar sabe ver la Historia, medir las proporciones de sus fenómenos, encuadrarles en una perspectiva y observar las distintas apariencias que toman los valores constantes. Lástima que su obra, con frecuencia, ofrece quiebras y hasta vilezas. El dato rezuma ese fondo negador de España que por desgracia nos es tan conocido. Más grave, sobre todo en los comienzos, fué su ambición política. Su obra cambia al ritmo de las circunstancias. Un acontecimiento político le imprime un rumbo nuevo, las más de las veces contradictorio. En muchas ocasiones, la Historia, deformada y asida por los pelos, es el coro de citas para probarnos la bondad de la religión o para declarar que, siendo incompatibles la libertad y la fe, en la lucha, él había optado por la libertad. En estos respectos, haciendo ver cómo la Historia era una prueba documental del aserto que llenaba su imaginación, causó graves estragos en las conciencias. Sin embargo, más tarde, cuando caen sobre él todas las responsabilidades, observamos el importantísimo papel que desempeña el conocimiento de la Historia en la formación del estadista. Cuando está al frente de los destinos de España, deja a un lado la retórica y acude a restablecer los principios fundamentales

de la sociedad, aun a costa de sacrificar su popularidad.

La contrarrevolución, por desgracia, no encuentra defensores de la talla de Balmes y de Donoso Cortés, cuyas obras no han sufrido como otras la carcoma y la ruina del tiempo. Detrás de ellos quedaron las estelas imborrables de sus pensamientos. Quadrado, Navarro Villoslada, Tejado y otros muchos mantuvieron el fuego de la polémica en libros, folletos y revistas, pero sin aportar apenas nada nuevo. Mayor importancia tuvo la renovación filosófica que en este tiempo se inicia. Ortí y Lara, con gran inteligencia, comenzó y mantuvo la campaña antikrausista. El dominico fray Ceferino González, que por estos años emprende sus notables estudios filosóficos, hace concebir para más tarde la esperanza de una restauración escolástica.

La condición de los tiempos imprimió su sello a las fuerzas católicas. En 1868, y a consecuencia de la revolución que llegaba con sus antojos de libertad de cultos, de restablecer la pragmática de 1767 contra los jesuitas, de disolver Ordenes y derribar iglesias, no se puede hablar de minorías que mantienen los principios de la fe cristiana, sino de los enemigos de la revolución, tomando esta palabra en el más amplio sentido. Surge, entonces, una floración de periódicos que ataca por todos los flancos los relumbres de la obra revolucionaria y aparecen una serie de asociaciones para defender en común los vejados derechos de los católicos. En este movimiento, al principio unánime, que no conocía matices de isabelinos y carlistas, poco a poco se fué iniciando

una tendencia hacia el carlismo. A su cabeza figuraba Cándido Nocedal, y poco después le seguía Aparisi y Guijarro. Años más tarde, Ramón Nocedal, hijo del anterior, publicaba *El Siglo Futuro*. En sus columnas atacó sin cuartel el liberalismo, clave de los males que padecíamos, y también el liberalismo católico, que, por admitir coqueteos y salpicaduras del enemigo, era más peligroso que él. Su labor fué una interpretación constante del *Syllabus* y una admonición a que los católicos sólo debían afiliarse a partidos que combatesen cara a cara el liberalismo. Representante de la otra rama, la alfonsina, en que este movimiento se dividió, fué Cánovas del Castillo, hombre de gran talento y cultura, cuya obra se encuentra en libros y en la acción, como ahora veremos.

II

Lo de menos son los nombres con que pueden distinguirse los episodios del último tercio del siglo XIX. Monarquía electiva, república y monarquía constitucional son motes que caen sobre las mismas cosas en diferentes instantes de su vida. En aquellos años, la fuerza dominante era la revolución. La podemos seguir en todos sus pasos. Saliendo de los cobijos a que la redujeron gobiernos fuertes, su primavera, su triunfo, sus últimos aleteos. En frente, las fuerzas que vienen lidiando con ella desde la Constitución de 1812. Ese concierto de hombres e ideas que salieron a su encuentro, que, en algunas ocasiones, lograron sojuzgarla, pero no arrancarla de los corazones. Son, pues, nuevos episodios de la lucha continua, im-

placable, entre los que quieren darse nuevas instituciones sobre las cenizas de las antiguas y los enemigos de la civilización racionalista y carnal, que ansían mantener el mismo sentido de la vida. Y es tal la rapidez con que los acontecimientos se suceden, que las formas por que atraviesa la institución príncipe es accidente que sólo influye en ánimos volubles y tornadizos. A lo largo de tantos años queda intacto el poder de estas dos fuerzas divergentes.

El prolongado gemir de la revolución pudo exhalar un suspiro de esperanza en 1866. Fueron convocadas nuevas Cortes para que “la interpretación que se venía dando a la Constitución, no resultase contradictoria con la constitución interna y real de esta antigua nación” y los españoles “pudieran ser gobernados según el espíritu de su historia y los sentimientos que constituyen su carácter”. Todo quedaba en la interpretación que diesen las fuerzas militantes a los conceptos vertidos en el preámbulo de convocatoria.

Para los elementos radicales, la Historia era una evolución hacia una vida más liberal y progresiva. Y, continuando la tesis sostenida en la Constitución de Cádiz, para algunos, España no constituía ninguna excepción; sólo bastaba aligerarla del freno de instituciones retrógradas y personas ineptas. Semejante era la táctica de la masonería. Desde hacía varios años, las logias habían tomado el acuerdo de que sus adeptos debían tener por blanco de sus ideales una Constitución republicana, si bien se toleraría el régimen monárquico por un tiempo más o menos largo. Mientras ocurrían estas cosas, los partidos netamente monárquicos no

sabían hacerse una composición de lugar. El carlismo pasaba por un momento de postración, y veía, poco a poco, consumirse los fuegos y ardores que encendieran sus filas fechas atrás. Los moderados seguían presa del confusionismo y tontería que ahogó su actuación en años anteriores, y, como entonces, sus ideas seguían moviéndose entre los mismos extremos: miedo a la república y miedo a la monarquía absoluta. De sus labios salió la frase de los obstáculos tradicionales, y también salió que la reina, ante el último pronunciamiento, quería más fusilamientos. Sobre esta crisis de ideas se eleva la revolución.

Entre confusión y derrotismo se llega al año 1868, en que la revolución parecía inminente. Nadie sabía cómo iba a venir, pero menos se sabía quién saldría a su encuentro. Faltaba el impulso que la lanzara. Fué obra de un hombre de sangre real, el duque de Montpensier, de dos generales, Prim y Serrano, a quienes la reina había concedido la grandeza, y de un marino, Topete, que hoy llamaríamos "carca". El duque de Montpensier, haciendo de nuevo de la dinastía de Orleáns un símbolo de monarquía liberal, creyó poder realizar lo que había hecho Luis Felipe en Francia con Carlos X. Aquel mismo año la reina traspasaba la frontera.

La Constitución de 1869 ha pasado a la posteridad como la más radical de nuestra historia. Los revolucionarios, a pesar de los principios irreducibles que les separaban, fueron una sola facción para apartar los tres millones de firmas recogidos en todo el país en pro de la unidad católica y, por el contrario, proclamar la libertad de cultos y su

consecuencia de secularización. También para sentar en el nuevo código que la soberanía reside en la nación, representada en las Cortes. En adelante, no habría más poder que los caprichos de sus representantes. Menos unánimes estuvieron en cuanto a las formas de gobierno, aceptada al fin la monarquía. Y, a su vez, fueron creciendo las desavenencias respecto a la persona del príncipe. En este trance estuvimos a punto de unir nuestros destinos a Portugal, mas el nacionalismo del país hermano hizo desistir de la candidatura del rey don Luis. En definitiva triunfó la de don Amadeo de Saboya. El mismo año, varias partidas carlistas se echaron al campo en el Norte y la Mancha, y se preparaba una leva que pudiese mantener estos y nuevos frentes.

Las divisiones profundas entre los partidos y los hombres de la revolución terminaron en un desgobierno peor que el de los reinos de Taifas. El 11 de febrero de 1873, apenas después de dos años de reinado, se leía en las Cortes el mensaje de abdicación del nuevo rey. "Con Fernando VII—dijo Castelar—murió la monarquía tradicional; con la fuga de doña Isabel murió la monarquía parlamentaria, y con la renuncia de don Amadeo ha muerto la monarquía democrática; pero estas monarquías han muerto por sí mismas. Nadie trae la república, la traen las circunstancias."

Nada más bochornoso que exhumar los hechos de la república de 1873. El primer problema que se planteó fué de principios. No se sabía si la república debía ser unitaria o federal, conservadora o socialista. Y, mientras esto ocurría en las Cortes, la guerra civil se iba extendiendo por las

provincias Vascongadas, Navarra y Cataluña. Surgían nuevas fuerzas en la Mancha, Levante, Extremadura, Galicia y en algunos lugares de Castilla. De otra parte, a pesar de la amenaza que suponía para la república la guerra carlista, la soldadesca, en varias guarniciones, recibía a los oficiales al grito "¡que baile, que baile!" El populacho, en su estúpido delirio, proseguía su borrachera anticlerical, persiguiendo frailes y quemando conventos. Algunas ciudades se negaron a acatar el Gobierno central, llegando a declararse independientes y, en su afán de pillaje y botín, a hacer la guerra a ciudades próximas. El cantón de Cartagena, donde el desvarío alcanzó su máximo, estuvo próximo a declarar la guerra al imperio alemán. En el campo, se consagraron a poner en práctica una república igualitaria, concebida en una sencilla subversión de bienes. En esta situación, Manterola presentó el dilema: "O don Carlos, o el petróleo." En menos de un año, la república consumió cuatro presidentes y no logró que la reconociesen ni como gobierno de hecho. En sus últimos días, no hubo persona más impopular que Castelar, que intentó salvarla restaurando las fuerzas fundamentales de una sociedad. Todo inútil. Sus antiguos correligionarios no pararon hasta hacerle caer.

"¡Ya se acabó aquello!", fué el grito unánime con que el pueblo español arrastró por las calles el término de la primera república. De todos los labios salió un suspiro de gozo y contento. Así terminó aquella democracia abandonada a sus salvajes instintos.

Un hombre notable, que, por las circunstancias

que hoy atravesamos, es difícil juzgar con serenidad, reanudó la tradición monárquica. Cánovas fué el artífice de la Restauración. Si algunos de sus extremos presentan puntos vulnerables, son objeto de críticas y hasta de censuras, no obstante, escapa de todo juicio adverso la traída del nuevo monarca, la grandeza y dignidad con que se reanuda una tradición quince veces secular. No pagó aduladores. Ni se mezcló en intrigas de juego sucio. Tampoco hirió al que trabajando significase una esperanza en el caos que padecíamos. Se limitó a hacer desear al nuevo monarca, a la difícil labor de ir barriando obstáculos, de ir apartando miserias humanas. El rey, a quien el pueblo veía envuelto en resplandores de paz, volvió en medio de aclamaciones y júbilos delirantes.

La propaganda de Cánovas antes de la Restauración fué una promesa de que todas las ideas y doctrinas, siempre que reconocieran los derechos hereditarios a la corona de Alfonso XII, podrían desenvolverse en el nuevo régimen. El manifiesto de Sanhurst, firmado por el nuevo monarca, era una confirmación de esta promesa. Terminaba con estas palabras, vibrantes entonces: "Por mi parte, debo al infortunio el estar en contacto con los hombres y las cosas de la Europa moderna, y si en ella no alcanza España una posición digna de su historia y de consuno independiente y simpática, culpa mía no será ahora ni nunca. Sea lo que quiera de mi suerte, no dejaré de ser buen español, ni, como todos mis antepasados, buen católico; ni, como hombre del siglo, verdaderamente liberal."

Uno de los puntos fundamentales de la política

de Cánovas era el afianzamiento de la monarquía constitucional en la persona y dinastía de don Alfonso. Contaba con numerosos partidarios, muchos, hombres de corazón, pero sin otra base que el naufragio de ideas y modos que habían traído los días lamentables de la revolución. En muchas ocasiones, tuvo que luchar con la impaciencia devoradora de los suyos. La obra de la Restauración se adelantó por el grito impaciente de las tropas de Martínez Campos. También tuvo que dejar escondido en su fuero interno su espíritu de novador, porque era Cánovas un sociólogo cristiano notable, grande enemigo de los pilares débiles y quebradizos sobre los que se asentaban las sociedades modernas. Pero carecía de un partido vigilante y sacrificado, que desconocía su papel de protagonista en el duelo entre las dos civilizaciones que dividían Europa. Los hombres que le rodeaban hubiesen torcido el gesto, y hasta vuelto la espalda, si hubiese cambiado el orden establecido sobre la propiedad y la libertad. Cánovas, que sondeaba y conocía los ánimos, no quiso hacer salidas fuera de tiempo; se limitó a la plena restauración de don Alfonso. Además, tuvo enfrente las otras fuerzas monárquicas, las del carlismo, vencidas por las armas en 1876, y que vivieron después como partido y, sobre todo, como movimiento ideológico. Cándido Nocedal, con gran habilidad, logró darles el aspecto de organización católica para luchar contra todos los errores liberales. Su fórmula era "el *Syllabus* sin interpretaciones malévolas ni tergiversaciones capciosas".

Complemento de esta política fué acercar al monarca restaurado todos los elementos díscolos con

la institución fundamental. La obra fué larga, de constante tira y afloja, pues había que tener en cuenta las salvedades, exigencias y compromisos de los partidos. Primero se acercó Sagasta, pero quedaba por dominar la mirada dura y recelosa de radicales y demócratas, que al fin también se incorporaron a la monarquía antes de la muerte de don Alfonso. En el entretanto, las fuerzas de la revolución todavía vivían y se agitaban. Hicieron estallar más de cinco conspiraciones republicanas y siempre estuvieron dispuestas a enturbiar el ambiente y a salir con desplantes. De ahí, que Cánovas, a la muerte de Alfonso XII, acordase con Sagasta en el Pacto del Pardo lo que había de hacerse en el futuro, con tal de salvar la monarquía. También tuvo que ceder el paso al sufragio universal, del que era enemigo declarado, y que en aquellos tiempos llegó a ser lugar común de todas las oposiciones, como único camino para llegar al disfrute de la libertad. De este modo, en 1898, muerto Cánovas, no tuvo lugar lo que parecía inevitable para muchos, y que algunos revolucionarios y carlistas veían con cierta satisfacción, de que, al perderse Cuba, estallaría la revolución en la Península, cayendo estrepitosamente la monarquía, como se derrumbó el segundo imperio francés después de los desastres de 1870. Tampoco tuvo lugar el quebranto natural producido por el desengaño de la opinión, que creía que los yanquis se guardarían muy bien de provocar conflicto alguno, porque, dada la debilidad y torpeza de sus fuerzas, llevaban las de perder.

Pocos hombres han sido más criticados que Cánovas. Llevó a cabo la obra de la Restauración.

Consiguió que las masas revolucionarias confesasen que la república es mucho más bella bajo la monarquía. Su política, según resumen del marqués de Lema, ilustre historiador de este período, "representó el equilibrio entre lo tradicional y lo progresivo, entre la autoridad y la libertad, entre realeza y pueblo, unidad nacional y franquicias locales". Y la clave de su arte de gobierno, que sabiendo muy bien que "el concepto de patria y el de monarquía son tan distintos como el de cualquiera otra forma de gobierno; tal como se hallaba organizada la sociedad española en aquel momento histórico, sería, a su juicio, la ruina de la patria la de la monarquía".

Enfrente están los que censuran, los que consideran que en esta obra de ir ganando adeptos, de sumar nuevas filas a la causa monárquica, cedió y transigió, y, con ello, se fué borrando la pureza de los principios. Así, durante este período, a causa del liberalismo heredado y del entonces imperante, el hombre continuó su vida salpicado en sus concupiscencias, y en el orden político poniendo buenos ojos a las diabluras del caciquismo y de las elecciones. Se dice que Cánovas no formó un cuerpo electoral que sostuviese su obra, llena de quiebras y peligros. Que detrás de él quedaron los gérmenes que produjeron la caída de 1931. Su pecado fué hacernos una restauración de forma y no sacarnos del naufragio de ideas que padecíamos. Pero ¡puede tanto un siglo de revolución!

III

La Restauración tuvo lugar en momentos difíciles. Cuando en los espíritus se había perdido la conciencia social, rica en máximas morales, que condena el desenfreno, rechaza el despotismo y ama la justicia y la equidad como leyes del equilibrio social. Cuando, dejado el poder durante muchos años al capricho de los hombres, el pronunciamiento y la logia se sobreponían a las vías legales, el hecho prevalecía sobre el derecho y no se conocían los límites del despotismo ni las barreras de la licencia. Cuando continuas revoluciones habían hecho perder el respeto a las personas que encarnaban el poder, que si eran fuertes se las odiaba, si débiles, se las despreciaba. Cuando se hallaba en plena crisis ese fenómeno tan propio de nuestra historia, que se manifiesta a lo largo de ella como un mal congénito en la tendencia a la disgregación, y que hace que en España sea tan peligroso debilitar el prestigio del poder público. ¿Traía la nueva Constitución elementos para imponerse a las fuerzas de la revolución? ¿Representaba un esfuerzo para sacarnos de los trastornos producidos por ese afán de marchar a rastras de lo extraño, en pugna con nuestra idiosincrasia?

El período que se abre con la Constitución de 1876 ofrece un gran interés. La nueva Constitución es, en gran parte, la continuación de condiciones de vida semejantes a las introducidas por los reformistas de las Cortes de Cádiz: cuanto a la forma de gobierno, un intento más de monarquía par-

lamentaria; y, respecto a nuestra constitución interna, de individualismo y centralización.

En aquellos años, en España, era preciso enfrentarse con el desorden que dominaba y podía luego rezumar en resultados desastrosos. Esta era la amenaza y este el principal punto de vista de todos los políticos de entonces: la reconstrucción del principio de autoridad, del gran motor de la sociedad, que cuida de su conservación, mantiene el equilibrio entre las fuerzas sociales, fomenta su desarrollo, las dirige y hace convergentes y, en definitiva, cuida que un pueblo prolongue su vida y progrese. La autoridad, que necesita un cuerpo donde apoyar su actuación, y este cuerpo tener un espíritu que anime sus movimientos, les imprime vida en una dirección, en el nuevo orden de cosas lo encontraba en la soberanía, que originariamente reside en la nación y que históricamente se concreta en la monarquía en virtud del derecho hereditario y representación de lo tradicional, y también en las Cortes, que representan tradicionalmente al país y amparan las libertades públicas. Síguese, considerar absurdo imaginar las Cortes prescindiendo, cuanto más intentando destruir la monarquía; o a la monarquía, anulando las Cortes. Asistimos, pues, a un ensayo completo de régimen parlamentario, que bien merece detenernos, aunque sea brevemente, en señalar algunas de sus modalidades.

En la práctica diaria, el Parlamento era como el corazón del nuevo Estado. Los gobiernos eran fiel reflejo de su composición y sus fieles mandatarios al ejecutar y al que rendían cuentas. De las Cortes partía el jugo vital a los distintos órganos

que entraban en la composición del Estado. Su acción llegaba, pues, a los más apartados sectores, y los límites de su voluntad tan solo encontraban frágiles tabiques en la Constitución. No olvidemos que en ella las palabras Dios y Religión se expresaban a flor de labios. Estaba lejos de ser una constitución cristiana del Estado: de marcar a la autoridad y a los súbditos los límites de sus deberes, de fijar el carácter inquebrantable de la justicia, fundamento de toda sociedad, de evitar el peligro que las cosas queden al capricho del taifa en turno. Quedaba mucho a la voluntad de todos, a sus interpretaciones. Y, desde que rigió, bien puede decirse, que faltó el partido que la defendiese en un sentido católico y español. ¿No esperaríamos Cánovas esto de su partido?

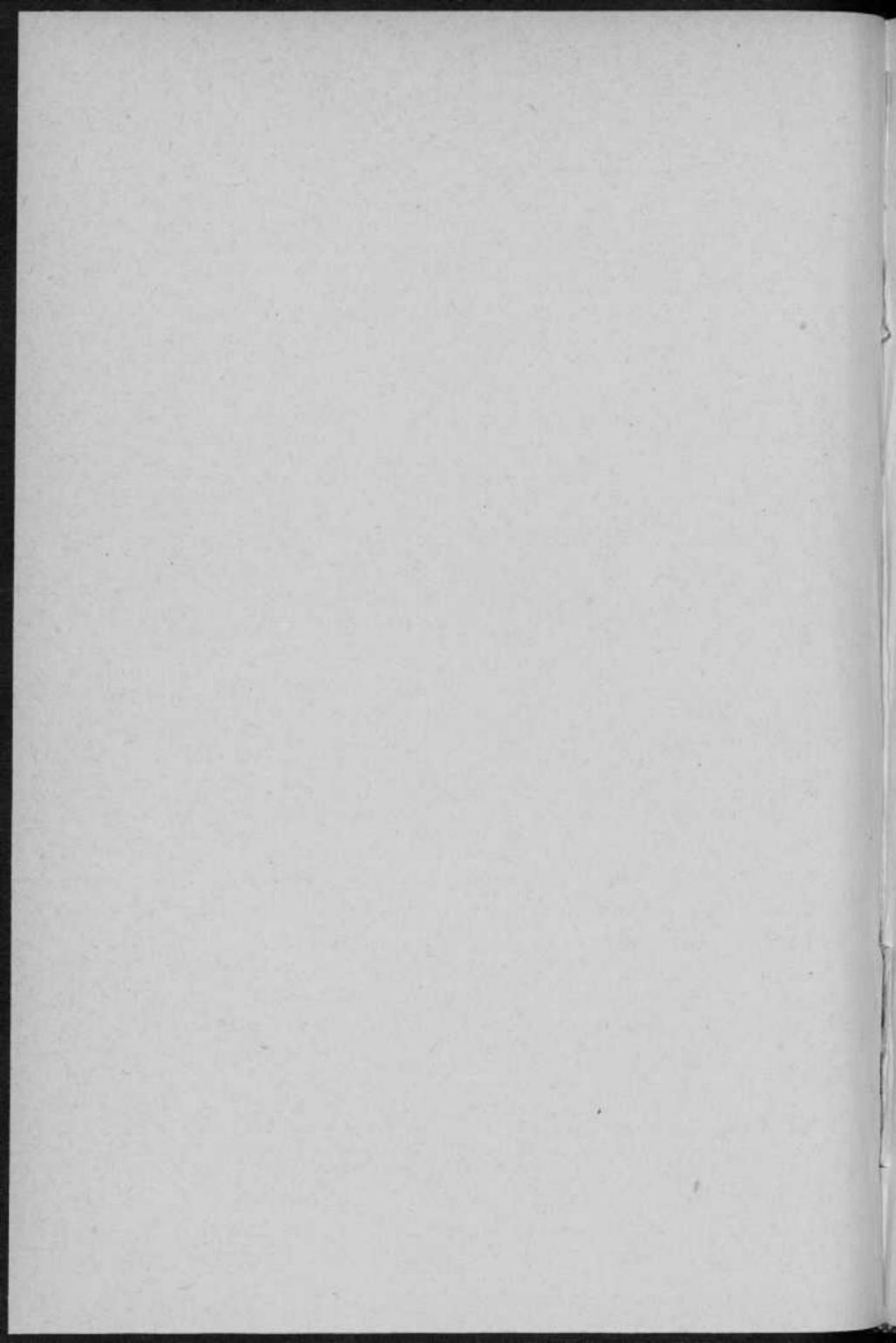
Sobre los débiles principios del código de 1876 y sobre un andamiaje lleno de peligros, el llamado derecho político moderno ha producido efectos deplorables en España. El derecho, en el nuevo régimen, es la voluntad de todos, y tornadizo como ella. Produce en los ánimos la sensación de que todo es variable, caduco. La justicia, que es el fin perseguido por el derecho, y que es una en sí, desaparece al variar. Los valores morales, eternos, de una sociedad, parecen ceder y doblarse a la mano del hombre. Todo lo que tiene un valor fundamental se hace quebradizo, pasa a tener la misma fragilidad que las cosas perecederas del siglo. La vida nacional, quedando en manos de los partidos, puede hasta ser detenida porque una de las facciones lo quiera. Un Estado que se desenvuelve en estas condiciones y que se apoya en tan débiles

doctrinas, engendra la duda, influye en que los pueblos caigan en el escepticismo.

Habia además otra institución perturbadora. La gran conquista de la democracia era el sufragio universal. Sin esta institución las palabras "pueblo" y "libertad" carecían de contenido. De él queda la profética maldición de Cánovas, uno de los artífices de aquel régimen. "El sufragio universal, el comunismo o socialismo—dice—significan para mí una misma cosa con distintos nombres. El sufragio universal y la propiedad son antitéticos y no vivirán juntos, porque no es posible, mucho tiempo. El individualismo democrático que pretende juntar y hacer compatibles ambas cosas, científica y prácticamente quedará bien pronto desacreditado... El censo en el derecho electoral es hijo de la propiedad, como el comunismo en todas las formas hijo del sufragio universal. El sufragio universal será siempre una farsa, un engaño a las muchedumbres, llevado a cabo por la malicia o violencia de los menos, de los privilegiados de la herencia y el capital, con el nombre de clases directoras, o será, en Estado libre y obrando con plena independencia y conciencia, comunismo fatal e irresistible." Este párrafo de Cánovas en los *Problemas Contemporáneos*, es uno de los que constituyen sus intimidades, aquellos pensamientos que hemos conocido después de su muerte, porque se hubiese escandalizado la sociedad en que vivía.

Puede decirse que la nueva Constitución no favoreció la necesaria dependencia que debe existir entre la propiedad y la autoridad. Proclamó, además, con el triunfo del sufragio universal y un

sistema eminentemente centralizador, la consagración del individualismo. De ahí que hayamos vivido una legislación que no daba "su ley" a la familia, al oficio, escuela, universidad, municipio y región como elementos de nuestra constitución interna. Por el contrario, estos elementos, de cuya unión y aspiraciones comunes surge y se mantiene la idea de nacionalidad, quedaban abandonados a su suerte. Faltaba la estructura que hiciese convergentes, estables y fecundas estas fuerzas sociales. Es un período más de nuestra historia, en que lo orgánico de nuestra sociedad es preterido por el individuo.



CAPITULO V

La negación de España

I

En una época, la filosofía, las artes, las clases, la familia y el Estado reciben sus rasgos de una inclinación de su espíritu, de una idea dominadora. Igual espíritu e idéntico corazón que piensa, siente, imagina y se mueve. Para conocer un siglo no es preciso hacer observación tras observación; basta conocer las ideas en sus orígenes y desgarnarlas en sus efectos.

Al finalizar el siglo XIX, todavía ilustra los problemas del hombre esa corriente del pensamiento que nace en Descartes, y parece suprimir el problema moral a fuerza de intelectualizar la naturaleza y la vida humana. Sigue influyendo en el pensamiento de Europa toda una casta, que, partiendo de estos principios, se ha contaminado en el camino por los filósofos irreligiosos de la centuria pasada y ha recogido su polvo creyendo, como Kant, que la existencia de Dios y las verdades que descansan en Él no son susceptibles de demostración. En consecuencia, que el hombre que entiende no depender más que de su razón, puede tran-

quilamente pasarse sin Dios. Así, para andar por este mundo, basta juzgar bien para obrar bien; y juzgar del mejor modo posible para obrar del mejor modo posible, esto es, para adquirir todas las virtudes.

De ahí, que en el ambiente de fin de siglo se hablase, como un repiqueteo, de neutralidad y secularización en la sociedad; de romper con la herencia de los siglos, pesado fardo que encubre las ideas madres que descansan en la religión. Si en los individuos, a fuerza de intelectualizar todas las cosas, quedaba una gran sequedad de espíritu, en los pueblos ocurre lo mismo; van cayendo en el escepticismo, porque ven diluirse y perderse, poco a poco, las fuerzas espirituales en que descansa el ideal de nacionalidad.

Aunque la idea de libertad halaga poderosamente el orgullo del hombre, hubo herejías de esta corriente que lograron bastantes prosélitos. Todavía se arrastraron muchos por los posos deterministas, materialistas e irreligiosos del positivismo científico. Para éstos, la fisiología de un pueblo se explicaba por la raza, el territorio, el ambiente, o por la mezcla en proporciones diversas de estos ingredientes. Se sometió a los pueblos a disección para probar que nada suponían los elementos psicológicos y éticos de una civilización. Por el contrario, la misión de la ciencia era encauzar las fuerzas ciegas de la naturaleza para rendirlas al servicio del hombre, anhelante de una civilización brillante y progresiva, en que sólo esperaba gozar de los colores y formas de las cosas, de todo lo que una civilización tiene de corteza resplandeciente.

Y, junto a estas maneras de pensar, no faltaban los que de manera delicada y deferente para la divinidad, sus dogmas y sus ministros, pretendían conciliar los avances de una ciencia carnal, a la que no querían renunciar, con el ansia de religión que habita en el hombre.

En España, durante el último decenio del siglo XIX, se sigue pecando de monotonía. Hay algunos autores tocados de positivismo científico. Los más son herederos de Descartes y Kant. Y, en ese dejarse llevar de la razón, siguen escribiendo con el espíritu y los tópicos liberales de antaño, abundan en las mismas ideas negadoras de España, en ese deshacer, gota a gota, nuestra nacionalidad. Pompeyo Gener cuenta cosas desagradables de nuestra historia. Habla de siglos de robo y exterminio como único medio con que podían subvenir a sus necesidades el altar y el trono. Moret nos recuerda las estupendas parrillas de la Inquisición. Azcárate es escéptico en cuanto al valor de nuestra ciencia. Mallada cree que los españoles somos inferiores en relación a los demás europeos. Morote rompe en estruendos contra nuestro espíritu regresivo y nuestra alma intolerante. Las mismas entelequias del siglo anterior, idéntica comprensión del pasado y de las fuerzas de un pueblo, y, en el orden práctico, igual deseo de encerrar curas.

En 1898 se consuma la catástrofe de nuestras colonias. Mientras soldados y marinos escribían con sangre una página más en nuestra historia de heroísmo abnegado, un latigazo de vergüenza enrojeció los rostros de los que quedaban en la Península. Estaba en los ánimos que se había vi-

vido necia y torpemente al creer, hasta la víspera del desastre, en nuestro fácil y sencillo triunfo y en la ineptitud e inferioridad de los yanquis. Era un momento interrogativo de nuestra vida nacional, en que todos, inundados de estupor, quedaron mirándose unos a otros sus caras inexpresivas. Entonces fué cuando un grupo de escritores, revolviéndose en la confusión general, manifestó un deseo inmenso de existir. Sus corazones eran nobles, aunque sus impulsos y bríos no eran más que el espíritu que les dirigía y animaba. ¿Qué hemos hecho?, preguntaron. ¿Qué somos? ¿Adónde vamos? ¿Cuáles son los valores españoles que circulan por el mundo? Y a esto contestaban intelectualizando nuestra historia, nuestras costumbres, nuestro arte, hasta la última manifestación del ser español.

Ganivet fué uno de los primeros en hacer un análisis del alma española en los momentos que las gentes parecían jadeantes, cansadas. En el *Idearium español* resalta nuestros rasgos, nos hace ver lo original de nuestras condiciones, esos algo que pasan inadvertidos a nuestro espíritu y hacen que nunca nos falte unidad y coherencia en la vida, y que son valores positivos de una civilización. Mas, para Ganivet, escribir es exaltar el individualismo del artista, entregarse con fe ciega a los atisbos personales. Escribe a saltos, buscando adivinaciones, y siempre en un tono lírico. A veces, las expresiones geniales que logra hacen olvidar que sus libros están llenos de ideas de aquí y de allá, de este o del otro autor; que, en unas ocasiones, habla Montesquieu y en otras Menéndez y Pelayo, que son Buckle o Tarde los padres

de la idea. Y, en todo ello, queda algo vario y contradictorio que, en resumen, no sabemos lo que quiere decir.

Ya no es el dorado, el verde es el color de la riqueza. "Cerremos con tres llaves el sepulcro del Cid y acudamos a las necesidades del día." Costa, espíritu sincero, nos lo dice de una vez, con palabras que cortan. Amante de la línea recta, plantea sin rodeos el problema español, olvidando las circunstancias que dan valor y relieve.

Clama contra los llamamientos retóricos al pasado, que hacían hombres que no solucionaban el presente. Además, nuestra historia tiene el horrible pecado de la Inquisición. Hay que salir al encuentro de la realidad, hacerla frente cara a cara. Y allí, como hidras, muestra nuestros males. Somos pobres. Para calificar las tierras ibéricas, emplea la palabra áspera de *secaral*. Nuestros campos tienen igual aspecto triste y desolado que los labriegos que lo habitan. Somos incontinentes en política. Hemos instaurado como forma de régimen la oligarquía y el caciquismo. Nuestro espíritu está dormido; nada nos dice el mundo exterior, porque somos incultos. Piensa que es preciso la europeización de España para su reconstrucción, también para que haya solidaridad. "Escuela y dispensa" constituye su apotegma fundamental.

Costa escribe con pasión contagiosa, a menudo febril, que hace sufrir al lector, y que, sin embargo, le encadena por sus acentos viriles. En los días que vivimos, lo episódico y parcial no interesa. Sus obras se leen poco, y apenas su conjunto es tomado en cuenta. Veía las cosas con mortal cuidado, sobre el polvo de la política, y en sus an-

sias de corrección se contentaba con elevar lo europeo a categoría metafísica. Hoy, que buscamos los cimientos de una civilización, que Costa hubiese arrancado a serle posible, su obra nos sabe a poco. Sólo quedan, en publicistas y políticos, fragmentos de su obra, a los que se alaba por la luz brillante y fugaz con que logró iluminar algunos problemas.

La generación del 98 no obedece a consigna alguna. No tiene entre sí más parentesco que descubrir una cara diferente de nuestro problema nacional. En este afán de existir, parece que por todas partes nos falta el pie. Unamuno sale al paso de los medio creyentes y de los medio escépticos, que flotan entre la religión y la filosofía, entre la obediencia y la independencia, que tienen fe en las ideas modernas y no quieren romper con las antiguas. Su obra formula de nuevo el tema de la necesidad religiosa, de la unidad cristiana en la vida, en un ambiente moderno y liberal.

“Aparésceme la filosofía en el alma de mi pueblo como la expresión de una tragedia íntima análoga a la tragedia del alma de don Quijote, como la expresión de una lucha entre lo que el mundo es, según la razón de la ciencia nos lo muestra, y lo que queremos que sea, según la fe de nuestra religión nos lo dice. Y en esta filosofía está el secreto de eso que suele decirse de que somos en el fondo enemigos irreductibles de la Kultura, es decir, que no nos resignamos a ella. No, don Quijote no se resigna ni al mundo ni a su verdad, ni a la ciencia o lógica, ni al arte o estética, ni a la moral o ética.”

Poco después añade: “Pero es que mi obra—iba

a decir mi misión—es quebrantar la fe de unos y de otros y de los terceros, la fe en la afirmación, la fe en la negación y la fe en la abstención, y esto por fe en la fe misma; es combatir a todos los que se resignan, sea al católico, sea al racionalismo, sea al agnosticismo; es hacer que vivan todos inquietos y anhelantes.

“¿Será esto eficaz? ¿Pero es que creía don Quijote acaso en la eficacia inmediata aparential de su obra” (1).

Tanto vale el hombre, tanto vale la doctrina. Unamuno, espíritu curioso, anda errante por todas las ideas, las revuelve y nos las muestra confundidas a nuestros ojos. En cuanto a la dirección que imprime, odia toda fijeza en el juicio y hasta en la lógica. Entre arabescos y paradojas, hace a los espíritus inquietos e investigadores, les acosumbra a pensar y ponderar por su cuenta.

Siguiendo las estrecheces de la cronología, por su edad, Ortega y Gasset no podría incluirse en la generación del 98. Por el contrario, su posición ante la realidad española lo justifica. Nos habla de España. Porque se fueron formando las diferentes partes de su cuerpo, porque fueron formando unidad. En este proceso formativo, la habilidad del artista es grande y no queremos nos deje un momento de la mano. Luego asistimos a la fase de disgregación. Cómo se va descuartizando nuestro cuerpo, cómo cada una de las partes, ahitas de particularismo, van excluyendo en la vida nacional a las otras. La segregación continua y a chorro que padecemos necesita su terapéutica.

(1) UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 312 y s.

Llegamos, al fin, a la razón secreta. Ortega y Gasset recurre a nuestra historia. Pero nos advierte que es un hereje, que su interpretación se aparta de lo comúnmente admitido, porque abomina de los cánones establecidos. En nuestra historia falta el elemento rubio, germánico, y con él el ingrediente aristocrático de una sociedad.

Los términos débiles en que la obra concluye pueden sorprender. Y es que la parte invisible que sostiene el sistema carece de luz y azul. "Entendemos por cultura—nos dice—lo que es más discreto: un sistema de actitudes ante la vida que tenga sentido, coherencia, eficacia. La vida es primeramente un conjunto de problemas esenciales a que el hombre responde con un conjunto de soluciones: la cultura. Como son posibles muchos conjuntos de soluciones, quiere decirse que han existido y existen muchas culturas. Lo que no ha existido siempre es una cultura que responda victoriosamente a toda objeción. Las que el pasado y el presente nos ofrecen son más o menos imperfectas: cabe establecer entre ellas una jerarquía, pero no hay ninguna libre de inconvenientes, manquedades y parcialidad. La cultura única y propiamente tal, es sólo un ideal y puede definírsela como Aristóteles la metafísica o ciencia única, a la cual llama la que se busca" (2).

El problema español no queda en las páginas del ensayismo. Todas las lucubraciones que se han hecho sobre nuestro suelo, nuestro tipo racial y el ambiente social dominan, también, en un importante sector de la novela. Pío Baroja y Blasco

(2) Véase *El Sol* de 10-4-1927.

Ibáñez mueven personajes de gran vitalidad que viven un anarquismo latente. Baroja se acerca a ellos con simpatía, pues percibe un estado constante de inquietud y rebeldía en que siempre triunfa el egoísmo. A veces, les da pinceladas de héroes porque se sobreponen al ambiente mefítico y de asfixia de las instituciones sociales. Blasco Ibáñez, que acecha el provecho de las circunstancias, los observa con cierta frialdad, como gente que pertenece a una más de las clases sociales.

Mirad tal como nos ha dejado la muerte, que diría Donoso Cortés. Es lo que ha quedado del inmenso deseo de existir que afirmó la generación del 98. No nos sorprende. Es uno de los resultados de esa experiencia de libertad que entra en la vida europea con el Renacimiento y el protestantismo, que en el siglo XVIII domina en la filosofía, en los comienzos del XIX empieza con la confusión de cien escuelas, y, en sus fines, termina en el individualismo desenfrenado del pensamiento, en el egoísmo de cada uno.

II

Por estos años de fin y comienzo de siglos, llegan a tomar cuerpo y afilar sus perfiles dos movimientos que venían desarrollándose lenta y calladamente. No detienen su curso en estos momentos, sólo marcan un hito de triunfo en su evolución; siguen su marcha a través de los años siguientes y llegan pujantes a nuestros días. Es uno el tránsito del movimiento regional catalán al regionalismo exclusivista y anárquico. Otro, un sector de nuestra cultura, que haciendo huesos y car-

ne en una institución, supone una secta segregada del espíritu nacional.

Razones de fechas nos hacen tratar al catalanismo primero, y a la obra de Giner de los Ríos después.

En el siglo XVIII, Felipe V, en parte dejándose llevar de cierta animosidad vengativa, y, en parte también, por la moda centralizadora francesa, hizo desaparecer lo propio y típico de Cataluña. Aquella rica región vió perder todo lo que había de orgánico y vital en su constitución, y cómo, poco a poco, se iba borrando su fisonomía y entraba en un período de postración. Es a lo largo de los cincuenta primeros años de la centuria anterior, cuando, por el cultivo de su lengua primero, y su aplicación paulatina a obras literarias después, logra salir de aquel estado en que sus fuerzas quedaron como dormidas.

De este modo, al correr de los años, en que se va depurando la lengua y generalizando su uso, se encuentran con una literatura que emplea indistintamente las dos lenguas, la castellana y la catalana. Que así resurge un amor por costumbres y hábitos olvidados, por las cosas propias, y, en definitiva, que hay un renacimiento en el espíritu y en las artes, debido en gran parte a este despertar del sentimiento regional. En la formación de este ambiente no pueden olvidarse los nombres del poeta Aribáu y de Rubió y Ors, que salvaron la lengua catalana. Tampoco el nombre de Menéndez y Pelayo. Vivió varios años en Barcelona completando su formación en la convivencia con profesores de su Universidad, sintiendo profunda admiración por Cataluña. Y se acercó con tal amor

al resurgir regional de España, que llegó a decir, que tal vez en un regionalismo generoso y fraternal estaba la salvación de España.

Hasta muy avanzado el siglo XIX, casi hasta sus postrimerías, el movimiento catalán había sido una renovación del espíritu y del ambiente. Torras y Bages lo saludaba como señal de fe del pueblo catalán en su vida, en la restauración del pasado, de esperanza en un orden que recogía la tradición. La política, que entonces todo lo inundaba, dejando el veneno de la pasión y de lo mezquino, se mezcló en este renacimiento del sentir regional, a partir del movimiento federalista, y, sobre todo, en los años siguientes. Se quiso hacer desviar esta corriente espiritual al servicio de una doctrina, en este caso del progreso. La nueva personalidad que Cataluña adquiría, significaba en el conjunto de España, progreso, libre pensamiento, democracia. Era la afirmación de su ansia de vida, abandonando el fardo de los siglos y abriendo el espíritu a las corrientes de los tiempos nuevos. Mas lo que sólo suponía remozo de ideas y sentimientos, llegó a exacerbar los ánimos a consecuencia del pleito económico, de los intereses contrapuestos entre Cataluña y las provincias del interior.

El crepúsculo de nuestro imperio colonial influyó poderosamente en la dirección del movimiento catalanista. A raíz de estos tristes acontecimientos de nuestra historia, en el corazón de España tenían lugar cosas que parecerían extrañas si no supiésemos que era la manera de pensar del sector que presumía de progresivo desde hacía siglo y medio. En Madrid, los intelectuales se preguntaban en todos los tonos: ¿Qué somos? ¿Qué hemos

hecho? Y sin otra razón que el yo presuntuoso del escritor, negaban la universalidad de nuestro pensamiento y nuestra personalidad histórica. Estos sucesos coinciden con un período del pensamiento europeo ahito de ciencia carnal. En libros de todos los tamaños y en revistas de todo género se hacían lucubraciones pseudocientíficas sobre las razas y el progreso y se abominaba de las fuerzas conscientes y morales del hombre.

En estas circunstancias, la pérdida de nuestras posesiones ultramarinas tenía que agitar la evolución del catalanismo. Escritores y periodistas no hacían más que transcribir los acentos pesimistas y monótonos de los llamados intelectuales del 98. En sus páginas, presentaban a Cataluña como una isla espiritual y a España como una charca. En lo económico, aquella región era un paraíso y el resto del país un páramo. Y en este afán de motejarnos y herirnos, en más de una ocasión llegaron a la tontería. El doctor Robert alcanzó a vislumbrar una diferencia de dimensiones entre los cráneos del catalán y del español. Naturalmente, a favor del catalán. De este modo, y al ritmo de como se iba perdiendo en España el ideal de nacionalidad, se borraba lentamente la conciencia de nuestro ser y crecía la separación espiritual. Así, hemos llegado a no comprendernos los unos a los otros, a que no quede más lazo de unión que el argumento económico y los huesos de la administración. En este caldo, en que las ideas comunes se han enturbiado y oscurecido, han podido ver la luz, con éxito lamentable para unos y para otros, libros y folletos que merecerían el fuego de una inquisición nacional.

Mientras crecía la efervescencia nacionalista, los partidos políticos, ávidos de masas y votos, buscaron atraerlas a su favor. En los comienzos de siglo hubo un partido republicano y radical que, en ocasiones, hacia tremolar la bandera del anticlericalismo. Poco despues, sus filas se fueron pasando al catalanismo, que sufrió los resabios de la política que siente hambre de curas. También habia grupos de obreros organizados en sindicatos que profesaban el credo de Jorge Sorel. De vez en vez, hicieron que su peso se inclinara en el platillo del catalanismo. Más tarde, fué la masonería la que jugó la carta definitiva y la que consumó la traicion a España. Con el deseo de hacer triunfar la revolucion, encendió el separatismo catalán como el punto más vulnerable de la nacionalidad española y, que un día, hábilmente manejado, pudiese constituir una amenaza al resto de España. ¡Qué claro se ve ahora a lo que conducen las quiebras del espíritu nacional, y a lo que arrastran, hoy como antaño, las fuerzas secretas de la revolucion!

En el período de nuestra historia que comienza con la Restauración, se puede hablar de política que encauza nuestras energías para colocar la economía nacional al ritmo de los países europeos. Por desgracia, no puede hablarse de la misma preocupación y afán en el problema de nuestra cultura. El estado liberal, en los países de fuerte personalidad histórica, donde ha sido impuesto por el esfuerzo perseverante de las logias, ha sido mal maestro y peor educador. Su primer intento fué secularizar la enseñanza y el cultivo de la ciencia. Por esta razón se expulsó a los jesuítas, se privó

a las demás Ordenes de sus bienes, se las persiguió, se las vejó. El segundo punto del programa era organizar nuestra cultura en los cuadros oficiales; hacer que todo, poco a poco, quedase en el Estado. Este, a su vez, libraría a profesores y alumnos de toda influencia dogmática y de autoridad. La libertad sería el ambiente en que se cultivasen las ciencias y las artes y se ejerciese el sacerdocio de la educación.

En el aspecto de la cultura, el siglo XIX prueba la puerilidad que, bajo apariencias graves, a menudo encubre el nombre. Las ideas fundamentales y bienhechoras para vivir no necesitan los palacios de cartón que crea la ley. El liberalismo formalista no ha comprendido más que la libertad exterior, tan útil a los agitadores. Más aún, la experiencia de libertad con que nos inundaron en la pasada centuria, es la demostración de la nada que es el hombre. Probó la falsedad de la metáfora de la época, de que el pensamiento dejado en libertad es como el vuelo del aguila, a quien le están prometidos todos los espacios. Ya hemos visto la trayectoria del pensamiento dejado en libertad, que ha terminado en los gritos ensordecedores del yo de los intelectuales. Con estos principios, en que gozan de iguales fueros la libertad y el error, que ocupan el mismo rango la opinión y el juicio, no puede haber una cultura que ofrezca sentido y coherencia. Con estos lazarillos en la literatura y en la Universidad, no es raro que los pueblos caigan en el pesimismo y la imbecilidad.

En estas condiciones, prácticamente, carecíamos de Universidad, de segunda enseñanza y de escuela. El problema de nuestro saber y nuestra educación

tenía que hacerse sentir. De la filosofía de Krause, que concedía gran importancia a la educación del hombre, no es extraño que brotase la preocupación. Giner de los Ríos representa este movimiento. Enzarzado desde joven en las andanzas filosóficas del krausismo en nuestra patria, de él recogió el interés que en toda época ofrece la formación del hombre. Su vida fué consagrar todos sus afanes e ilusiones a la educación, ir esculpiendo nuevas almas, y que éstas, a su vez, fuesen las continuadoras de la obra emprendida.

Giner de los Ríos tiene obras filosóficas y jurídicas, pero es, ante todo, un educador. Para él la educación se propone desarrollar la plenitud de nuestro ser, y, por tanto, persigue un objetivo humano, social. Debe ser obra de paz y amor, y su método no será abstracto ni mecánico: "a hacer se aprende haciendo". Concibe la escuela no como un taller, sino como un ambiente, una atmósfera de buena voluntad, buenos modales y buen humor. En la formación de hombres, que es su objetivo, el remate se hace en el extranjero, de donde los discípulos traerán un equipaje de experiencias, de espíritu más humano, más liberal y progresivo que el que se obtiene en medios españoles.

A los alumnos se les hace gustar el campo, la vida al aire libre, encontrar deleite en nuestro paisaje, amar nuestro arte. Se les ha reprochado, por otra parte, de prescindir de la religión y realizar una obra desnacionalizadora. Los discípulos de Giner han pretendido burlar estas críticas oponiendo que su enseñanza, en ambos respectos, no difiere en nada de la que se da en centros oficiales. El argumento es pobre. Los centros oficiales no son mo-

delos más que de desbarajuste en todos los órdenes. Además, y es una prueba de los despropósitos que se consuman en estos centros, la religión no puede explicarse como una asignatura más del cuadro de enseñanzas. Ignoran que la religión para el hombre no es un vaso que hay que llenar, sino una llama que espera que la enciendan. Que habita en nuestro fuero interno y se expresa en movimientos silenciosos del alma. Que es la luz que ilumina nuestra carrera en este mundo, y también la que nos enseña a llamar padre a Dios para darnos alientos en las miserias y asperezas de la vida. ¿Por qué la educación es un ambiente y la religión una asignatura? Además, se ataca a esa educación humana, social, introducida por Giner en nuestra patria, porque prescinde de lo fundamental, de cimientos morales, fijos e inmutables, o lo que es peor, los relega a un puesto secundario. Este disloque en la espina de la educación conduce a los espíritus a la incomprensión de nuestros valores pasados, y a los que en la actualidad nos rodean. Por último, para conocer el influjo de la Institución Libre de Enseñanza, no puede olvidarse su estrategia, el espíritu cuco heredado del krausismo, que les ha enseñado a "saber colocarse", una de las claves de su expansión.

III

No sólo de pan viven los pueblos. Dios no creó al hombre para dejarle errante, para abandonarle a sí mismo. Le dotó de los instrumentos necesarios para conservar su cuerpo y su espíritu, para perpetuarse en carne y en ideas. El instinto le ense-

ña que necesita mantener sus fuerzas y energías. Sus pasos en este mundo, le señalan que tiene que observar una actitud ante la vida, que no puede renunciar al pasado, si quiere seguir el hilo de su conducta. Una inclinación interior de todo su ser, le muestra que los goces de este valle son incompletos, que sería un ser fracasado si todo termina con el último suspiro; que todo en él obedece a un principio superior. De este modo, si el hombre sabe lo que necesita para vivir, como ser sociable, conoce también lo que es preciso para conservar y continuar la sociedad en que vive.

A lo largo del siglo XIX, parecían haberse olvidado y oscurecido estos principios fundamentales. El estado liberal pretendió, en lo posible, prescindir de Dios. La economía formuló una torpe ley de sustentación humana. El deseo de una sociedad nueva fué borrando la conciencia de por qué somos unos, hemos vivido en un territorio y nos hemos conservado los mismos en los hechos adversos y en los prósperos. Poco a poco, fué desapareciendo el ideal de nacionalidad y, con él, fuimos perdiendo la confianza en nuestras fuerzas.

Menéndez y Pelayo vió la luz en un siglo que empezó dudando del valor de nuestro espíritu y terminó por negar la universalidad de nuestro pensamiento. De esta manera, dominado por el pesimismo, empezó por desear poseer lo que los demás poseían, y acabó queriendo olvidar el pasado, renunciar a los principios que nos dieron vida y nos arrojaron con bríos de juventud en la carrera de los siglos. La obra de Menéndez y Pelayo, que es trascendental en sí, lo es mucho más por los turbios días en que apareció. Examinó la esencia de

nuestro espíritu, sus orígenes, sus manifestaciones, y también los efectos disolventes de su ausencia. Levantó el espíritu nacional, abatido y prostrado; nos legó su curiosidad por conocer y valorar nuestras obras, su fe en España. Es en Menéndez y Pelayo donde tenemos que ir a buscar ese inmenso deseo de existir, y no en el amargo nihilismo de la generación del 98. No sólo de pan viven los pueblos. Existir en el pasado para no perder el mismo sentido, para lanzarnos con confianza en el porvenir.

“Donde no se conserva piadosamente la herencia del pasado—nos dice—, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de la vida y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil.”

Sin peripecias ni episodios, sin dramas ni contrastes, la vida de Menéndez y Pelayo son días que transcurren para conseguir un único objeto. Sólo una potente y rica vida interior puede sostener un esfuerzo constante, lleno de perseverancia. También es el único camino para llegar a conocer el espíritu de nuestra nación, pues al decir de Fray Diego de Estella, “a un corazón no habla sino otro corazón”.

Desde muy joven, concibe el proyecto, audaz por sus desmedidas proporciones, de formar la Biblioteca de Traductores. Lo que en un principio pudo ser curiosidad de erudito, poco a poco, fué transformándose en deseo vivo y ardiente de cono-

cer con pruebas de evidencia lo que nuestra cultura tiene de típico y lo que tiene de ingredientes extraños. Poco más tarde, emprende la *Ciencia Española y Los Heterodoxos Españoles*. Ambas representan unas exploraciones serias, concienzudas, en nuestro pensamiento. También cultivó otros aspectos de nuestra cultura relacionados principalmente con la literatura. Y, como observa Artigas, uno de sus mayores aciertos fué no dejarnos una obra terminada, sino señalarnos los puntos estratégicos en la magna obra de la restauración de nuestra cultura.

Menéndez y Pelayo es, sobre todo, historiador. Los días y años de una vida consagrada al estudio y el volumen de sus libros, pueden hacer creer en un titán cuyos afanes y empresas fueron el acarreo de los materiales de nuestro pasado. No. Es un historiador y ve como historiador. Para él la historia se desenvuelve en un dinamismo constante. Es la idea de nacionalidad desarrollándose en el tiempo.

Nos lo resume en el Epílogo a *Los Heterodoxos*. A su entender: "Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza, ni por el carácter, parecíamos destinados a formar una gran nación." Carecíamos de unidad. Diversa era la geografía, diversas las creencias, diversos los sentimientos... y así perecimos ante Roma. Aunque fué después quien nos dió el primer elemento en la unidad, en la lengua, en el arte, en el derecho... "Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad en la creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime; sólo en ella arraigan las instituciones; sólo por ella corre la sa-

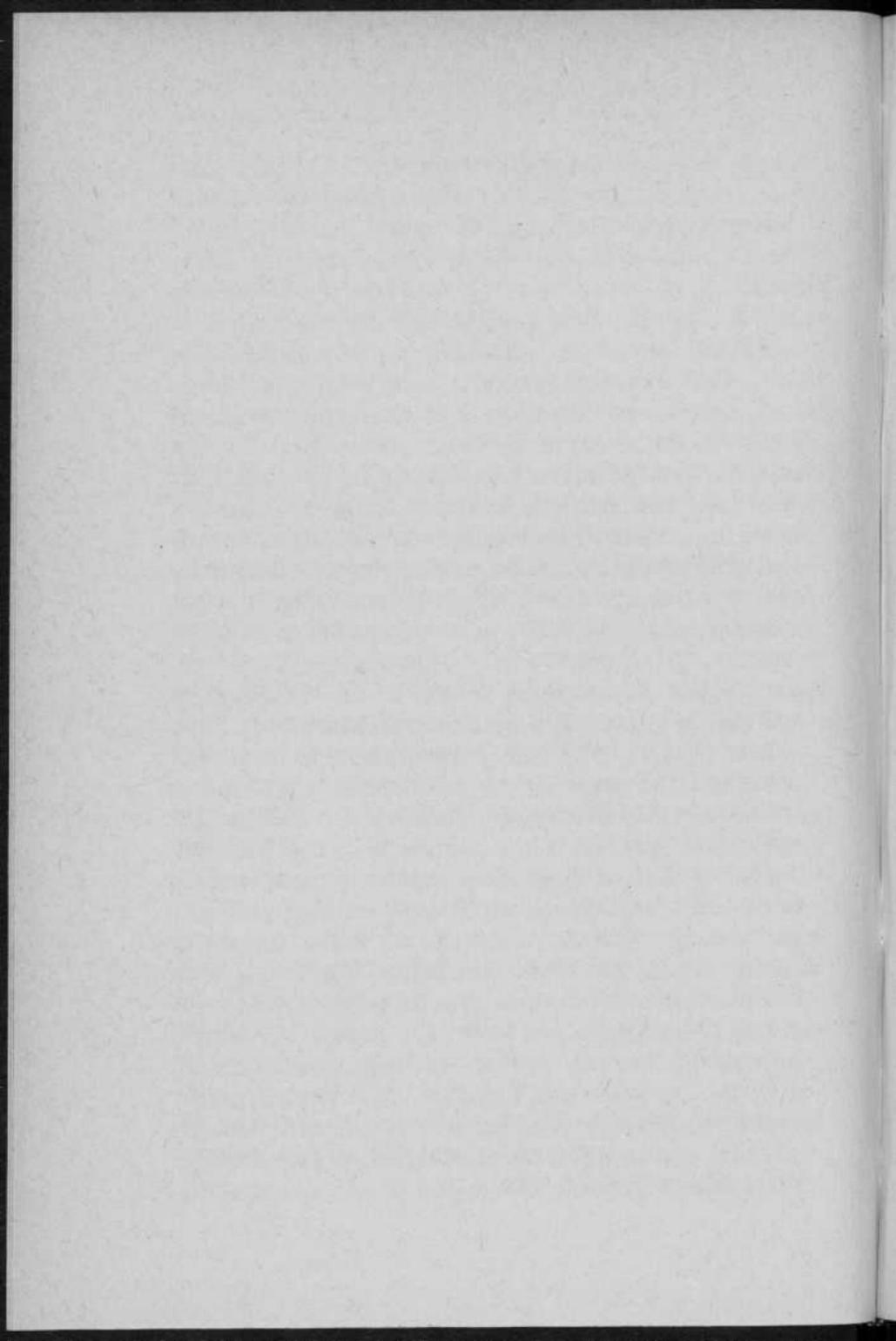
via de la vida hasta las últimas ramas del tronco social. Sin un mismo Dios, sin un mismo altar..., ¿qué pueblo habrá grande y fuerte?, ¿qué pueblo osará arrojararse con fe y aliento de juventud al torrente de los siglos?"

Y pasa a contemplar la obra de España, sacada de la nada por esa unidad maravillosa, templada en el sacrificio, en el esfuerzo perseverante de la lucha y premiada "con el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo". Entonces, al recorrer los hechos de los españoles, es cuando, sin poder contenerse, exclama: "España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vec-tones, o "de los reyes de Taifas".

"A este término vamos caminando más o menos apresuradamente, y ciego será quien no lo vea. Dos siglos de incesante y sistemática labor para producir *artificialmente* la revolución, aquí donde nunca podía ser orgánica, han conseguido, no renovar el modo de ser nacional, sino viciarle, desconcertarle y pervertirle..." Y su pluma pasa a ofrecernos el contraste de la España revolucionaria, que quiere dejar de ser, marchar a rastras de extraños, que va lenta y paulatinamente perdiendo por atomización, por disgregación, hasta que un día sólo quede un solar salpicado de grupos locales.

Gran interés ofrece su pensamiento político. En

el arte de gobernar, era admirador del ánimo enérgico que impulsaba la mano de los Reyes Católicos y de su suavidad al tocar las cosas. Supieron mantener y alentar los conductos morales de nuestro pueblo y hacerlos convergentes en un ideal. Sin alterar nuestro ser, despertaron el espíritu a la ciencia renacentista. Menéndez y Pelayo era monárquico, de una monarquía templada y consciente de nuestra nacionalidad, como la ejercieron los Reyes Católicos, que habían dado a España "su constitución definitiva y la forma en que había de desarrollar su actividad en los tiempos futuros". Odiaba el centralismo a la francesa, planta exótica en España y de funestas consecuencias. Se acerca a la región con cariño y con afán, porque no se puede olvidar nuestra geografía y nuestra historia. Esta posición no le lleva a admitir el regionalismo exclusivista, henchido de particularismo; por el contrario, sale a su encuentro para anatematizarle. Siempre contempla con serenidad este aspecto congénito nuestro, pues, en el curso de la historia, el regionalismo que llevamos dentro, quizás nos ha salvado en más de una ocasión. Cuando se carece de ideas comunes, de iguales sentimientos, cuando la idea de nacionalidad se oscurece, se llega al cantonalismo de los Arévacos y Vectones y de los reinos de Taifas. Mas, si la idea de nacionalidad española existe pujante y avasalladora, recibirá nueva savia si los usos y costumbres regionales se conservan, si la lengua, la literatura, las artes y la filosofía se cultivan en cada región. Menéndez y Pelayo no cree en el federalismo; cree en un gobierno unitario y en una descentralización administrativa.



CAPITULO VI

La herencia de un siglo

I

El reinado de Alfonso XIII es un esfuerzo constante para seguir el ritmo de las naciones europeas. La obra de sus políticos, encauzar nuestras energías a través de los caminos por que marchaban los países que, como nosotros, vivían la experiencia parlamentaria. Hacernos gustar una vida en que se uniesen los adelantos materiales con los modos de la democracia. En ambos respectos se lograron éxitos lisonjeros, que no se habían conseguido durante todo un siglo de intentos. Mas, junto a este brillo de época tan cercana y tan remota, sorprenden los eclipses que sufrió, el andar desalentado de los últimos tiempos, su fin, que se derrumbó como fábrica hecha de papel. En estos lances, no podemos olvidar que la Constitución que rige nuestros destinos sigue la carrera trazada en 1812. Continuamos la misma derrota que Europa, sufrimos sus amarguras y dificultades, gozamos idénticos instantes de alegría. Nuestra crisis coincide con esas revoluciones que se curan restaurando valientemente el principio de autoridad, puri-

ficando la conciencia social, y resolviendo la sañuda guerra del capital y el trabajo.

Entre los ingredientes del reinado, no puede excluirse el humano. El nuevo monarca, que en la asistencia al gobierno de su pueblo nunca le faltaron las mejores intenciones y sacrificios, es varón de espíritu abierto y bríos. Sin duda, uno de los reyes más notables de su dinastía. Los ministros, salvo alguno que tenía madera de estadista, no son hombres extraordinarios que imprimen el sello de su personalidad al pueblo que gobiernan; son sólo buenos ministros. Su pecado fué moverse dentro de los estrechos límites de una escuela, de creer sus principios insustituibles, de ver las cosas a través del prisma liberal. Su fetichismo por el Parlamento les condujo a hacerse maestros del rodeo, a perder un tiempo lastimoso en sortear obstáculos.

Conservadores y liberales, fraccionados en caudillajes y rivalidades, asumieron la responsabilidad, cuando menos, de afirmar la Restauración. Mas, como la obra de Cánovas había sido parcial, faltaba labrar las almas y hacer su concierto. Sacar a España del quebranto producido por cien años de política irreligiosa, de los resultados de una democracia exótica, de los excesos de doctrinas extremas, de las quiebras de la conciencia nacional... ¿Fué esta la obra del nuevo reinado? Bien merece que sigamos por un momento los pasos que se emprenden hacia la reconstrucción nacional.

En este período se dibujaron los caminos de las diferentes políticas que debe seguir un Estado en sus intereses. Los grandes recursos de nuestro subsuelo y las posibilidades de consumo de un país de

nuestras dimensiones y rango iniciaron una política de protección industrial. Se hicieron tanteos de política agraria, mas como los campos son demasiados extensos, los brazos muy numerosos y hay intereses antagónicos muy vivos en nuestras regiones, se hizo tan sólo una obra tímida en su conjunto y fragmentaria en su realización. También se inició una política social que dió los primeros pasos, muy pocos, para salir del ambiente saturado de egoísmo que nos legó un siglo de legislación liberal. Las conferencias internacionales no se celebraron a espaldas nuestras; se nos buscaba y solicitaba. Se sentaron las bases de una reconstrucción naval para la defensa de nuestras costas y de nuestra acción en el Mediterráneo, cuyos barcos salieron de nuestros astilleros. El ejército, a lo largo de diferentes campañas, era una fuerza que se hacía respetar. La cultura seguía bajo el signo de la libertad y, como consecuencia inmediata, sufriendo la ciencia la inundación de la política. Prácticamente hemos vivido sin Universidad, sin segunda enseñanza, con mengua de escuelas.

En la obra de reconstitución nacional ha quedado un punto oscuro. El agro es la más importante de nuestras fuentes de riqueza nacional, satisface casi las necesidades del consumo interior, y constituye el principal contrapeso de nuestro déficit comercial; es, a su vez, el medio de que viven la mayor parte de nuestros habitantes. De este modo, existe en el campo un doble programa: el primero, de producción, algo agriado por los intereses contrapuestos de nuestras regiones; el segundo aspecto, de distribución de la riqueza, de régimen de la propiedad, de arrendamientos y de contratos de tra-

bajo. Cabe hacerse la pregunta: ¿por qué esta timidez, esta ausencia de política agraria? La contestación no se hace esperar: ¿No será la prueba más clara del escaso influjo de la Universidad sobre las clases directoras, de lo lejos que están de nosotros los preceptos evangélicos, de la falta de un pensamiento nacional que esté por encima de los desasosiegos y rivalidades de los partidos?

Más interés que abrir los cauces a nuestras riquezas, ofrece la acción de hombres y partidos sobre el elemento humano, sobre la célula de la civilización. Su obra fué inculcar a las muchedumbres el espíritu ciudadano. Una formulación moderna de los principios romanos que enseñaban a dar a cada uno lo suyo, no dañar a nadie y vivir honestamente. Mas, cuando se escarba para dar alcance y precisión a estos términos, nos encontramos con que se pueden deducir de ellos muchas conclusiones, y de índole muy diferente.

La realidad es que el espíritu ciudadano es un término vago, borroso y, sobre todo, movedizo. Hay un espíritu ciudadano católico, como lo hay socialista o anarquista. El primero estudia la realidad a la luz de las Encíclicas de los Pontífices y de las Pastorales de los obispos, y obra conforme su conciencia le dicta. El de los socialistas, conducirá sus pasos para hacerse con el Estado, para lograr, después, la plena socialización de la vida. Los políticos de la Restauración y los que les sucedieron pusieron su afán en inculcarnos "su espíritu ciudadano."

El nuevo concepto es frío como el estoicismo: afirmar los deberes para vivir en una democracia liberal. Que el respeto a las ideas ajenas hiciese

amable la vida; que una sabia y prudente tolerancia facilitase el turno de los partidos; se quería, además, que el gobernante sintiese siempre el calor de la opinión. Mas el valor civilizador de la religión estaba ausente, y, en más de una ocasión, hubo que sufrir los desplantes anticlericales de algunos partidos. Era una doctrina sin vigor espiritual, que se reducía a hacer vivir al pueblo español en la Constitución que habían forjado a espaldas suyas, a enseñarle a hacer uso de ella. Suponía elevar a la categoría de absoluto lo que era obra del tiempo.

A liberales y conservadores, que vivieron sin plan ni previsión en una sociedad minada por dos siglos de revolución, les estaba reservado el triste destino de contemplar con sus ojos la débil textura de la sociedad que habían modelado, de ver los desastrosos efectos que siguieron a su obra. Con razón Menéndez y Pelayo dijo que aquellas facciones habían cometido la falta irreparable de no españolizarse jamás.

II

Una de las preocupaciones primordiales de nuestros días es estudiar la realidad social. Y se comprende. Los ensayos políticos del pasado perseguían como uno de sus fines la transformación de la sociedad, desventrarla, llegar a su constitución interna. El resultado ha sido vivir en un estado continuo de fermentación social que alcanza a todos los sectores. En la actualidad, algunas naciones han perecido víctimas de horribles revoluciones, consecuencia del quebranto producido por las

doctrinas de la Revolución francesa y los sistemas que surgieron como represalia. En otros países, como en España, la revolución ha vivido en estado latente. De la inconsistencia de nuestro cuerpo social pudo ocurrir que de un cambio político se llegase a la revolución de 1868 y a una república que nadie trajo. En nuestros días, parece que la Historia se repite en las causas y en los resultados.

El nombre de los agitadores apenas se conoce en la Historia. Su escaso valer y los despropósitos que salen de sus manos les hacen caer en el olvido. ¡Tan fácil es torcer los destinos de una sociedad dócil en su debilidad! ¿Qué estadista no se preocupará al ver cómo un revés en una guerra colonial no lo puede sufrir una nación sin fuertes trastornos y sin amenazas a las instituciones fundamentales? Las revoluciones, cuando estallan, ya son viejas. Anidan en las caras tristes, rencorosas, de muchedumbres que no saben vivir sin ladrarse y cuyos ojos se pierden en la inmensidad del espacio.

Ochenta años de reacción marxista pesan en nuestra historia. En un principio, cuando en España, como en Europa, nació el socialismo al conjuro de las leyes liberales, parecía un delirio. Al finalizar el siglo XIX hay sindicatos cuya organización preocupa, porque de ellos pueden temerse serias campañas de proselitismo. Sin embargo, la influencia del marxismo en la vida española, como fuerza social organizada, es reciente. El fruto se sazona en los años que corren de este siglo.

El gobernante ya no puede ignorar lo que es el socialismo. Sus directivos, cuidadosamente, se han

apoderado de los ánimos, han creado una fuerza interior. Su obra ha sido poner en relieve ante los ojos de los obreros, que viven en una sociedad que les abandona en lo que tiene más duro la vida, en la lucha por la existencia; que no se conmueven sus entrañas al verles en un pudridero; que carecen de solidaridad, que está lejos de los ánimos sentirnos los mismos. Además han tenido cuidado de hacer creer al proletariado que la Iglesia, los Códigos y el Ejército son los baluartes que defienden los intereses de la clase explotadora; que los gobiernos, a su vez, están a su servicio. Así, la lucha de clases no se encuentra sólo en el terreno del trabajo, sino que se halla en todos los campos. En el aspecto material, los intereses económicos del obrero están subordinados al bienestar y prosperidad de las clases capitalistas. Desde el punto de vista ideal, las clases propietarias se han erigido directoras y toda la organización política sirve para rendir a sus intereses.

Su táctica es sencilla: formar la conciencia socialista para forjar la voluntad socialista. En estos últimos años hemos visto las posiciones tomadas por el marxismo. No hay nada más aleccionador. A pesar de gozar una posición favorable en la política, y estar próximos a las cumbres, no han abandonado la idea de formar la conciencia socialista. Con cuidado y astucia han dado los pasos para ir deshaciendo la familia. Las leyes han creado un ambiente que afloja los lazos del vínculo conyugal, que incita a vivir de espaldas a la moral cristiana. Se han apoderado de la escuela porque era punto fundamental formar nuevas generaciones. No es la enseñanza lo que directamente

les interesa, sino hacer a través de ella una campaña de descristianización; declarar, donde han podido, la guerra directa contra Dios. También han tenido cuidado en atraerse a la mujer, de halagarla con la independencia y en todo aquello en que pueda fácilmente perder el pudor. Además, con la lengua y con la pluma, nos han dejado los frutos de sus largas campañas contra la Iglesia, las leyes y el ejército.

De la mudanza de las condiciones de vida, que se operan en la pasada centuria, surge una clase urbana, de chaqueta raída, que se adscribe a recibir las migajas de la clase media. Sus filas se nutren del gran atractivo que en esta época ejerce la ciudad y del hijo del obrero o del artesano que aspiran a mejorar de suerte. Esta clase, que camina a la ventura, presenta rasgos poco precisos para poderla definir. En ella queda esa secreta ansia de desigualdad que en el fondo persigue la democracia igualitaria y que tanto favorecen nuestras leyes. Tampoco puede olvidarse que estas gentes se mueven y crecen en un siglo que ha roto muchas cruces.

Los que salieron del campo, ya no son campesinos. Los que salieron del taller, ya no son obreros. A unos y a otros no les gustan las paredes, ni los modales, ni las manos encallecidas de sus parientes, ni el matrimonio con mujeres de la misma condición. Prefieren ser el último empleado en un establecimiento, que por gastar americana se alimenta con sobriedad de cabra, que un obrero que con su jornal vive con desahogo, funda su hogar y ve crecer alegres a sus hijos. Las antiguas costumbres reguladoras de su vida, ya no regulan nada,

perecen aplastadas por una montaña de individualismo egoísta. En el paso que han dado por salir de su medio, han perdido el sentido de continuidad en la vida, la idea madre que presidía sus actos. Algunos, entre privaciones y sacrificios, salen adelante. Y en cuanto a los otros, a los que queda la hiel de la derrota, son fáciles a murmurar de las injusticias del mundo y dóciles en creer en ese colorido de falsa humanidad con que se envuelven las ideas antisociales y antirreligiosas.

En política, creen sin esfuerzo en las doctrinas democráticas. Esperan en su triunfo y confían que con ellas entrará en los gobiernos la ciencia de los pequeños acontecimientos. Se humanizará el poder y llevará una mejora a las condiciones de vida. Hoy, que han visto que la república democrática era ambiciones y humo, sin ser socialistas, simpatizan con el socialismo. Y es, que en nuestra sociedad hay desconfianza, recelo entre las clases, el deseo de emanciparse las unas de las otras.

Numéricamente, las clases medias no tienen la importancia de las obreras. Sin embargo, ocupan un lugar muy importante en la estructura social de un pueblo. Sus miembros son el abogado, el médico, el periodista que encauza la opinión, el magistrado que garantiza el derecho, el propietario que administra sus bienes y, ordinariamente, el político que gobierna. Las clases medias, por su ilustración y por los puestos que ocupan en la sociedad, ejercen una función directiva. Tienen en sus manos muchos registros, sus actos revisten gran trascendencia, se reflejan en toda la sociedad.

En los movimientos de esta clase se observa el influjo de factores económicos y morales. Por lo co-

mún, un escalafón ofrece horizontes breves; un empleo, recursos escasos; el porvenir de los hijos, para estas clases, es una incógnita inquietante que, a veces, se prolonga muchos años. De este modo consumen en silencio sus amargas y quejas, aunque queda en los ánimos el clamor que no se oye. Un paso en la descristianización de la sociedad, y estas clases, como en Francia, quedan heridas de muerte en la familia por el virus neomalthusiano. En cuanto al factor moral, esta muchedumbre no padece la falta de sentido religioso, pero sí de ignorancia religiosa, que, por el puesto que ocupan, llega a ser una calamidad social. Este fenómeno ;nos explica tantos hechos contradictorios que se dan en las gentes medias! Sus sentimientos van por un lado, sus pasos por otro. Dicen creer, y abren la puerta a todas las campañas irreligiosas y anticlericales de izquierda. Dan sus votos a quien clama por una sociedad más justa, y en sus profesiones son duros de corazón, inmorales. Personas de semejante condición prestaron su calor a esa unión monstruosa de liberales y socialistas que se constituyó para derrocar la Dictadura. En el andar a tientas en las tinieblas del camino, es cuando se ve que no en vano se ha perseguido a la religión durante dos siglos y hemos visto desaparecer de nuestra vida la luz de la Universidad.

En el mismo sector cuentan propietarios de fábricas y tierras. Hoy, encendida la cuestión social, se siguen con curiosidad sus pasos. En ellos queda la falta de ética que introdujeron las leyes liberales. De un lado, el nombre de Mendizábal, el Código civil, el sufragio universal; de otro, todas las persecuciones contra la religión, nos recuerdan

los jalones de la cuestión social hasta llegar a nuestros días.

La mudanza de las instituciones en el siglo XIX relega a la aristocracia a un puesto fijo, determinado, en la jerarquía política. Por las nuevas leyes, su influjo social se debilita, y únicamente queda el personal y particular de sus miembros. Si nuestro pasado no se puede escribir sin consignar el concurso de las grandes familias, que no hicieron de su linaje condición regalona, en la nueva centuria entra esta clase en un momento oscuro. La política de que fué objeto, de corto alcance, para salvar exigencias del momento, ha contribuído a borrar sus rasgos, a hacerla perder su fisonomía. Ganó en extensión lo que perdió en profundidad. Y como la monarquía y las demás clases, no vió la nube preñada de rayos, ni se encontró libre de las ponzoñas liberales. El Senado fué entre nosotros algo artificial, que, en ocasiones, desapareció en medio de indiferencia casi general, quedando únicamente el recuerdo de individualidades vigorosas. En cuanto al aspecto social, no se le puede colocar un denominador común. La generosidad, a veces sin límites, de unos, borra los daños de los que entregan ciegos en manos ajenas la administración, de los que ignoran lo que es el arriendo y el subarriendo. Y es que, actualmente, en la aristocracia, no hay una idea dominadora política y social, y sí el veneno de muchas ideas y muchas mescolanzas.

Al contemplar el panorama social, se observa una realidad viva y dolorosa: la desconfianza, la dureza y el egoísmo dominantes en las clases. Viven en continuo estado de exaltación porque la

fraternidad cristiana está ausente en las ideas y en las leyes, porque hay crisis de la conciencia social. Las clases parecen ofrecer, tan sólo, una convergencia eventual, les falta unidad y una esperanza común. Hoy caemos en la cuenta que la conexión y consistencia de las clases se ha perdido en tales términos, que no se puede pensar en soluciones transitorias si queremos salir al paso de la Revolución.

III

A lo largo del reinado de Alfonso XIII, la revolución pasó varias veces delante de nuestra puerta: 1909, 1911, 1917, 1921... Cualquier espíritu podía inquietarse ante los espantajos revolucionarios, más aún, por la política sin contenido que siguieron los gobiernos. La nación se consumía en desilusiones; su fisonomía denotaba creciente palidez y debilidad. La Dictadura es un breve paréntesis que se abre en nuestra vida nacional para colocar las cosas en su sitio. Comenzó como una barrera que se interponía para detener los desastres de los partidos políticos; después trató de despertar y encauzar energías. Hoy, que se pueden contemplar las cosas a cierta distancia, y gran número de gentes rechazan la pintura apasionada del dictador, se sigue con interés el hilo de políticas tan próximas a nosotros. Quizás para muchos, la atención se concentra en sus últimos días, en desentrañar su desenlace, y conocer hasta qué medida influyeron sus errores y los esfuerzos de la entonces naciente revolución.

El año 1923, entre aclamaciones y júbilos, el ge-

neral Primo de Rivera instauró la Dictadura. El parlamentarismo había detenido la vida nacional y por todas partes se anhelaba un gobierno lleno de deseos cuerdos. El golpe de setiembre pudo parecer a algunos oportunidad, mas siguiendo un criterio objetivo, sería injusto olvidar en aquellos trances las prendas personales del dictador. En sus primeros pasos, su intuición, que en ocasiones le hacía adelantarse a los acontecimientos, le llevó a dar golpes maestros que rindieron en admiración hasta a los viejos políticos. Su temple noble y varonil, su elevado amor a la patria, hizo de las empresas obras de buena voluntad. Su generosidad y carácter humano llevaron al gobierno del país notas de intimidad. Estos rasgos espontáneos, intuitivos, de fuerte subjetivismo, de los que brotaron muchos aciertos, por otro lado ofrecían flaquezas, que sirvieron a la oposición para hacer una dura campaña contra la infatuación del dictador.

Había que salir al encuentro de cosas urgentes, inmediatas. También de otras que los viejos partidos, con su política de rodeos y contemplaciones, tenían pendientes desde hacía bastantes años. El orden público y la mengua de nuestra hacienda fueron solucionados. La guerra de Marruecos, grieta de nuestra conciencia nacional, terminó con los laureles de Alhucemas, hoy injustamente olvidados. Se prosiguieron, además, las políticas de reconstrucción económica y mejoras sociales.

En los numerosos libros que se han escrito sobre Primo de Rivera se consignan, como en un catálogo, los cabos de su política. Quizás algunos no se han penetrado de la idea de que, en muchos aspectos, dejó colocados en sitios oportunos hitos indica-

dores de una obra nacional. No tan diáfano se nos presenta en los libros lo que la Dictadura, como todo régimen que vive, tuvo de experiencia histórico-social. Es una lástima. Su estudio sería profundamente aleccionador para el gobernante y para la impaciencia del pueblo español. Hoy, que nuestra civilización ha perdido su vistosa apariencia, nadie duda de su crisis y hasta de la quiebra definitiva de algunos de sus elementos. Sin embargo, en estos mismos días, se ponen los ojos en cauterios y amputaciones, en gobiernos fuertes. De otro lado, están los que creen que el Estado debe encauzar, animar, vivificar, hacer fecundos y convergentes los hilos morales de una sociedad, mas que su acción se detiene ahí, en el dintel de nuestra conciencia.

Parece ser que quedaron en el pecho del dictador muchos deseos de cambiar la fisonomía de nuestra sociedad: que no quiso hacer una obra de apariencias espléndidas y precaria por dentro. Siempre estuvo atento a buscar acicates a nuestras energías y motivos para levantar el espíritu. Nunca rehuyó hacer sentir la solidaridad nacional en el último rincón de España. En la guerra de Marruecos, en la política económica e internacional, flotaba una idea nacionalista vaga, confusa, sin fondo ni aristas agresivas, que sólo pretendía afirmar nuestra conciencia de españoles. Bien podría decirse que sus afanes eran hacernos participar a todos de la vida nacional y mantener nuestra vista en los nuevos horizontes.

En esta obra sobre el elemento humano, independientemente de la exaltación patriótica que quiso infundir en la nación, es preciso tener en cuenta

otros ingredientes. Primo de Rivera era buen católico. Comprendía que los recelos liberales habían desviado la justa interpretación que un pueblo cristiano como el nuestro debe dar a las relaciones entre Dios y el César. La actitud del régimen fué quitar obstáculos y trabas que impedían las iniciativas de la Iglesia y, a su vez, mirar con simpatía los beneficios de la religión. En cuanto a los socialistas, les guardaba ciertos temores. El obrero siguió siendo socialista. Buscó una política de neutralidad y freno en la ley, que, quizás, fuese el primer paso para llegar más hondo. Y, finalmente, como fenómeno propio de una dictadura, hizo deudora a la Nación del Estado.

Queda, pues, la experiencia en el tapete: conocer hasta qué límites, en estos difíciles y decisivos años, se puede esperar de un gobierno fuerte y de la acción perseverante sobre el corazón del hombre. También, saber si hace falta o no restaurar nuestra conciencia nacional, buscar motivos a nuestras energías, y cuáles son los caminos más idóneos.

Primo de Rivera, en los comienzos, tuvo enfrente a los liberales, adversarios del principio de dictadura y de los procedimientos personales y expeditivos de los dictadores. Poco después, también aquellos enemigos que surgieron afectados por algunos extremos de su política. Y crecieron sus filas respectivas, cuando algunos temieron la permanencia de la situación, y se fué haciendo paso la idea que la vida nacional no discurría por sus cauces naturales, sino que era objeto de violencia. Así, en los últimos años, al tratarse de atraer el espíritu nacional hacia una obra estable y duradera, la oposición redobló sus esfuerzos.

Poco después va tomando puntos estratégicos y batiéndose hábilmente con motivo de intereses religiosos, culturales, políticos, sociales, allí donde se pudiese vislumbrar el color de una bandera. En los últimos tiempos, la oposición no se contenta con ver caído al dictador. Quiere hacerle rodar junto con la monarquía y, ambos, envueltos en la ignominia y el descrédito. En formas veladas, se repetía con el mismo sonsonete que se había roto el nudo de nuestra Constitución por haber anulado la monarquía a las Cortes. Cuando las cosas empiezan a llamarse por su nombre, sorprende el vacío sobre el que se sostenía la Dictadura en los últimos días, y, cuando es liquidada, el escaso apoyo que encuentra el trono.

Nunca como en nuestros días se ha visto más clara la habilidad de los agitadores. Lograron que el misticismo revolucionario se apoderase de las masas. Parecía que una inspiración casi divina les asistía; que con sólo poner el dedo en las llagas, quedarían curadas. En su frenesí, creían, con fe ciega, que iban a cubrir ese inmenso vacío que ellos mismos habían abierto a sus pies. Para otros, que no veían en aquel movimiento más razones sino un delirio, ni otra esperanza sino la amargura de un desengaño, aquello tenía que ser pasajero.

Los últimos días de la monarquía se vivieron necia y confusamente. Las clases medias, arrastradas por las luces de las ideas del siglo XIX, no tuvieron inconveniente en prestar apoyo a los revolucionarios. No dudaron en unir su voz a los enemigos de nuestros intereses espirituales y nacionales, refugiados en las logias. Tampoco en entrar en

el coro con los socialistas. Estos predicaban la destrucción, iban a lo suyo, y todos querían destruir algo, no se sabía qué manlandrines, y crear también algo y... no sabían qué. Unos con sus gritos y lamentos enrarecían el aire, formaban un ambiente de derrotismo. Los otros, los socialistas, tenían por misión asustar, intimar a la sociedad burguesa, teniéndola en jaque constante. Hacer palidecer las autoridades, debilitar su voluntad, aturridas por los mil objetivos que tenían que cubrir y, sobre todo, hacer que las faltase aire, confianza en la sociedad que defendían, que cada día perdía alientos y vida.

El choque de la revolución fué de ideas y sentimientos que habitaban desde hacía mucho en España. Un encuentro más de dos sociologías que habían luchado en España casi dos centurias sin lograr imponer una obra definitiva, duradera. Una, la demócrata-socialista, heredera, con este mote, de la trayectoria reformista y revolucionaria, y que ahora crecía al calor de la débil consistencia de nuestras clases, que llegaron hasta olvidarse del instinto de conservación. La otra, los restos del naufragio moderado-conservador, que, faltos de una idea madre, en su lucha con la revolución nos han legado los menoscabos de nuestra sociedad. La primera, de fuerzas antitéticas e irreconciliables, logró la estrafalaria paradoja de su concierto, en puntos negativos, de destrucción, y en una Constitución republicana mal traducida del alemán. La segunda, en bancarrota desde hacía años, sólo oponía restos dispersos.

¡Qué triste es recordar cómo hay momentos fe-

briles en la historia de los pueblos en que todo, hasta lo eterno y tradicional, aparece caduco y perecedero! ¡Que basta un ligero clamor para derribar la obra de los siglos!

CAPITULO VII

En torno a Covadonga

I

En estos últimos años, se ha repetido con énfasis, que ha despertado la conciencia ciudadana de los españoles. La impenitente petulancia de las izquierdas, a pesar del fracaso de sus ideas y de sus hombres, se atribuye el triunfo. Sin embargo, el desenlace ha sido el de aquel que fué por lana. Las izquierdas no han avivado el espíritu ciudadano de los españoles. Han sobrepasado este límite, llegando a algo más trascendente: han despertado el sentido social. Esto no es otra cosa que la conciencia del valor de la moral cristiana para la vida de relación, para ley del equilibrio social. También, que el patrimonio espiritual de un pueblo no son cosas que están en el aire, ni tampoco abstracciones; habita en las almas de los ciudadanos y es lo que da unidad y criterio a la vida nacional.

Una mirada retrospectiva ha hecho ver, en su trágica realidad, dónde camina una sociedad que abraza la orgullosa pretensión de prescindir de Cristo y la soberbia de renegar de un espíritu forjado en la convivencia de los siglos. La historia de Es-

pañía, desde el siglo XVIII y, sobre todo, a partir de 1812, es una prueba documental de esta verdad.

Hoy, cada vez que se plantea el problema religioso, y a propósito de simples destinos individuales, de hechos cotidianos de nuestra vida, nos damos cuenta del duelo a muerte entre dos formas del pensamiento, dos civilizaciones, dos mundos. Nuestras almas son actores y testigos de episodios privados de una gran guerra de religión. La ley del divorcio separa marido y mujer, padres e hijos; la escuela única rompe la idea de que los hijos son algo de los padres, a modo de prolongación suya, que tienen derecho a su educación; las leyes, cuyo espíritu es barrer las clases, facilitan al individuo la ascensión social fuera de la familia; el nuevo derecho rompe los vínculos que unen autoridad y súbditos; la cultura, arrastrándose por el polvo del mundo, no distingue rango entre verdad y error. Los resultados de la batalla son los trastornos que quedan en las almas y en la vida, por acercarse más a los principios de una ciencia carnal que a las leyes fundamentales y eternas.

Un severo examen de la conciencia colectiva, impuesto en muchas ocasiones por la fuerza y evidencia de los acontecimientos, ha hecho entonar a gran parte de los españoles el "yo pequé". Ante todo, han visto, con esa claridad meridiana que Dios concede a las almas arrepentidas para desentrañar la verdad de sus actos, que la moral cristiana está bien lejos de los preceptos arbitrarios que nos legaron los regeneradores del pensamiento humano. Los hijos no vienen al mundo para satisfacer una pasión de los padres, ni quedar al capricho de los gobernantes. Las clases no han na-

cido para vivir enseñándose los dientes. Ni la autoridad y los súbditos, para sufrir las alzas y bajas de despotismos y demagogias. Tampoco la Iglesia y el Estado, para caminar por vías paralelas que nunca se encuentran.

Se ha llegado a la conclusión de que los mandamientos sobre la familia, las clases, la autoridad, las relaciones entre Dios y el César, se hallan en la naturaleza del hombre y constituyen el fundamento inquebrantable de una sociedad. Sin querer, sin necesidad de recurrir a libros y conferencias, los españoles hemos recordado los capítulos fundamentales de la filosofía social. También hemos visto, que las luchas políticas del siglo XIX eran sólo apariencias que encubrían un pensamiento religioso. En la enseñanza, en la prensa, en el problema social, en la política, la cuestión que domina a las otras, por la que surge el conflicto, es si Cristo ha de ser negado o reconocido. Si se ha de realizar el Cristianismo con plenitud o no.

Fácilmente, se advierte que las gentes están más inquietas que de costumbre. Ven que en el mundo no hay sentido ni coherencia, que el hombre ha estado jugando a los despropósitos. Que ha pasado un siglo edificando sobre arena, y la fábrica jurídica y social que levantó sobre tan frágiles cimientos, amenaza ruina. Existe el convencimiento de ser nosotros los dirigidos y no los dirigentes; que es vano todo intento de destruir lo que llevamos dentro. Sin poderlo arrancar de nuestra naturaleza, llevamos en nuestra alma la eterna dirección, el derecho natural. Únicamente somos los encargados de ejecutar en la realidad la unidad ju-

rídica y social de nuestro linaje, constituir el cuerpo social con sus organismos adecuados.

Por estas razones pudo escribir Balmes en *La Sociedad* el siguiente artículo, que cualquier persona diría haberse escrito para la realidad de estos años turbulentos: "No es la política la que ha de salvar la religión, antes bien, la religión ha de salvar la política; y bajo este supuesto deben caminar todos los hombres leales y concienzudos que de una manera u otra pueden influir en los destinos de la nación. Cuando los pueblos han llegado a la triste situación en que se encuentra el nuestro, es necesario obrar sobre ellos con medios más eficaces que los suministrados por la política. Véase cómo es esta la senda que sigue la parte más escogida, la menos preocupada, la menos corrompida, la juventud; véase cómo, en su afición al estudio, en su alejamiento del bullicio político, en su templanza precoz, está dando una lección severa a los hombres que en edad más proveya la están escandalizando con sus doctrinas disolventes, con sus máximas de desgobierno, con sus odios, rencores y venganzas; véase cómo la juventud se está preparando en silencio para una nueva era que más bien se presiente que prevé; y cómo apartada de todos los partidos, o más bien despreciándolos, les deja que se la apropien, reservándose desmentirlos solemnemente el día que se encuentre llamada a hablar y obrar."

Hay una nostalgia por convertir la moral cristiana en eje de la sociedad: lo sobrenatural es no sólo estrictamente obligatorio, sino necesario para la subsistencia del mismo orden natural.

II

Tan doloroso como el examen de conciencia, que la fuerza de las circunstancias nos ha impuesto estos años, es echar una mirada por nuestros campos y paisajes, municipios y regiones, escuelas y universidades. Ver, también, la veleta internacional, que no fija su posición en nuestro cuadrante, porque nuestra cultura y nuestra acción carecen del universalismo que tuvieron. Parece que nuestro mal, por los gérmenes disolventes de dos siglos de querer hacer la revolución, es estar amenazados a morir por disgregación, atomizados, presentar al mundo el triste espectáculo de vivir descarriados. Se nota la falta de una dirección, de un orden, la necesidad que un mismo jugo corra por todos los órganos para devolverles unidad y vida, y nos haga poner con seguridad los pies en el porvenir.

En estos momentos, hay quien, con toda nobleza, busca encontrar el espíritu que dé estímulos a nuestras acciones y la linfa común que dé unidad a nuestros organismos, con el trasplante de ideas exóticas en España. No. Un espíritu no se introduce a martillazos, por un impulso extraño. Este fué el pecado de los reformadores del siglo XIX: querer hacer vivir las naciones según las ideas del último filósofo. Los nacionalismos modernos tienen mucho de obra del hombre, y durarán lo que dure el hombre, y, a veces, lo que sus aciertos.

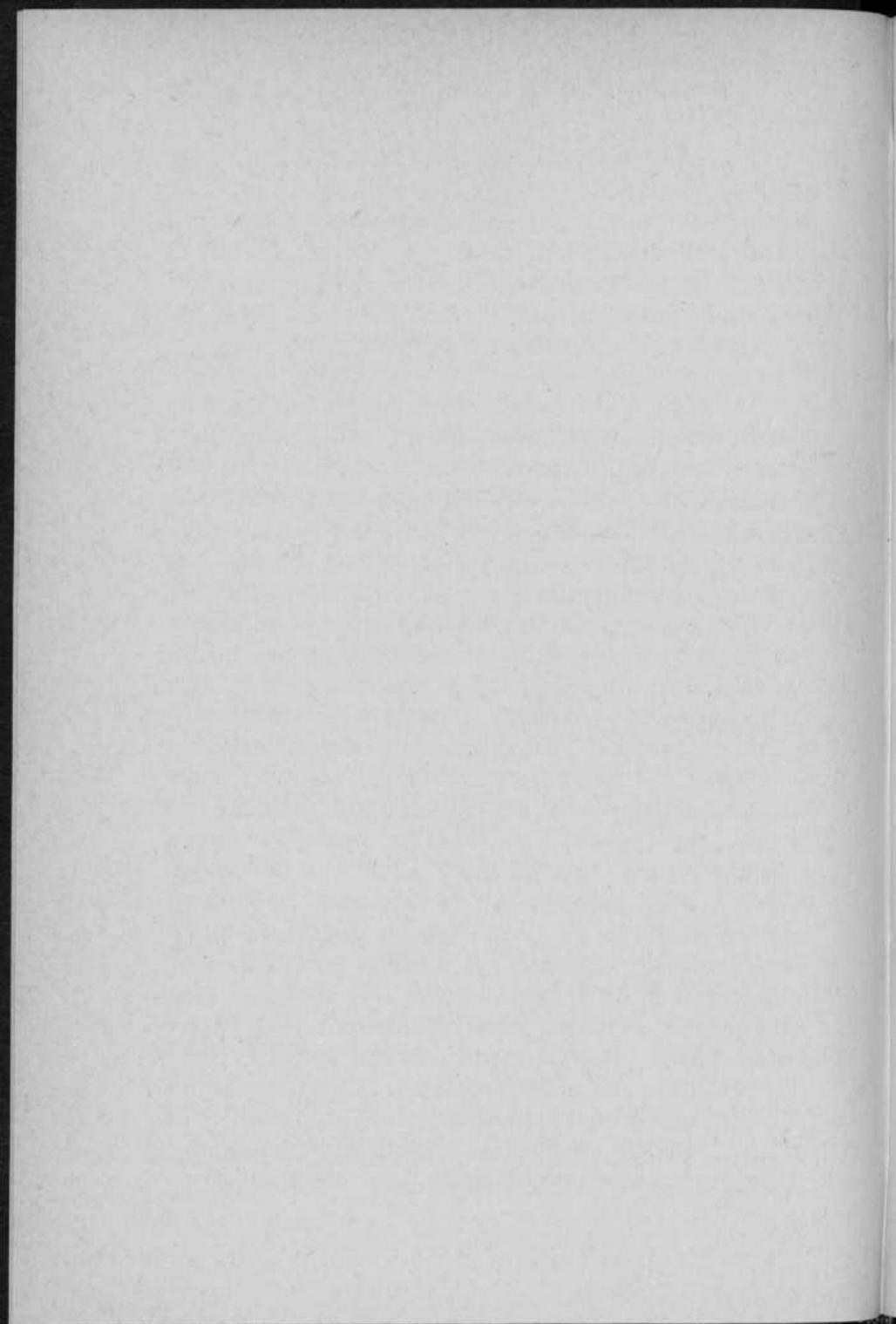
Hoy, pesa en la realidad una triste herencia. Las ideas que han intentado imponernos durante dos siglos, extrañas y enemigas de nuestro espíri-

tu y tradición, han querido borrar el apego y amor por las cosas que nos rodean y también por las que constituyen nuestro pasado. Han querido arrancarnos el instinto de amar lo típico y propio, "lo nuestro"; uno de esos milagros constantes que son las leyes de la naturaleza, por la que los hombres no nos concentramos en un punto de la tierra, y adquieren sentido de continuidad nuestros actos, y se templan nuestras almas.

No olvidemos nuestro pasado. La Historia se desenvuelve en un dinamismo constante: es la idea de nacionalidad realizándose en el tiempo. La tradición no es remontar los hechos y condiciones de la Historia, que, como las aguas de un río, no vuelven a sus fuentes. Es vivir su espíritu, aspirar a una sociedad que lo conserve y perpetúe. "Ni por la naturaleza, ni por la raza, ni por el carácter, parecíamos destinados a formar una gran nación" —nos decía Menéndez y Pelayo—. Carecíamos de unidad. Diversa era la geografía, diversas las creencias, diversos los sentimientos... y así perecimos ante Roma. Aunque fué después quien nos dió el primer elemento en la unidad, en la lengua, en el arte, en el derecho... "Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad en la creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su vida unánime: sólo en ella arraigan las instituciones; sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social. Sin un mismo Dios, sin un mismo altar..., ¿qué pueblo habrá grande y fuerte?, ¿qué pueblo osará arrojarse con fe y aliento de juventud al torrente de los siglos?"

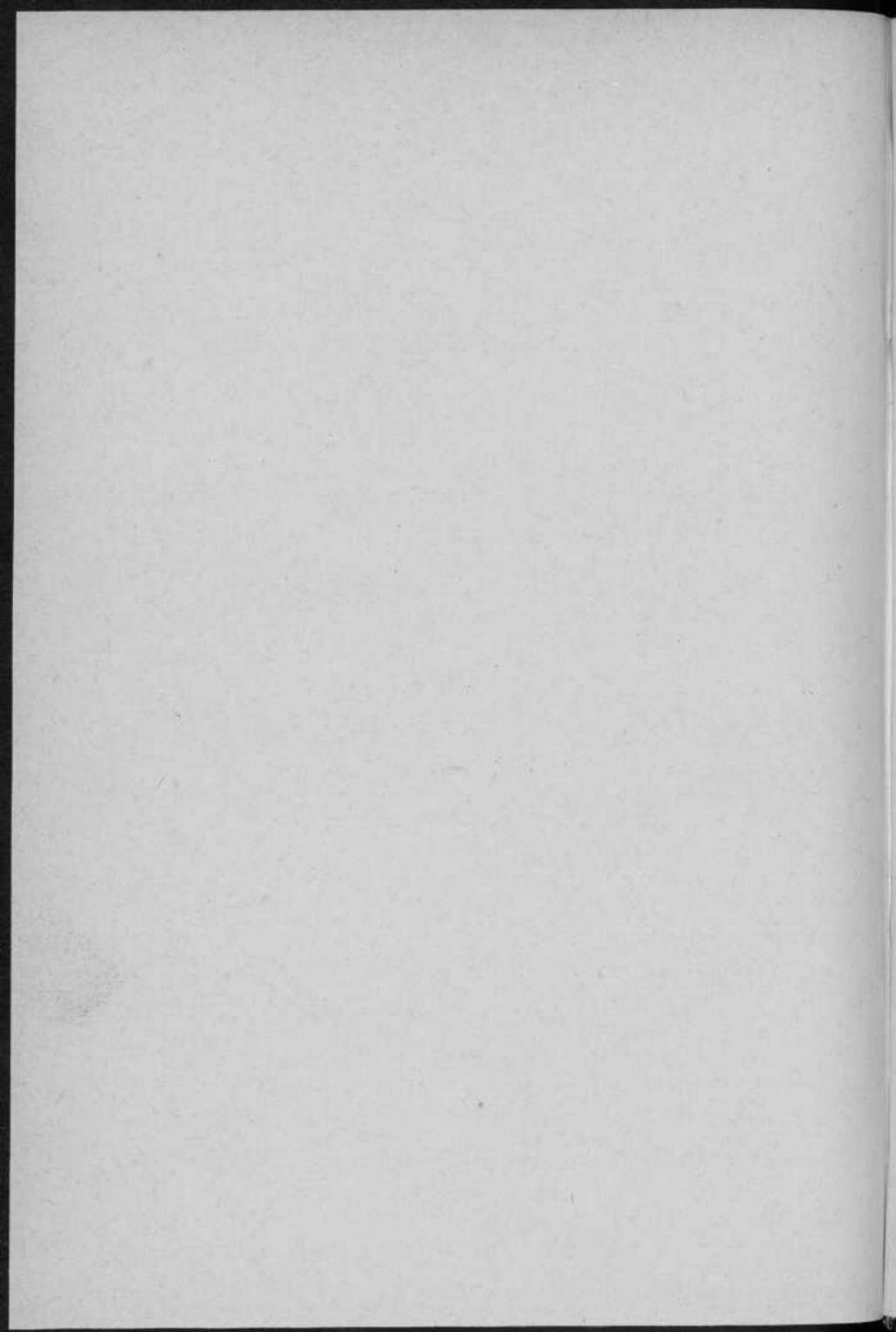
Y pasa a contemplar la obra de España, sacada de la nada por esa unidad maravillosa, templada

en el sacrificio, en el esfuerzo perseverante de la lucha y premiada con “el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo”. Entonces, al recorrer los hechos de los españoles, es cuando, sin poder contenerse exclama: “España, evangelizadora de la mitad del orbe, España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectones, o de los reyes de Taifas.”



INDICE

	Págs.
CAPÍTULO I.—La psicología de los vencidos	5
CAPÍTULO II.—Bajo el nuevo espíritu: las Cortes de Cádiz	19
CAPÍTULO III.—El mito de la libertad.....	39
CAPÍTULO IV.—Revolución y restauración.....	59
CAPÍTULO V.—La negación de España.....	81
CAPÍTULO VI.—La herencia de un siglo.....	103
CAPÍTULO VII.—En torno a Covadonga.....	121



TRABAJO Y CAPITAL

según las doctrinas de León XIII y Pío XI

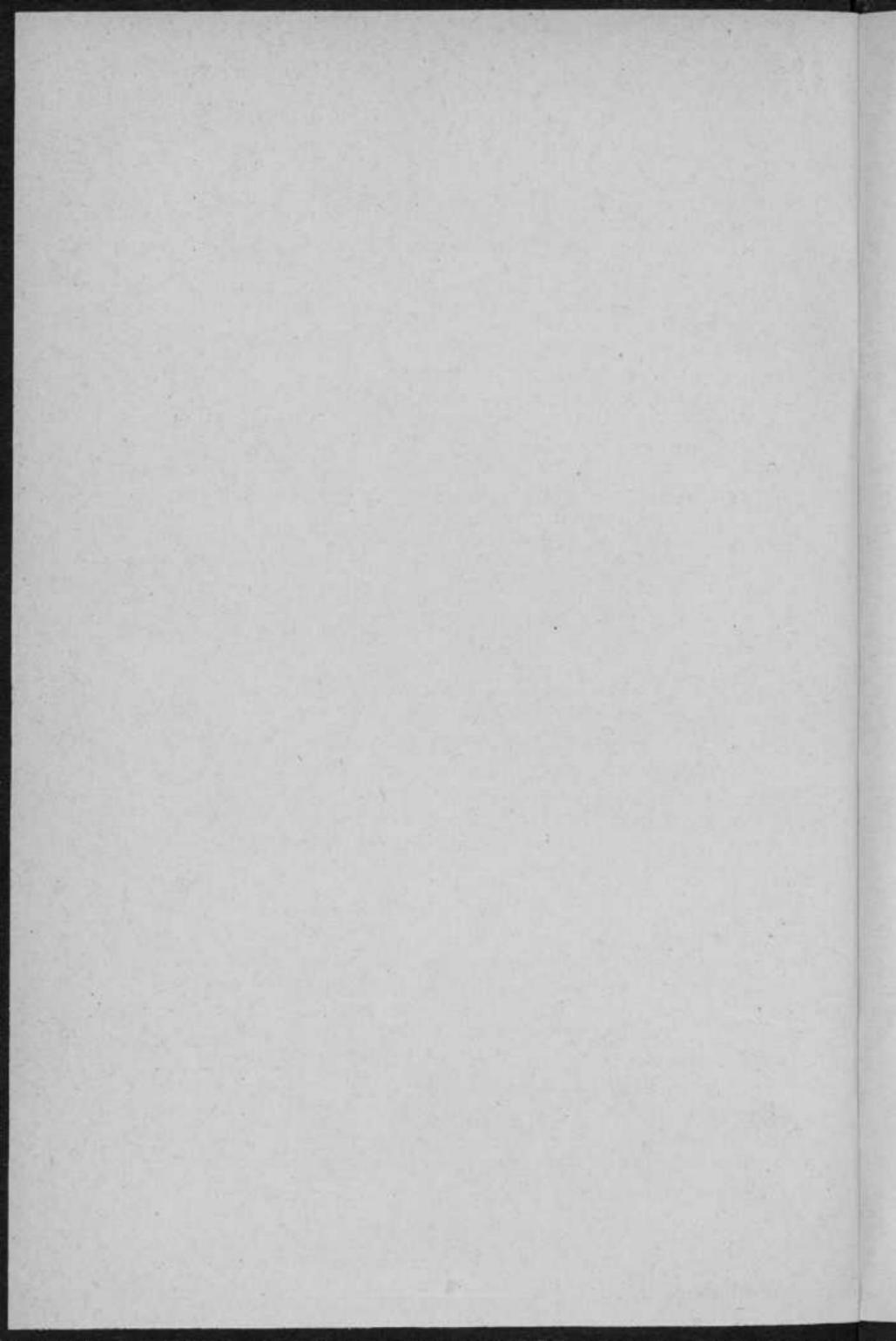
por Tomás de la Cerda y de las Bárcenas

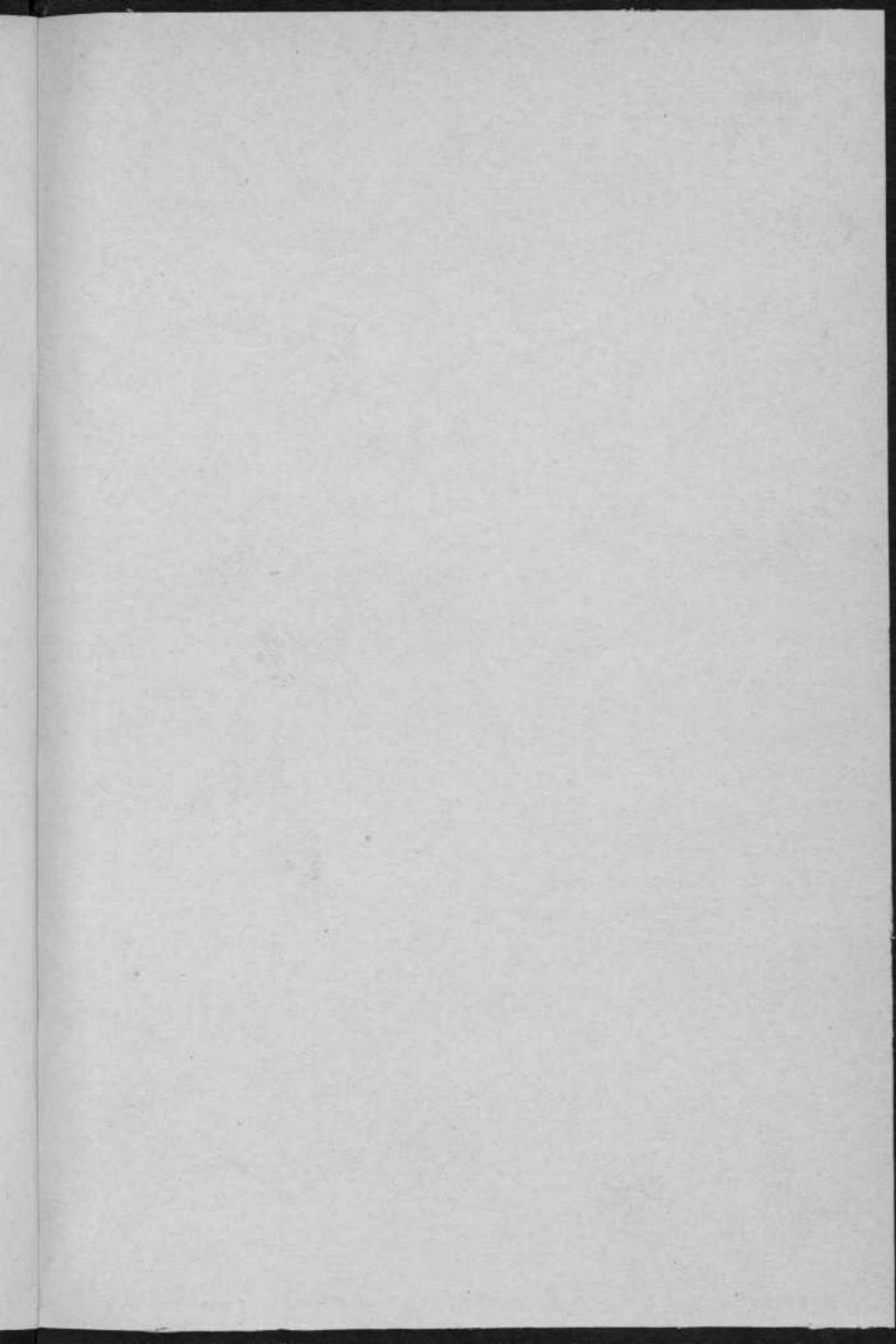
"Los dos preciosos documentos *Rerum Novarum* y *Quadragesimo anno* merecían en verdad una nueva glosa y un sistemático desmenuzamiento, que es lo que con extraordinaria oportunidad lleva hoy a cabo el señor De la Cerda..., que por la importancia de lo que divulga y los aciertos de exposición y de plan, convierten a *Trabajo y Capital* en obra original y acabada" *A B C*, 30-11-1933).

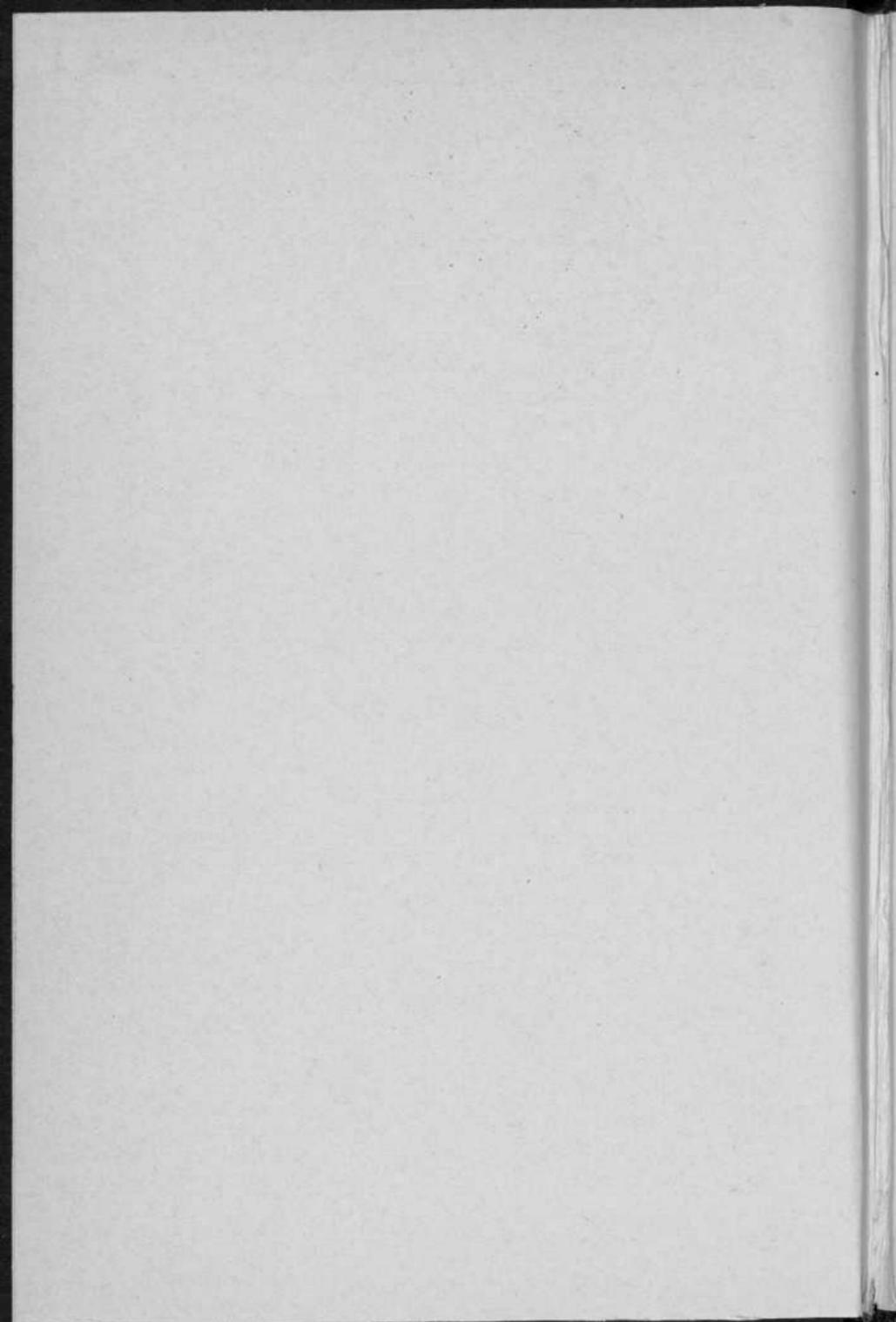
"Tomás de la Cerda invita a adquirir el sentido social con las bien maduradas reflexiones de *Trabajo y Capital*.

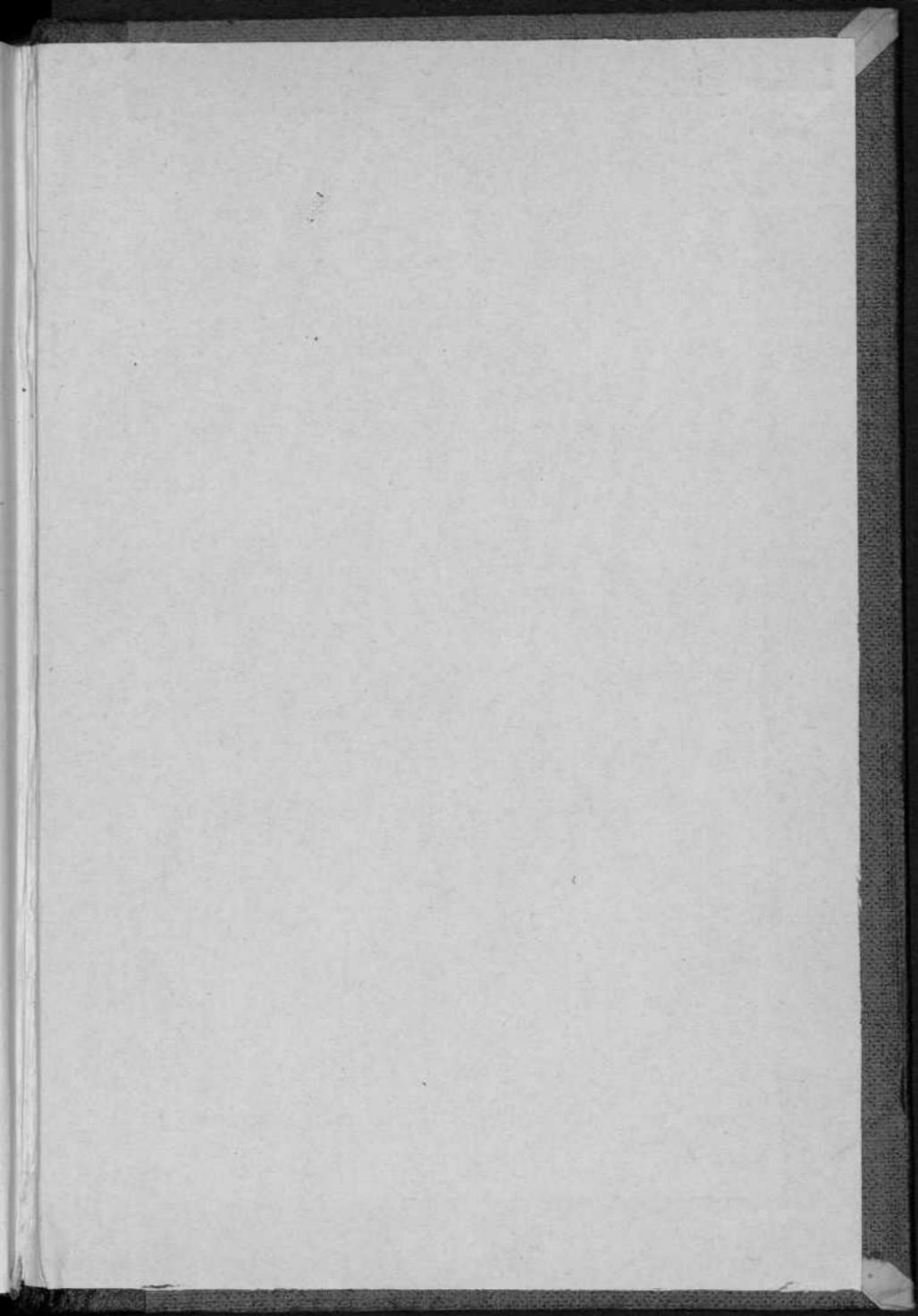
Sin entrar en el examen pormenorizado de los temas analizados en este volumen, puede decirse que, en general, produce excelente impresión, y que son especialmente elogiables algunos extremos. Es el primero, la severidad y profundidad del juicio; en la obra de La Cerda, que conoce a fondo la doctrina, no hay peligro de encontrar aventuradas y frívolas interpretaciones... Sabe, pues, De la Cerda lo que dice. Pero sabe también cómo decirlo, con sorprendente facilidad, en un castellano rico y puro, de oraciones nutridas y elegantes, que, la verdad sea dicha, complace encontrar, aunque sea en una divulgación sociológica" (*Acción Española*, Madrid, 1-2-1934).

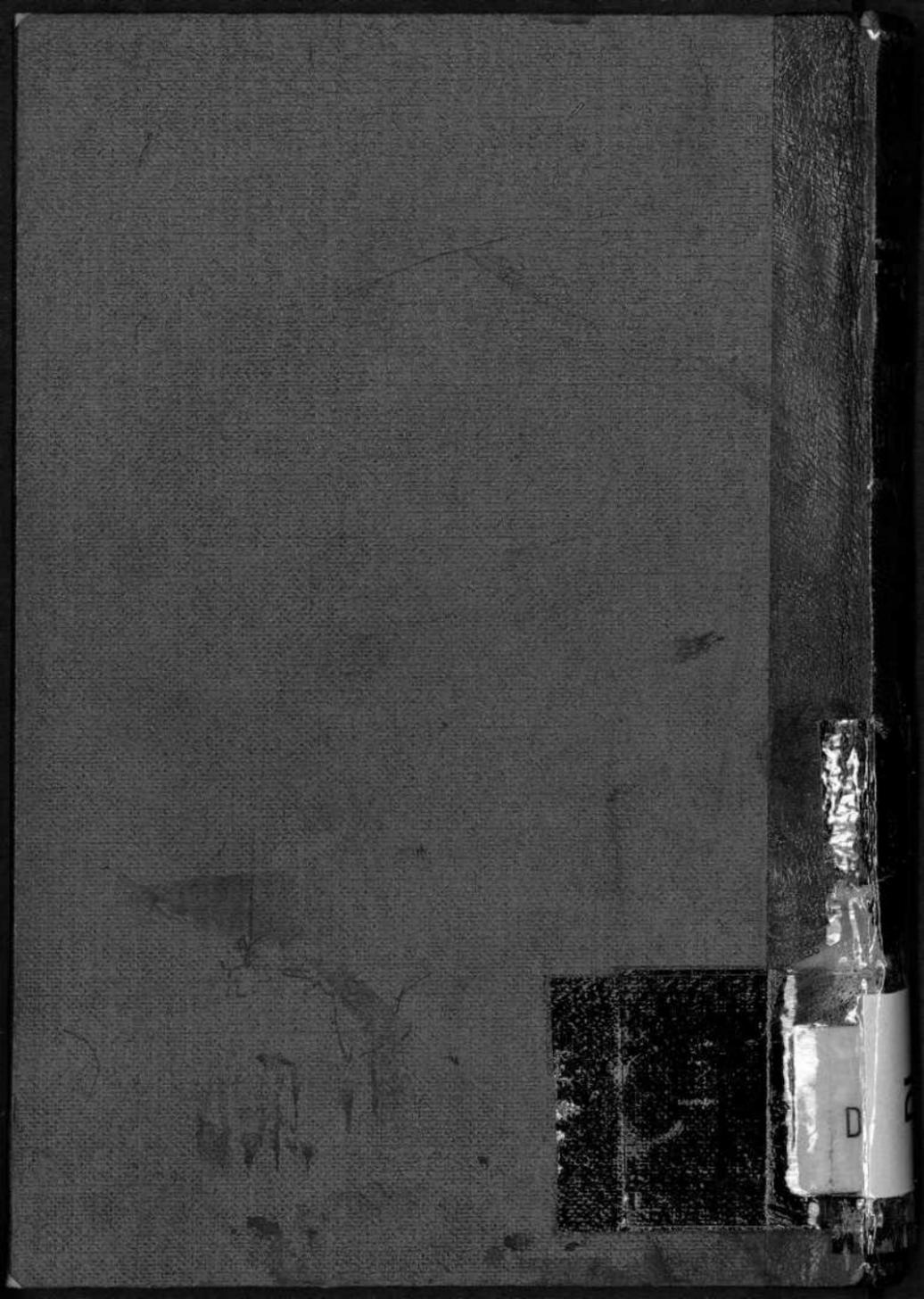
"Tenemos—decía el Cardenal Mercier—un deber social imperioso que cumplir...: estudiar la cuestión social en su complejidad, tomando como primer guía las encíclicas publicadas por los últimos Pontífices." Hay que reconocer que el autor de *Trabajo y Capital*, al trazar esta obra, que dedica a la cuestión social, ha saldado escrupulosamente, generosamente, esa cuenta y deber social. Escrupulosamente, porque la contextura del libro es exactamente ésa; un estudio de la cuestión en su complejidad bajo la inmediata luz de las encíclicas; generosamente, porque el aire del libro va de dentro a fuera, del autor al público" (*Criterio*, Buenos Aires, 15-3-1934).

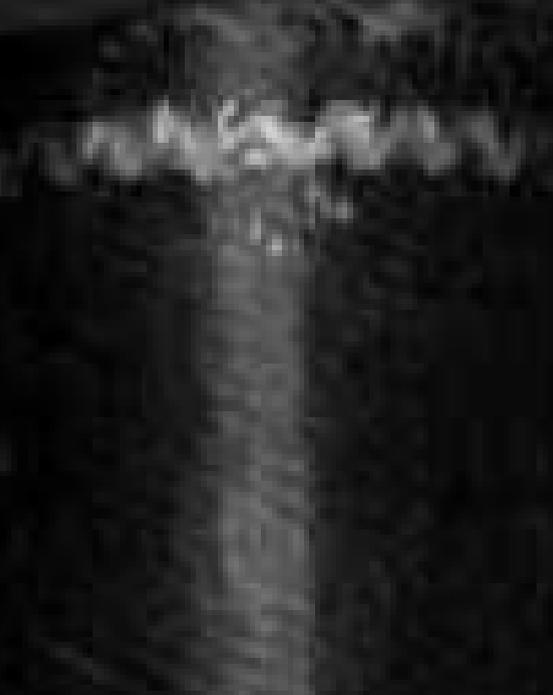












REPUBLICA
DE LA C

LA

IGACION

REPUBLICA

DE LA C

LA

IGACION

REPUBLICA

DE LA C

LA

IGACION

REPUBLICA

DE LA C

LA

IGACION

REPUBLICA

DE LA C

LA

91-7
217